

De Gabriel a Jueves

Juan Flahn



Lectulandia

Una frase al azar, dicha por un amigo del protagonista, «A veces cuando vuelvo de marcha llamo a un chapero para follar», será el punto de partida y el detonante de una espiral de sexo anónimo que, a lo largo de diez años y cientos de encuentros sexuales de pago, nos llevará hacia la pérdida de la identidad y la disolución del yo. Un viaje sin retorno a través de operaciones de estética, citas por Internet, encuentros en saunas, moteles de carretera, ciclos de hormonas y física cuántica, donde la carcajada muchas veces queda congelada en una mueca trágica.

Lectulandia

Juan Flahn

De Gabriel a Jueves

ePUB r1.3

SoporAeternus & Polifemo7 23.04.15

Título original: *De Gabriel a Jueves*

Juan Flahn, 2010

Diseño/Retoque de portada: Nieves Guerra y Pablo de la Riva Bada

Editor digital: SoporAeternus & Polifemo7

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Acabo de terminar esta novela, y ya quiero empezar a leerla.

Desde su primera línea, *De Gabriel a Jueves* no solo me ha cautivado, sino que me ha permitido elucubrar sobre un nuevo tipo de literatura: la literatura gay antigay.

Desde luego que asumo que a muchos de nosotros nos horroriza que nos encasillen en géneros literarios, y que a un autor de una novela gay por lo general le molesta que digan que su novela está enmarcada en dicho género. Pero este caso es distinto. El protagonista de esta novela es un antihéroe. Y un antihéroe tan coherente y brillante consigo mismo que disfruta desnudando su realidad como una que por momentos es dura —durísima—, desagradable —desagradabilísima— y divertida —dolorosamente divertida.

Siempre se ha teorizado que el momento en que una minoría alcanza su clara condición de minoría importante, de movimiento cultural, de cúspide de normalización e integración en la sociedad que antes la ha excluido, es cuando esta minoría es capaz, al fin, de reírse de sí misma. Tras diez años de máxima exposición social —los que más o menos enmarcan el discurso narrativo de esta ficción—, el universo gay español se ha anclado en la comodidad burguesa de esa anhelada normalización. Para muchos, mirar al pasado se ha convertido en un discurso anárquico donde se anhela ese tiempo de secretos, represión y sexo teñido de culpa y miseria. Para otros, observar ese tiempo con la más mínima pizca de romanticismo es traicionar el esfuerzo —y, de nuevo, sufrimiento— del amplio camino recorrido para alcanzar cotas históricas como la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo. Entre uno y otro extremo, se encuentra el germen de esta novela: un grupo de personas destinadas a la deriva, incapaces de adaptar sus discursos vitales a la cotidianeidad; tranquilos de poder adquirir fantasías sexuales, tecnológicas, culturales pero incapaces de verse a sí mismos como autómatas, como esos heterosexuales satisfechos de ver sus existencias consumidas en mares de tranquilidad.

Ese es el protagonista de esta novela, ese hombre que siempre sintió afecto por Viernes, el aborigen que acompaña a Robinson Crusoe en su existencia solitaria en la isla donde es naufrago. Con el humor que caracteriza a todas sus obras, desde una película como *Chuecatown*, pasando por sus guiones para la televisión y sus míticas sesiones como DJ, Juan Flahn atrapa a su lector en una telaraña curiosa de repulsión, fascinación y hallazgos de risas en situaciones donde es imposible encontrarlas. Así, encontramos en este relato una cita que va a peor; un tropiezo con la droga más dura y el amor más febril, que solo puede anunciar una locura diabólica; una obsesión del protagonista por adentrarse en la existencia paralela, que dirige hacia la cirugía

plástica más ilegal y macabra que se haya descrito en la literatura española; un mundo gay poblado de mamíferos propensos no solo a la gordura y la camisa de cuadros sin mangas, sino también al tinte capilar, los ciclos anabólicos de inusitado valor monetario, noches de 48 horas... y, a partir de allí, el consumo masivo de todo tipo: alta o baja tecnología, plasmas, móviles, cámaras digitales, para subrayar el tópico de que los varones gustan de rodearse de *gadgets*; la crítica feroz al resto de los supervivientes en esta minoría urbana que crece y crece sin poder salir de su cómoda e inquietante marginalidad; y, por supuesto, la carne humana, el desfile impenitente, unas veces orgulloso, otras decididamente destructor, de chaperos ajustándose a las exigencias de un nuevo siglo y su biblia absoluta llamada Internet.

Desde su brillante arranque, esa frase dicha al azar por un amigo del protagonista: «Los sábados, cuando vuelvo de marcha, suelo llamar a un chapero para follar», *De Gabriel a Jueves* se transforma en uno de los títulos señeros de la literatura homosexual, desentrañando un género nuevo dentro del mismo: esa autoparodia, el reconocimiento descarnado de la inutilidad de la cacareada normalización, puesta muy en tela de juicio en esta novela, por ser un instrumento urdido por la propia minoría para mayor marginalización.

Pero ese espejo profundo de daño, espirales demenciales y destrucción del Yo que es *De Gabriel a Jueves* ofrece también un relato potentísimo sobre la sociedad de consumo de los primeros años 2000: la imperiosa necesidad de tenerlo todo, realidad y fantasía, viajando a velocidades paralelas; la coexistencia obligada del Yo mediocre y el Yo anhelado; el sexo como instrumento de cambio, droga apaciguadora y droga exultante; y el amor, panacea, delirio, verdad y mentira, también viajando en la misma distancia y velocidad.

No suelo responder a esas preguntas de cuál es su libro de cabecera, pero a partir de ahora tengo clarísimo que *De Gabriel a Jueves* estará siempre entre ellos. Y que Juan Flahn ha hecho, una vez más, una jugada maestra.

Cuando mi amigo Miguel me lo dijo, yo aún no había cumplido los treinta. Resultó ser una idea simple y sencilla, de esas que parecen haber estado agazapadas en tu cabeza toda la vida y solo asoman cuando alguien las conjura en voz alta.

—Los sábados, cuando vuelvo de marcha, suelo llamar a un chapero para follar.

Tenía sentido. Miguel era joven pero no muy atractivo, y además tímido. Ganaba un dineral porque se dedicaba a la publicidad. No es que tuviera un puestazo, pero trabajaba muchas horas al día y era eficiente en lo suyo. Salvo algunos caprichos de ropa o tecnología, no tenía muchos gastos: era lógico que, llegado el fin de semana, se pillara sus dos gramitos de cocaína y saliera a la calle con la intención de echar un polvo, que es para lo que casi toda la gente se echa a la calle la noche de los sábados.

No quería novios ni demasiada intimidad con nadie, pero cuando salía de noche iba con la intención de comérselo todo. Con su mejor camisa a cuadros sin mangas entraba en los bares de osos, nervioso, con la sensación de tener todos los ojos del local sobre él, creyendo que no pasaría el examen del resto de los gordos del bar que le miraban con suficiencia. Así que, a pesar de llevar saliendo por los mismos antros un par de años, desde que se mudó de su Vitoria natal a Madrid, como no tenía muchos amigos siempre se sentía desamparado y se lanzaba a la barra a por litros de cerveza, que bebía con creciente ansiedad hasta que notaba el efecto del alcohol en su cabeza, y entonces ya se tranquilizaba.

A partir de ahí la rutina era más o menos la misma: raya, cerveza, raya, cerveza. A la cuarta, sí reunía los arrestos suficientes para charlar con alguno que le pusiera un poco. Le gustaban musculosos y guapos, del tipo actor porno. Lamentablemente, en el ambiente osuno no es lo que más abunda, y los pocos que hay están normalmente pillados por señores mayores que les tienen bien amarrados, así que se tenía que conformar con algún cachorro no demasiado gordo, más o menos como él, a los que acababa morreando en algún rincón o chupándosela en el baño.

A veces, las menos, se los llevaba a casa, pero casi siempre se arrepentía a la mañana siguiente, porque no sabía cómo echarlos de la cama. Así que llegó a la conclusión de que llamar a un chapero al final de la noche era una solución que solo tenía ventajas. No habría problema para echarlo, porque tras la hora de rigor él mismo se iría, podía elegir a la carta exactamente el tipo de chico que le gustaba y la cuestión monetaria no era más que un pequeño gasto extra que no suponía ningún descalabro para su economía. Con volver dos horas antes y no comprarse el último gramo de la noche, solucionado.

A mí todo esto me sonó a gloria. Yo, como Miguel, soy de los que se refugian en la cuadrilla, de los que prefieren pasar desapercibidos y de los que no son capaces de aguantar la mirada a alguien atractivo. Suelo estar siempre solo, no tengo familia y muy pocos amigos, me he pasado la mayor parte de mi vida estudiando y llegando tarde al sexo y la noche y demás placeres de la juventud, así que un chapero podía ser

la solución para esos calentones traicioneros que indefectiblemente me asaltaban al regresar a casa, con el subidón del alcohol aún en las neuronas y el bajón del fracaso en el paladar.

Sin embargo, la primera vez que lo hice no fue una de esas noches, sino una tarde a eso de las cinco. Me resultaba algo tan excitante que quería tener todos los sentidos alerta, no perderme una micra de esa adrenalina deliciosa que iba invadiendo mi torrente sanguíneo a medida que daba los pasos necesarios para llamar a mi primer chapero: Gabriel.

GABRIEL

En aquellos tiempos Internet no era una herramienta de uso tan masificado como ahora. Yo al menos no tenía Internet —estoy hablando de principios de 1999—, así que lo que se me ocurrió fue lo más socorrido por todo putero de cualquier tendencia: la sección de contactos del periódico.

Abrí el periódico, miré un solo anuncio, el primero, que decía:

«GABRIEL, 24 AÑOS, MUY CACHAS, 20.000»

Y me pareció perfecto. Un cachas era garantía de cuerpazo, 24 años era una edad conveniente —yo solo tenía cinco más—, y 20.000 pesetas un precio asequible. Ni se me pasó por la cabeza que fuera un delincuente, que no fuera tan cachas como prometía o, simplemente, que no me gustara. No puedo evitar sorprenderme de lo mucho que confiaba yo en la providencia por aquellos días.

El caso es que llamé al teléfono del anuncio con los latidos de mi corazón desbocados y repercutiendo en la cóclea de mis oídos.

—Hola, ¿Gabriel?

—Sí.

—Llamaba por lo del anuncio que has puesto en el periódico, el anuncio donde te ofreces para follar... lo de las veinte mil pesetas para sexo. —No hubiera sido necesaria tanta información, seguro que él ya sabía para qué estaba llamando antes incluso de descolgar.

—Sí, sí, ya, ya... —¿Lo veis? Lo sabía.

—¿Podemos quedar?

—¿Cuándo te viene bien?

—Ahora mismo, si puede ser.

En esto de los chaperos, siempre he preferido quedar en el momento; al fin y al cabo, una de sus mayores ventajas es la de obtener aquello que quieres en el instante en que lo quieres, sin tener que perder el tiempo.

—¿En tu casa o en la mía? —La pregunta no deja de ser un clásico.

—En la mía —dije yo. Prefería estar en mi terreno.

—¿Dónde vives?

En aquellos años vivía cerca de la Plaza Mayor, en una buhardilla pequeñita, con una terraza que presumía de una estupenda vista sobre los áticos y cúpulas del Madrid de los Austrias. Le di la dirección y colgué con una mezcla absolutamente excitante de expectativa, prevención y curiosidad. Al intervalo de tiempo que transcurre desde que llamas al chico y por fin llega, que suele ser una hora poco más o menos, yo le llamo «la espera del chapero». Pues bien, aquella primera «espera del

chapero» fue la mejor: nunca me he sentido tan estimulado, con unos nervios tan palpablemente instalados en mi estómago y una erección tan potente como en aquellos minutos, aguardando a la incógnita que se acercaba a mi casa segundo a segundo.

A medida que llegaba el momento, empecé sin embargo a dudar; de pronto me asaltaron todos los demonios del sentido común para advertirme de que podía estar a punto de abrir la puerta a la delincuencia barriobajera, a todo aquello que de sórdido tiene la prostitución o a alguien que simplemente fuera horrendo. Y ante esa perspectiva... me excité todavía más.

El timbre del portero automático me pegó un sobresalto.

—¿Sí?

—Gabriel.

La voz era grave, masculina, vigorosa, un buen presagio. Claro que no conozco una sola marica que no ponga la voz más grave cuando habla por teléfono con ese que se quiere tirar. Y no conozco ninguna travesti que no haga lo contrario y afluente la voz cuando se trata de conversar con alguien que no conoce. Por lo tanto, la frecuencia de su onda no me garantizaba masculinidad a prueba de plumas, pero sí descargó un nuevo chute de adrenalina por mi sistema circulatorio.

Los minutos que tardó en subir los seis eternos pisos hasta mi buhardilla obedecieron a todas las paradojas de la mecánica cuántica: se ralentizaron hasta la extenuación, causándome simultáneamente el placer más fino y extenso que una singularidad de agujero negro pueda proporcionar.

Toda esta palabrería es porque soy profesor titular de Ciencias Físicas. Pero tranquilos, no os voy a aburrir con las nuevas teorías de cuerdas, ni con el bosón de Higgs, ni con el superacelerador de partículas de Ginebra. Y no, ese acelerador no va a hacer explotar el mundo, ni vamos a ser devorados por micro agujeros negros, ni en el 2012 se acaba el mundo ni nada. Y mira, si se acaba al menos moriré bien follado, que realmente es lo único que me importa. Lo que sí os contaré es que me tiré a un alumno una vez y ese fue el principio del fin, pero eso será más adelante, porque ahora habíamos dejado a Gabriel subiendo los diez empinados tramos de escaleras hasta mi piso.

Mientras esperaba en el pasillo el sonido del timbre de la puerta, estuve tentado de espiar por la mirilla para verle llegar, y así mitigar la desilusión si es que resultaba decepcionante, o anticipar el placer en caso de lo contrario, pero no lo hice. No miré. No me atreví. Así que, plantado en medio del pequeño pasillo, conteniendo la respiración, aguardé el fin de la escalada confiando solo en mi sentido auditivo para adivinar el tramo superado. Debo decir que esa fue la única ocasión en que no pude vencer el miedo y mi curiosidad no se vio satisfecha; en el resto de mis encuentros con chaperos siempre he vigilado por la mirilla la llegada de mi erótico visitante,

incluso en aquellas ocasiones en las que ya le conozco; encuentro cierto regusto en verle llegar resoplando al descansillo de mi casa mientras se recompone la ropa y esboza una sonrisa picara antes de llamar. Creo que saben que todos miramos.

Me estoy demorando a propósito con la llegada de Gabriel, porque el chico lo merece; lo que me encontré tras la puerta fue algo que ni en mis mejores pronósticos pude soñar. A veces pienso que si mi primer chaperero hubiera sido más normalito, no sé, más bajo, o con menos polla, o un poco menos morbosos, o siquiera algo más antipático, no me habría enganchado tanto a la prostitución y me habría ahorrado los disgustos y pesares que en el futuro me acontecieron.

Pero no. Como diría aquella, Gabriel era un hombre en toda la extensión de la palabra. Me sacaba una cabeza, y yo no soy bajo, estaba bien musculado, a juzgar por la indolencia con la que su fino jersey de punto le lamía los deltoides y pectorales, rapado con cara de italiano morbosos, nariz grande pero proporcionada, labios gruesos en perpetua sonrisa, dientes perfectos y un culo bien prieto en sus vaqueros desteñidos. El paquete para qué os lo voy a describir, si, total, ya os lo podréis imaginar. Creo recordar que llevaba un pendiente en su oreja izquierda, detalle que me pareció enternecedor y, no sé por qué, me hizo fantasear con su posible heterosexualidad. Monísimo.

Bromeó acerca de lo que le había costado llegar tan arriba y yo pensé: «Maricón, con ese par de piernas ni te habrás enterado», pero dije algo de que las vistas merecían la pena. Inmediatamente pidió verlas y le subí a la terraza para satisfacer su deseo. El sol del atardecer iluminaba los tejados y las antenas con esa hermosa luz naranja que solo el cielo de Madrid puede polarizar. Y allí, bajo el resplandor crepuscular, me la metió mientras salían las primeras estrellas.

Fue uno de los mejores polvos de mi vida, no solo porque Gabriel era una estatua griega (por lo escultural, no por su hieratismo, porque moverse se sabía mover el hijo puta), sino también porque hacerlo en mi terraza, rodeado por las de los vecinos, que con seguridad oyeron mis irreprimibles gemidos de gozo, le añadía un plus de morbo y exhibicionismo a la cosa completamente inesperado. Ya que me iba a gastar un dinero con ese chulo, ¿por qué no hacer ostentación de él? Máxime cuando el chaval era como para exponerlo en vitrina transparente (con agujero a la altura de la entrepierna para *selfservice*).

Además, debo confesaros que Gabriel me convirtió en pasivo definitivo. Yo es que hasta ese momento no había disfrutado nada con la penetración anal. Mi primer novio tenía la polla muy grande, pero en aquella época, con mis buenos 23 añazos y sin ninguna experiencia, no sabía relajarme y no la disfruté en toda su extensión. Con el tiempo y sucesivas relaciones intenté lo de la pasividad en todas las posturas y con todas las tallas, pero no le acababa de coger el truco, así que me tocaba ejercer de activo indefectiblemente, con lo que supone eso de esfuerzo, sudores y, a veces,

sonados fracasos. Yo intuía que lo de ser pasivo tenía muchas más ventajas: aparte del morbo de ser poseído por un señor, la comodidad de la pasiva es innegable, estés arriba o abajo se gastan muchas menos calorías y, además, en contra de lo que pudiera parecer, el pasivo tiene todo el control en la follada.

En esa ocasión, sin embargo, por mi inexperiencia manifiesta, era Gabriel quien asumió el mando. Hasta tal punto llevaba las riendas que me levantaba en volandas a cada embestida. Apoyado en la baranda de la terraza, miraba la cúpula de San Francisco el Grande delante de mí y sentía su respiración de atleta detrás, notando que mis pies se despegaban del suelo cada vez que me la metía; su polla conectaba con algún punto de calambre en mi interior.

Aún hoy me pregunto qué cambio se pudo operar en mí para que mi ano aceptara de buen grado y sin apenas protestas el miembro de Gabriel, que no era precisamente discreto. Supongo que fue una combinación de causas: el atardecer, el saberme espiado, lo perfecto de su cuerpo, su buen hacer... pero aunque me dé un poco de vergüenza reconocerlo, lo que me dilató definitivamente de ahí en adelante, y para los restos, fue pensar que quien me estaba follando era un puto al que tenía que pagar, que estaba haciendo uso del sexo en estado puro, sin vínculos emocionales ni románticos, sin preámbulos inútiles ni disimulos, que aquello era una transacción cerda, un negocio del vicio recién descubierto que se desplegaba ante mí en múltiples facetas y promesas de perversión.

Me corrí, regando de blanco las baldosas de la azotea, con las miradas envidiosas de mis vecinas puestas en las brillantes posaderas de mi adonis, tensadas todas (las vecinas y las posaderas) ante la última acometida.

Levanté los pantalones arremangados en mis tobillos, saqué las veinte mil y allí mismo le pagué sin dejar de sentir en mi cogote la contemplación de las chismosas.

IGOR

Quedé con Gabriel en que le volvería a llamar, pero estaba mintiendo. Para mí hablar de una nueva cita para follar justo después de correrme es como pensar en el menú de la cena después del atracón de fabada, filete y pera del mediodía; da pereza y no apetece. Así que le dije que sí, que le llamaría, que me había encantado el polvo, lo cual era verdad, pero en ese momento no tenía ninguna intención de repetir con él. Es que, chicos, comprendedme: teniendo todo un extenso catálogo de sexo de pago desparramándose en páginas y páginas de contactos personales en los diarios, ¿por qué repetir?

De hecho, decidí ampliar mi agenda chaperil con una nueva experiencia, esta vez ligeramente distinta. A mí me gusta la variedad, pero con método. La idea esta vez fue no llamar a un particular sino a una agencia, a ver qué pasa, cómo funciona la cosa.

La agencia tenía uno de esos nombres pretenciosos con sonoridad griega, pero gramática anglófila, que siempre da mucho caché; tipo Ephebo's, o Apollo's Boys o Pandemonium Wild... vamos, una catetada, pero qué le vamos a hacer; el mundo de la prostitución, por mucho de alto standing que sea, no se ha caracterizado casi nunca por su elaborada elegancia y fina galanura.

Una noche que volví del trabajo especialmente cansado y frustrado (al parecer mis alumnos se empeñaban en no comprender en absoluto la interpretación de Born de la ecuación de Schrödinger a pesar de que es el cambio más importante de nuestra visión del mundo desde Newton), decidí llamar: ¿no decían que era servicio veinticuatro horas?

—Hola, ¿agencia Pantócrator's?

—Sí, dígame.

—Me gustaría un chico de compañía para ahora.

Se quedó un poco muerto el interlocutor, por las horas. ¡Pero si no eran ni las doce! Esta prostitución del siglo XXI lo tiene claro si alucinan por chorradas como estas. ¿Dónde está la tradición whiskera, dónde el descorche? No sé, no lo he vivido, solo lo imagino, pero ahora la cosa parece menos pintoresca.

—Es que a estas horas no están disponibles todos los chicos.

—Vale, ¿cuántos tienes disponibles?

—Pues yo creo que... tres o así.

¿Tres o así? Habría sido interesante que Dirac hiciera las ecuaciones que le llevaron a descubrir el antielectrón con categorías como «tres o así».

—¿Alguno de esos tres está cachas?

—¿Quiere decir atlético?

—No me refiero a atlético como sinónimo de delgado, no me gustan delgados, me

refiero a musculado, trabajado en el gimnasio.

—Un segundo, por favor. —Debió de tapan el auricular, pero lo oí perfectamente todo—. Igor, ¿tú vas al gimnasio?

—Sí —le oí decir al tal Igor.

—¿Caballero? —Esta vez se dirigía a mí. Me gustó que me llamara caballero; solo eché de menos una pequeña interjección delante para hacerlo más Montiel y burdelesco: «Ah, caballero» o quizá «Uh, caballero».

—Dígame.

—Sí, hay un atlético disponible.

—Y ¿de polla cómo está?

—¡Igor!

—No, déjelo, no importa. ¿Cuánto es la tarifa? ¿Hay algún plus por ser tan tarde?

No, no lo había. Eran otras veinte mil. Pero esta vez mientras esperaba sí noté algunas punzadas en el estómago de algo que no era excitación sexual, sino miedo.

La voz de mi interlocutor, su ronquera, su acento, me transportó a un mundo bastante más sórdido de lo que yo había percibido hasta el momento. ¿No echaba de menos el burdel clásico y el descorche de antaño? Ahí estaban, multiplicados por tres o así. Me imaginaba a un imberbe famélico colgado de un teléfono góndola de los setenta de color crema, sentado en una habitación en penumbra con paredes forradas de terciopelo granate muy sucio y con calvas. Al fondo, un pasillo, muchas puertas y sobre cada puerta un piloto carmesí, algunos encendidos, otros apagados... y dentro de una de las cabinas al tal Igor, arrodillado ante un gordo canoso desnudo. Igor también es delgado y tiene manchas por el cuerpo; aparta la prominente barriga del hombre, encuentra una polla flácida y blanquecina, la succiona sin entusiasmo y, cuando oye la voz del telefonista, levanta la cabeza un segundo para contestar; tanta saliva y líquido preseminal en la boca le impiden vocalizar. El gordo le agarra de la nuca y le obliga a seguir chupando. Con voz ronca le dice: «Putita, putita, qué labios tan suaves tienes...».

Sonó el telefonillo y abrí.

Esta vez me pasé la espera del chapero pegado a la mirilla de la puerta. Si resultaba ser un yonki de extrarradio no iba a encajarlo cara a cara y, cuando no tuviera remedio, quería estar preparado antes de abrir. Pensé en decirle que me había indispuerto a última hora, un terrible dolor de cabeza, pero le pagaría el taxi gustoso por haberle molestado a esas horas; no, mejor un problema familiar: se me iba a presentar en breve y por sorpresa mi cuñada, o mi madre, y, claro, no podía estar con él por mucho que me apeteciera, pero sin problemas te pago el taxi y una propinilla, que hacerte venir a estas horas es una putada; pero no, ¿a estas horas qué madre se va a presentar por sorpresa? No, lo que ha pasado es que se ha muerto un tío mío; sí, un pobre tío mío muy viejo, un cascarrabias, pero tengo que ir, yo te pago el taxi y tu

tarifa, faltaría más; en realidad es mi padre, se ha muerto mi padre, pero yo te doy el doble de lo que cobras porque me sabe mal.

Cuando el chico llegó ante mi puerta y se plantó ante la mirilla le abrí sin dudarle: era fornido y muy guapo, moreno y joven.

—No me ha dado tiempo ni a llamar —me dijo.

—¿No has llamado? —ni me había dado cuenta—. Bueno, pues pasa, ¿no?

Igor se coló al interior con pasos seguros, mirando discretamente mi apartamento para hacerse una composición de lugar. Igor parecía más joven que Gabriel pero tenía más aplomo, más chulería. Llegaba escuchando un discman aparatoso y, por ser amable, me interesé por lo que sonaba en el aparato que, enrollando el cable de los cascos, empezaba a guardar en uno de los bolsillos de su cazadora. *Techno Total Bakaloo volumen 7*, una de esas recopilaciones espantosas de música house y tecno de discotecas.

—Vaya marcha, ¿no? —le dije yo.

—Si quieres otro tipo de marcha vamos a ello —me dijo él, mientras sonreía guasón.

Así me gusta, directo al grano.

—Pero primero tengo que hacer una llamada.

—Ahí tienes el teléfono. Pero ¿a quién tienes que llamar? —me sorprendí.

Y él, natural:

—A la agencia.

Igor llamó a su agencia, supongo que hablaría con el delgado telefonista de la góndola crema, y dijo que todo bien. Después colgó y nos metimos en mi habitación.

Su polla era un poco más grande que la de Gabriel, o sea descomunal, y tenía esa textura morcillonada que tanto me gusta: permanecía dura sin acabar de ponerse como el granito. Me pasé la hora chupándole el nabo, no hice otra cosa. Cuando me corrí le pregunté si él iba a hacer lo mismo, y me dijo que no.

—No puedo correrme cada vez que estoy con un cliente.

—Ya, pero esta noche no creo que te llame nadie más, ¿no?

—Nunca se sabe. La gente es muy viciosa.

—Es la una y pico, es martes. Dudo que te llame nadie. Córrete, anda.

—Tiene suplemento de cinco mil pesetas.

No dejaba de ser irónico que haya que pagar para que sea otra persona la que disfrute, pero pensé: «Este pobre tendrá que darle al menos la mitad de su tarifa a la agencia, me parece justo que se saque un sobresuelo». De modo que le di las cinco mil pesetas y agité su polla hasta que una leche espesa y blanca me cubrió los pelos del pecho.

A Igor volví a llamarle a la semana siguiente. No sé por qué repetí con él tan

pronto y no con Gabriel, que, objetivamente, era mucho más atractivo, más morboso y mejor amante. Supongo que los que no tenemos gran autoestima nos sentimos más cómodos rodeados de mediocridad: siempre el coche de gama media, a más no podemos aspirar; un piso ni grande ni pequeño. ¿El amante? Que no sea perfecto, por favor, ni siquiera aunque paguemos por él.

De modo que Igor se presentó en mi casa diez días después de la primera cita. Cuando entró en la buhardilla, repitió idéntico ritual: se sacó la cazadora, guardó el discman en ella enrollando el cable exactamente igual que la otra vez —escuchaba una recopilación tecno similar, *Ultimate Technique volumen 2*—, caminó por el angosto pasillo con la misma chulería y me sonrió con idéntica frescura.

Solo cambió una cosa:

—No me beses en la boca, por favor.

Es un clásico lo de la puta que no besa en la boca a sus clientes. En mi corta carrera chaperil el tópico no se había cumplido hasta el momento, porque tanto Gabriel como Igor me habían besado sin problemas, con bien de saliva y bien de lengua, sin yo pedírselo, simplemente llevados por el impulso del calentón. Por eso me extrañó que Igor me lo dijera de nuevo:

—No, no me beses en la boca, es que mira cómo la tengo.

Me fijé bien. Tenía una erupción alrededor de los labios, una miríada de granitos rojos que brillaban discretamente bajo la emulsión de algún medicamento.

Recordé a un conocido mío, muerto de sida hacía unos años, al que le vi una erupción similar durante las primeras fases de la enfermedad.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?

—No sé, de pronto te has quedado parado.

—Oye, y ¿qué te ha dicho el médico?

—Nada, que se me pasará en unos días con una crema que me estoy dando.

El resto de la hora la pasé chupándole la polla con el piloto automático. Esta vez no le pedí que se corriera ni nada, y cuando se marchó no le volví a llamar, así que esa fue la última vez que vi a Igor.

GABRIEL 2

Tengo un compañero de trabajo, se llama Andrés y da clases de astrofísica. También es gay y de vez en cuando salimos juntos. No tenemos mucho éxito, la verdad, porque no paramos de hablar entre nosotros y criticar a cuanta marica se nos cruza: mira esa osa qué gorda, por favor, y cómo va de digna, ¿es que no tiene espejos?; pues esa musculoca está como un tren, pero ¿tú has visto qué color de piel?; esa tiene un melanoma en un par de años, ella sola ha absorbido más radiación ultravioleta que el satélite Chandra (chistes de astrónomos, no los tenéis que entender, tranquilos); pues esa flaca, vaya pluma, ¿y por qué lleva guardapolvos?, ¿han vuelto los ochenta? (en el año 1999 no habían vuelto, así que no me critiquéis). En fin... como veis, somos dos auténticas petardas, pero lo pasamos bien juntos.

A mi amigo Andrés le solía mantener al tanto de mis escarceos chaperiles, al menos en aquella primera época. Así que conocía de oídas todo lo relacionado con Gabriel.

Una noche, después de recorrer algunos bares de la ciudad, acabamos en un añejo local famoso por ser lugar de encuentro entre bronceados chaperos gimnastas y clientes bien entrados en años. Sinceramente mi amigo y yo éramos como una isla en aquel lugar; flanqueados por hombres de la tercera edad y veinteañeros sudamericanos, ultrahormonados, éramos los únicos que estábamos en la treintena y teníamos carrera universitaria, así que nos dedicamos a beber margaritas y a criticar todo ese ambiente lumpen que, a mi pesar y en secreto, me atraía cada vez más.

Un culo bien torneado forrado de vaquero desgastado se plantó ante mis ojos un instante, mientras su dueño pasaba cerca de nuestra mesa, esquivando un grupito de viejas glorias de la televisión y las letras. Solo tuve ese culo ante mis narices un instante, pero lo reconocí de inmediato.

—Ese es Gabriel.

—¿Quién?

—Ese que va por ahí. Aquel que justo habla con el portero. Acaba de pasar a nuestro lado.

—Joder, qué bueno está, ¿no?

—Te lo dije.

—Coño, es que merece la pena pagar por que te folie esa bestia.

—Es un servicio de primera necesidad.

—Oye, ¿y por qué no le llamamos?

—¿Ahora?

—Claro, y nos vamos a tu casa, que pilla cerca. Si total, esto es un aburrimiento.

—Pero ¿qué quieres hacer? ¿Un trío?

—¡No, por favor, qué horror! ¡Somos hermanas!

—Por eso te decía.

—Primero le folla a uno y después al otro.

—Me parece bien. Lo mismo nos hace un precio especial y todo.

—Lo mismo.

Buscamos a Gabriel por todo el local, pero ya se había ido. En la calle ni rastro, y yo no tenía su teléfono; no tuve la precaución de guardarlo porque, como ya os he dicho, mi intención era la de no repetir y explorar las diferentes e innumerables opciones, por no decir pollas, que la prostitución masculina me deparaba.

Así que cogimos un taxi y nos acercamos a uno de los pocos quioscos de prensa de la ciudad que permanecían abiertos veinticuatro horas. Ya no estábamos cerca de mi casa, ni de la suya, estábamos muy a desmano, pero otro taxi nos llevó a mi domicilio. Cuando llegamos, me di cuenta de que no teníamos ni condones ni lubricante. Otro taxi nos depositó en una farmacia de guardia, donde hicimos acopio de lo necesario. Ya de paso, nos detuvimos en un 7-eleven, donde compramos un par de botellas de alcohol y refrescos porque algo había que beber. Mi amigo también se compró una revista de cine, que no adquirió antes en el quiosco porque no estaba seguro de que le apeteciera. De hecho le vi merodear con tanta indolencia por la sección de prensa que me di cuenta de que tanto trajín estaba acabando con la emoción y las ansias del primer momento, y me aseguré de coger rápidamente otro taxi que nos devolviera cuanto antes a mi casa. La rebaja que, supuestamente, nos iba a hacer el chaperero ya nos la habíamos gastado de sobra, pero en aquel momento a mi amigo y a mí nos encantaban esos dispendios, esas pequeñas extravagancias burguesas, como cuando fuimos a Málaga en taxi porque nos daba miedo coger un avión.

Ya en casa buscamos en la sección de contactos el teléfono de Gabriel y le llamé. Él dijo que me recordaba perfectamente (no me lo creo) y que estaba disponible a pesar de las horas. Le comenté que éramos dos amigos los que requeríamos sus servicios, quizá nos podría hacer un precio especial.

—¿Me estás hablando de un trío?

—Nooo... si somos hermanas. —Esta información también me la podía haber guardado, más que nada por lo moñas que resulta—. Se trata de primero con uno y después con el otro.

—Muy bien, pues os lo puedo dejar en veintisiete mil los dos, si te parece bien.

Ofertón.

—Sí, sí, genial. Pues ¿en una hora? ¿Te acuerdas de la dirección? Sin problemas, te la digo, mira, apunta...

Colgué.

—Nos lo deja estupendo de precio.

—Pues es que, ahora que lo pienso, tengo que ir al cajero a por pelras, no tengo un

duro.

—Vamos, te acompaño, que tenemos una hora.

—Ya de paso...

—¿Nos acercamos a casa de mi camello? Seguro que está despierto, y un gramito para follar siempre viene bien.

Yo no me suelo meter, pero a mi amigo le encanta la coca y ciertamente no está mal para follar.

—Venga, vamos, pero rápido.

Total, que cogimos otro taxi para ir al cajero, sacamos las pelotas, cogimos otro taxi para ir a casa del camello, pillamos lo nuestro y otro taxi nos devolvió a mi casa justo cuando empezaba a llover. Nos topamos con Gabriel en la entrada de mi portal llamando al portero automático. Le sonreí, le presenté a mi amigo y *p'arriba* los tres.

Me parecía un detalle de anfitrión que fuera mi amigo quien primero catase la jugosa polla de pago, así que Andrés se metió en mi pequeña habitación, con sonrisa y mirada cómplices dirigidas a mí.

Si mi amigo se estuviera acostando con cualquier amante mío delante de mis narices sería algo que no podría soportar, pero que se tirara al chapero no solo no me provocaba ni sombra de celos, sino que me hacía estar orgulloso. Orgulloso de poder compartir con Andrés, al que conocía desde hacía una década, esa experiencia tan excitante e íntima, algo que nos uniría aún más, una travesura de la que reírnos entre nosotros y una excentricidad que nos haría parecer más interesantes frente a nuestros amigos. Estábamos pagando y eso hacía de ese musculoso un objeto de lujo, un entretenimiento sofisticado, como un concierto de Madonna, pero con orgasmo de por medio, lo que lo convertía en algo mucho más estimulante que el contoneo de la ambición rubia que por aquellos días, además, había abandonado su habitual procacidad para convertirse en una especie de sacerdotisa *new age* con discurso de autoayuda.

Yo me quedé esperando frente a mi nuevo ordenador con Internet. Sí, acababa de conectarme a la Red. Para mí, todo aquello era una experiencia inédita y, excepto mantener correspondencia con el decano y los compañeros, no entendía muy bien para qué me iba a servir, pero como todo el mundo en la facultad se lo estaba poniendo, no me quise quedar atrás: «No sea analfabeto cibernético, hombre —llegó a decirme mi decano—, navegue por las autopistas de la información».

En aquellos años las autopistas de la información eran más bien caminos de cabras, porque las fotos porno que encontré tardaban tanto en cargar que no era posible mantener una erección decente entre foto y foto. Tecléé «chapero» en uno de esos motores de búsqueda que se llevaban antes, creo que era Altavista, y al instante salieron miles de entradas. También lo probé con «escort» e incluso con «gigoló». ¡Millones de posibilidades! A mí, que me aturullo ante el expositor de refrigerados a

la hora de elegir yogures, tanta oferta me provocó vértigos. Había tanto que explorar, tantas posibilidades... las páginas de contactos en los diarios se habían quedado tan pequeñas como un átomo frente al sistema solar y yo tenía tiempo y dinero para explorar todo ese profuso universo que se abría sobre mí.

Una polla erecta a la altura de mi hombro derecho me devolvió a la realidad. Gabriel me dedicaba una sonrisa plantado a mi lado con su enorme tranca dispuesta para un segundo asalto.

—Te toca.

Temí que mi amigo saliera del dormitorio y me pillara lamiendo el caramelo, pero aun así no pude evitar metérmelo en la boca un segundo de lo contento que me puse. Luego le cogí la tranca, me levanté de la silla y le conduje hacia la cama, cruzándome en la puerta con Andrés, que me hizo un gesto de satisfacción con muchísima pluma. Yo no se lo devolví por no parecer demasiado marica delante del chulo, que, por otro lado, no sé por qué quería yo quedar de macha delante de él, mira tú, porque a él, con tal de que le diéramos las 27.000, como si me disfrazaba de Carmen de Mairena.

La memoria del polvo que echamos se ha perdido en una incontable marea de folladas similares; supongo que estaría bien, lo único que recuerdo es la agradable sensación de compartir con mi amigo esa experiencia y las risas que nos íbamos a echar después rememorándola.

Como así fue. A Gabriel le despedí con una frase que solíamos utilizar de coletilla incluso años después:

—Ay, Gabriel, Gabriel... nos has gustado mucho a mi amiga y a mí. Te vamos a llamar más.

Pero sin embargo no le volvimos a llamar. Cuando se fue estuvimos un rato metiéndonos rayas, riendo y bebiendo, charlando acerca del pedazo chulo.

—Solo he echado de menos unos besos... que me besara, vamos.

Yo no dije nada. A mí sí me había besado y eso supuso para mí una estúpida victoria, que mantuve en secreto.

Después de esa noche nos lo encontramos un par de veces en algunos locales y nos saludó con simpatía y cierto desconcierto en la mirada, como si nos conociera de algo pero no se acordara de qué exactamente. Eso nos hacía reír como dos tontos.

Años después lo vi por la calle, cerca de la boca de metro de Santo Domingo paseando con una chica, con la que conversaba muy enfrascado. Tal vez fuera su novia. Estaba igual de guapo y fornido.

OTRO

Antes de recurrir a Internet como herramienta básica de contacto con mis chaperos, me lie aún con uno más al que conocí en un bar.

Era una de esas noches en las que sales con una gran cuadrilla que al paso de las horas va menguando y menguando hasta que te ves solo en el último local, que suele ser siempre el más infecto. Y en aquellos años el más infecto tenía el sugestivo nombre de Fábula's. No sé por qué ese empeño de ponerle el genitivo sajón a todo, pero en el Fábula's lo pasabas de fábula, si conseguías que no te apuñalaran o no te dispararan o no te partieran una botella en la cabeza. Era un local frecuentado por todo tipo de travestis prostitutas, rumanos prostitutas, gitanos a los que pagándoles 20 euros se la podías chupar y cantidad de puteros de todo pelaje y condición.

Con semejante percal pensé que ese maromo rubio teñido, cachas y de una belleza un tanto asimétrica, que no me quitaba ojo y me sonreía, estaba ligando conmigo porque se había quedado encandilado gracias a mis encantos naturales de las siete de la mañana tras litros de alcohol y gramos de coca, y a su vez le sonreí también. ¿Os podéis creer que me sorprendió cuando me pidió 50 euros por acostarnos? No solo me sorprendió: me indignó un poco. Pero apuré el cubata y le dije que sí. Me dijo su nombre, pero la verdad es que no lo recuerdo.

Mientras íbamos por la calle me di cuenta de que hablaba un poco raro —arrastraba las eses ligeramente—; no pude discernir si era su acento o un defecto de fonación, y preferí que me llevara él a su domicilio en vez de invitarlo a mi casa.

Su domicilio era una pensión de pasillos imposiblemente estrechos, con puertas pequeñas escondidas en los lugares más insospechados, las paredes de color beis aparecían inusualmente limpias. Una señora con cara de sueño, delgada y con peluca, nos salió al paso, nos miró sin decir nada y se metió en su hueco nuevamente.

La habitación del cachas no medía más de cuatro metros cuadrados, solo había una cama y un pequeño armario, no tenía ventanas. Las sábanas estaban bastante sucias y allí olía a tigre. Tenía la ropa, zapatillas y demás enseres tirados de cualquier manera. Vi unas cuantas cintas de vídeo digital apiladas en la mesilla, pero ni rastro de un reproductor ni una cámara y me pregunté por qué demonios las guardaría. Había también algunas revistas, cupones de descuento de supermercado, *flyers* de discotecas, muñequeras, *cockrings*, gafas de sol, lubricante, condones... También tenía sobre la mesilla lo que me pareció un diente y sentí un escalofrío.

Ni siquiera nos desnudamos, a él no se le empinaba nada y a mí menos. Nos pasamos un rato hablando, pasmado yo, estoico él, de su situación, de que llevaba años así y de que ya había tirado la toalla, de que su vida consistía simplemente en existir. Me dijo que ni siquiera se drogaba, que toda aquella indolencia solo era producto de su renuncia vital, de su falta absoluta de horizonte.

Yo le di sesenta euros, era todo lo que llevaba en el bolsillo, y decidí irme cuanto antes de esa ratonera; creí oír que me llamaba, pero no quise detenerme, no quería pensar en nada. Olvidé haber visto aquello.

LOS BRASILEÑOS

Mi etapa «brasileña» fue estupenda, aunque un tanto repetitiva. Veréis. En Internet descubrí una página de contactos «profesionales» donde se anunciaban cantidades ingentes de chaperos. Todos cortados más o menos por el mismo patrón: musculosos, cara de vicio, algunos incluso con nariz operada, labios gruesos, morenotes, buenas pollas con erecciones eternas, culazos redondos como bolas de bolera, posturitas provocativas, todos con 23 años (esa debe de ser la edad ideal para el chapero, 23. Por cierto, todos tienen 23 cm de polla; no sé qué pasa con el número 23, que debe de ser mágico. ¿No había una película con Jim Carrey que iba del número 23? Tendré que verla, a lo mejor resuelve mis incógnitas) y todos prometiendo placeres mil, morbo sin freno y sexo satisfactorio por un puñado de euros. Casi todos eran brasileños.

Y digo que la cosa era repetitiva, porque siempre se desarrollaba en tres etapas:

Primera: llamada telefónica al chapero y mi desesperado intento por hacerme entender, porque nunca ninguno hablaba castellano, todos chapurreaban un portugués cerradísimo. La gente encuentra que el castellano y el portugués son similares, pero yo no era capaz de enterarme de lo que me decían esos chaperos por teléfono. El caso es que para follar tampoco son necesarias demasiadas explicaciones, y al final les mandaba un SMS con mi dirección y en media hora se presentaban.

Segunda: entraban en casa sonriendo con prepotencia, ocupando arrogantes el espacio de mi diminuto salón con sus corpachones anabolizados, quitándose la cazadora y tirándola en cualquier sitio, mientras yo sin poder resistir la atracción de sus músculos comenzaba a toquetearles por todos lados. Allí mismo me arrodillaba y comenzaba a comerles la polla.

Y tercera: tras unos minutos de succión les llevaba al dormitorio, donde se enfundaban un condón, me ponían a cuatro patas, me la metían y *c'est fini*. Yo intentaba retozar un rato en la cama, comerles la boca, ¡que me tocan algo!... pero no. La cosa era chupar, follar, pagar y ellos no movían ni uno solo de sus hipertrofiados músculos, salvo para empujar como émbolos.

Así que, como vosotros comprenderéis, la cosa acabó por aburrirme bastante, porque macizos estaban pero participativos no eran.

Aun así me acuerdo de unos cuantos que me impresionaron por otras cosas al margen de los polvos que mantuvimos.

Como **ESPIRITO** (sí, se hacía llamar así), que era de lejos el que parecía más bobo y al que menos entendía cuando hablaba. De todos modos le consideraba simpático, siempre estaba sonriente y era uno de los que más se esforzaban por tenerme contento. Cuando le comía la polla o me daba por culo gemía como con placer y decía en plan porno:

—Mmmm... yes... yes... yesss...

En diferentes entonaciones y eso, como para que yo viera lo mucho que estaba gozando.

Una vez me lo encontré en la estación de trenes. Se iba para Toledo y me saludó simpatiquísimo, me cogió del hombro muy colega él y empezó a chapurrar su idioma. Yo saqué en conclusión que quería que le llamara más, que le gustaba follar conmigo y que iba a Toledo a casa de un cliente que le pagaba el fin de semana completo. Pensé en la solitaria vida del marica de provincias y me dio un poco de pena. Se despidió con esa sonrisa franca que le achinaba los ojos haciéndole aún más atractivo, y caí en la cuenta de lo indiscreto que había sido el maricón. ¿No se supone que los chaperos tienen que guardar un cierto secreto con sus clientes? Menos mal que no soy paranoico y por allí no había nadie de la facultad, pero me pareció una grave falta de tacto por su parte, lo que no hacía sino corroborarme que al pobre Espírito le faltaba un hervor.

BRUNO, por llamarle de alguna manera, era el que más cambiaba de nombre. Cada vez que me metía en una web de chaperos me encontraba fotos suyas, pero siempre tenía diferentes apodos: Salvador, Marco, Lucio, New Hugo (sí, sí, con el «new» delante, no sé quién sería el «old»), Samboro, Carioca... en fin, miles de alias.

Era el único rubio de todos los brasileños, realmente guapo, con cara de niño travieso, y lleno de tatuajes. Con él estuve dos veces y también se lo montó mejor que la media de sus compatriotas. Era más participativo y se implicaba más; de hecho besaba bastante y parece que gozaba de verdad con el sexo. Una vez vino a mi casa y la siguiente fui yo a la suya, un pequeño apartamento por Malasaña decorado un poco en plan hippie, lo cual me sorprendió porque el mundo chapas jamás lo asociaría yo al rollo hippie, pero sí; tenía cortinajes de cuentas, lámparas de lava, tapices coloridos y una gran caja de madera de la que sacó un buen trozo de costo con el que se hizo un porro que fumamos a medias antes de follar. La verdad es que no estuvo nada mal.

MAURITZIO. A este le iba la dominación, le encantaba llamarme «puta» y esas cosas. Estaba realmente bueno y tenía todo el cuerpo lleno de tatuajes, pero a pesar de tanta exhibición y palabras malsonantes y rollo guarruzo y machirulo... la cosa no era para tanto. No tenía gran polla y tampoco sabía usarla especialmente bien, ocupado como estaba en gustarse solo a sí mismo, no prestaba atención a la persona que tenía al lado, de modo que no había manera de sentir nada por muy duro que tuviera el cuerpo. Si me acuerdo de él es porque fue el único que me pidió el dinero por adelantado. Tras el polvo lo entendí.

TIAGO. Este era un jovencito también muy guapo, muy tatuado y con un cuerpo de escándalo, vamos, como todos. Me acuerdo de él porque vivía en una especie de apartamentos de chaperos. Era un piso antiguo que se había reformado para sacar varias viviendas pequeñas, como habitaciones de hotel con su baño y su cama y su

tele, no había mucho más. Lo que me sorprendió de todo aquello era el ambiente de camaradería que reinaba en el lugar; Tiago salió a buscar condones al apartamento de un amigo y este apareció en pelotas para prestárselos mientras reían y hablaban en ese brasileño incomprensible para mí. De hecho un par de chaperos más, en pantalones cortos luciendo musulmen, también salieron al pasillo para unirse al jolgorio. Uno echó el ojo hacia la habitación en la que yo esperaba con la puerta entreabierta y con cara de guasón dio un codazo al compañero comentando la jugada y provocándome un rubor adolescente y absurdo. Inmediatamente soñé con la posibilidad de que aparecieran los cuatro en ese diminuto receptáculo y empezaran a darme polla uno detrás de otro... pero, claro, eso no pasó. Lo que pasó fue que el jovencito Tiago llegó con su condón y me dijo:

—¿Vas a follarme?

Yo no me había planteado la posibilidad de ser el activo (con un chapero nunca me lo planteaba), pero el chaval tenía cierta cualidad inocente y desvalida que me incitó a desear ser un macho rudo y brutal para él y partirle el culo, así que le dije que sí. La pena es que no soy precisamente una máquina sexual, y la follada quedó en uno de tantos polvos torpes y rápidos poco satisfactorios. Antes de irme me invitó a un porrete, y de regreso a casa me sentí flotar entre las luces de Madrid.

En fin, brasileños similares a estos hubo unos veinte o treinta, no os sabría decir el número exacto, pero acabé realmente saturado, de modo que me olvidé por un tiempo del sexo de pago para concentrarme en el sexo prohibido que, por sorpresa, sin esperármelo, me proporcionó uno de mis alumnos.

JAIME

Así se llamaba. La verdad es que me fijé en él nada más empezar las clases el primer día. Era alto y fuerte, siempre con barba de pocos días, aparentaba mucho más que los 19 años que decía tener. Era morenote, de mandíbula cuadrada y cuello ancho; a sus compañeras las traía locas a juzgar por las risas nerviosas que provocaba cuando les comentaba en voz baja alguna guarrería.

No pensé que él se hubiera fijado en mí para nada más que intentar comprender la teoría especial de la relatividad, pero, a partir de un cierto momento del curso, uno de esos días en que sabes que el invierno ha quedado atrás porque el sol te sorprende entrando con fuerza en el aula, noté que me miraba con una fijeza concreta, una especie de escrutador e inquisitivo repaso que en muchos momentos se detenía en mi entrepierna. ¿Me miraba el paquete? ¡No puede ser! Perdí el hilo de la clase y las rubias de la tercera fila tuvieron que recordarme por dónde iba mientras en la cara de Jaime adiviné una sonrisa burlona, dejando asomar la punta de su lengua entre los labios.

Pasé el resto del día con taquicardia y sin poder apartar de mi mente esa sonrisa. Una vez en casa me metí en Internet para llamar a uno de los brasileños, pero todos me parecían iguales y me hice una paja imaginando que Jaime me follaba en los baños de la facultad.

Esa noche no pude dormir. Atenazado por el deseo y por el miedo, me prometí a mí mismo no hacer nada, no dejar escapar la más mínima mirada, la menor insinuación de ningún tipo, ni un atisbo que pudiera dar a entender cualquier nimiedad relacionada con sexo, nada que revelara mi deseo voraz.

Al día siguiente Jaime no apareció por clase y eso me llenó de desazón. No pude concentrarme en ningún momento, las rubias me parecían más gritonas de lo normal, los compañeros me contaban sus banalidades y yo respondía que sí maquinalmente, pero en realidad solo podía pensar en la ausencia del chulo: ¿por qué faltaba precisamente hoy, justo el día siguiente a mi flagrante turbación ante su mirada? ¿Se había dado cuenta...? ¿Estaba enamorándose de mí y prefería no acudir porque nuestro amor era tabú? Qué valor tengo.

Al siguiente día, allí estaba sentado en su sitio como siempre; llegó el primero a clase y se sentó a las ocho menos cinco de la mañana en su pupitre. El resto de los alumnos iban llegando con cuentagotas y, mientras ordenaba los libros de mi mesa, sentí un alivio y una alegría que no pude controlar y le pregunté:

—¿Qué te pasó ayer?

—Nada, estaba de resaca.

—¿Saliste un miércoles por la noche? —pregunté con una estúpida risotada.

—Había una fiesta mensual que no me podía perder. Una fiesta de sexo.

Y se pasó la mano por el paquete. ¿Había oído bien? Una fiesta de sexo. ¿Había dicho una fiesta de sexo? ¿Qué quiere decir? ¿Una fiesta de sexo gay? ¿Está hablando de esos bares donde van los tíos desnudos y se chupan las pollas? Conocía de sobra esos locales a pesar de no haber acudido a casi ninguno, pero ¿él se refería a eso? ¿Se había pasado la mano por el paquete para dar a entender lo que quería dar a entender?

Le sonreí estúpidamente y tuve que salir de clase para ir al baño mientras la clase se continuaba llenando de alumnos.

En el baño me mojé la nuca para despejarme. A la imagen del espejo le dije: «Ese tío tiene que follarte».

Sin embargo, no fui capaz de mirarle a la cara el resto del curso. Me asaltaba tal sensación de culpabilidad, de apuro, que tenía que hacer denodados esfuerzos para que mi timidez no se interpretara como desprecio. Cada vez que me preguntaba algo, le respondía tartamudeando y apuntando en la pizarra la explicación para evitar tener que mirarle. Cuando la clase acababa, me iba el primero del aula para escapar así de cualquier posible encerrona.

Si lo veía avanzar por el pasillo en mi dirección, me ponía a hablar por el móvil para no saludarle o hacerlo con un simple movimiento de cabeza. Me cuidaba mucho de no coincidir con él en la cafetería, los baños o cualquiera de los lugares comunes.

Así fue llegando junio y los exámenes finales. Creí haber dado esquinazo a, si alguna vez las hubo, sus aviesas intenciones y, sobre todo, creí haber adormecido mi bestia interior; no pensaba casi nunca en él, las cosas estaban volviendo a su cauce y, aunque mi vida sexual era inexistente en aquellos tiempos (recordemos que estaba saturado de brasileños), el exceso de trabajo que supone siempre el fin de curso me mantenía entretenido. Tal vez por eso bajé la guardia y, cuando quise recordar la polla de Jaime, se materializó dentro de mi boca.

Fue de la siguiente manera. Eran casi las ocho de la tarde, tenía ganas de irme, pero me había propuesto concretar definitivamente cuáles serían las preguntas del examen de Mecánica y Ondas, porque no tenía más ganas ni tiempo de seguir pensando en ello, sobre todo cuando no era mi materia y en realidad estaba haciéndole un favor a la sosa de Marga, la profesora suplente, que estaba más perdida que un pulpo en un garaje. Marga se deshacía en elogios y agradecimientos:

—Gracias, tesoro, es fabuloso que me hagas tú el examen, es que no sabes el marrón que me quitas de encima. ¿Quieres algo? ¿Te traigo algo?

—Pues, mira, un café y un donut no me vendrían mal.

—Ahora mismo.

Oí que Marga salía de la sala y un segundo más tarde la puerta volvía a abrirse. Pensé que sería la profesora suplente, pero cuando miré me encontré con los penetrantes ojos de Jaime, inmóvil, junto a la puerta.

—¿Qué... qué haces aquí? Tú no puedes estar aquí —balbuceé en un tono un

poco demasiado agresivo por el sobresalto que me produjo el chaval.

Jaime se acercó despacio hacia mí. ¿Se iba tocando el paquete? Mi corazón empezó a latir desbocado; jamás había sentido tanta presión en mi pecho, creí que iba a estallar.

—¿Por qué ya no me miras a la cara?

Yo ante eso no supe qué decir, y él siguió:

—¿Qué te pasa conmigo?

Ya estaba tan cerca de mí que podía olerle. No sé cómo, mi mano de forma autónoma le acarició el paquete, yo no hice ningún movimiento, lo juro, fue la mano sola, ella sola, yo no.

Jaime sonrió y, sin dejar de mirarme a los ojos, me comió la boca. Lo que sucedió después tampoco puedo explicarlo, fue un acto reflejo: no pensé ni dónde estaba ni con quién, solo sé que me agaché, le abrí el vaquero y empecé a mamar de una polla que ya estaba como una roca.

Menos mal que a él sí le quedaba cierta sensatez y, tras unos segundos de mamada, se guardó con dificultad el cipote duro en el pantalón e hizo que me incorporara justo en el momento en que Marga regresaba con el café y el bollo. Al verle allí plantado ante mí se quedó helada.

—¿Qué haces tú aquí?

Esta vez fui yo el que reaccionó deprisa.

—Ha venido a consultarme los horarios de la conferencia de mecánica cuántica.

—No deberías estar aquí. —Ella le miró su abultado paquete sin dar crédito—. Tienes los horarios en recepción y los folletos y toda la información.

—Ah, pues voy a ver.

Antes de irse clavó sus ojos en los míos y se relamió; después se dio la vuelta para salir, pero durante una fracción de segundo se le escapó la mirada al examen de Mecánica y Ondas que había estado yo preparando un par de minutos antes.

Entonces comprendí que Jaime también era un chaperero, a su modo, y yo tenía algo con lo que pagarle las folladas que, en ese momento estaba seguro, nos esperaban en el futuro. Y saber que podía pagarle me llenó de una inesperada tranquilidad.

JAIME 2

Busqué su teléfono en la ficha y le llamé esa misma noche. Vino a casa de inmediato. Yo le esperaba ya desnudo en el sofá y con la puerta de la calle abierta de par en par. Estaba tan loco de deseo que me importaba un pito que cualquier vecina pudiera verme.

Jaime entró y sin siquiera desvestirse se tumbó encima de mí; yo abrí las piernas para sentir su áspero vaquero en mis cojones y mi polla, le abracé con los muslos todo lo fuerte que pude, mientras con la boca abierta de par en par me comía su boca y su lengua y me bebía su saliva como una cerda.

Pasamos a la cama, donde admití su polla sin condón y admití su semen en mi culo y, media hora más tarde, en mi boca, tragando con ansiedad la leche que le salió en su segunda corrida; estaba absolutamente convencido de que Jaime no me iba a contagiar ninguna enfermedad venérea, y si era así, estaba dispuesto a asumirlo.

Porque de Jaime me podía enamorar.

Tras el polvo, tumbado en la cama boca arriba y fumando, no perdió el tiempo:

—Me tienes que dar las preguntas del examen.

—No puedo hacer eso, Jaime —reí ante su poca paciencia.

—Coño, tampoco puedes comerle la polla a un alumno y acabas de hacerlo.

—Te pasaré las preguntas por mail.

—¿A cuántos te has tirado?

—Alumnos solo tú.

—¿Y tíos?

—Unos cuantos.

—Tú eres mi tercero. Empecé a follar con hombres el año pasado. El primero fue un pariente mío maricón.

—Vaya.

—El segundo el marido de mi vecina, que me tenía echado el ojo desde siempre.

—Tienes un sexto sentido para eso, ¿no?

—Se os nota cantidad.

—¿Se nos nota?

—Sí, a los maricones se os nota que os gusto.

—Ya. Porque tú no eres maricón.

—Yo no, aunque me mola más follar con tíos que con tías, la verdad.

—Y yo que me alegro.

* * *

Los resultados de aquellos exámenes finales fueron los más brillantes que obtuvo

nunca Jaime. Y para mí fue el final de curso más excitante de mi vida: no parábamos de follar a la menor oportunidad. Realmente hizo méritos para superar las asignaturas con nota, porque me proporcionó tanto placer y tanta ilusión que pagarle con los chivatazos de las preguntas me parecía un precio mucho más barato que cualquier otro que hubiera pagado antes por un chapero.

Ese verano Jaime no cateó ni una para septiembre, así que, por primera vez en su vida, sus padres le dejaron completa libertad para hacer todo aquello que deseara; por desgracia aquello que deseaba no era precisamente irse conmigo de viaje a la playa ni a la montaña, sino viajar a Sitges, Benidorm y unos cuantos sitios de esos llenos de marcha gay; realmente para ser un heterosexual reconvertido no perdía el tiempo en absoluto, así que aquel verano, una vez conseguido su propósito de aprobarlas todas, apenas le vi el pelo.

Cuando llegó agosto, con Jaime lejos y sin mejores planes de verano, decidí apuntarme a un gimnasio para ponerme en forma. Hacía años que había superado los treinta y mi cuerpo, demasiado delgado, se estaba poniendo fofo a una velocidad alarmante. Si quería tener alguna oportunidad de seguir gustando a Jaime, debía invertir algo de tiempo en tonificar mi escasa musculatura, en retrasar de alguna manera el inevitable tobogán hacia los cuarenta. Mi error era pensar, evidentemente, que Jaime estaba conmigo porque yo le hubiera gustado en algún momento. Pero me estaba dejando llevar.

Yo nunca en mi vida había hecho ejercicio, así que me quedé sorprendido gratamente por dos motivos: el primero es que me sentó genial. Yo había oído hablar de las endorfinas y eso, pero creí que era una leyenda urbana, así que la sensación de vitalidad y optimismo que me invadió cuando regresé a casa no me la esperaba.

Y lo segundo que me sorprendió fueron los chaperos: en el gimnasio al que me apunté había tal cantidad de chaperos por centímetro cuadrado que llegué a pensar que era una broma, que había una cámara oculta o que habían quedado todos para ridiculizarme, porque me encontré con unos cuantos de los del apartado brasileños. De hecho, el primer día que llegué Bruno se acercó muy sonriente a saludarme (Bruno, sí, el de los mil nombres, el único rubio, el de la cara de niño y la decoración hippie). Me preguntó por qué no le llamaba más y yo le dije que tenía novio y, claro, le debía cierta fidelidad, pero que, en cuanto las cosas empezaran a ir mal en la pareja, él sería la primera persona con la que le pondría los cuernos. Vi a un par de ellos a los que jamás había llamado pero que conocía de las webs que solía visitar, y a otro con el que follé en una ocasión pero que se mostró mucho más discreto que Bruno y, salvo alguna mirada furtiva, no me prestó más atención. Otro más me sonaba, pero no estaba seguro de habérmelo tirado.

No me podía creer que justamente en mi gimnasio hubiese tal saturación de chaperos, y lo achaqué a que estaba cerca de Chueca. Pensé en cambiar e irme a uno

más tranquilo, pero una tarde, frente a unos tés, Andrés me comentó que el gimnasio al que iba él, uno enorme, de una cadena muy famosa, lleno de comodidades y servicios, también estaba repleto de chicos en venta, cosa que a él no le parecía ninguna conspiración: después de todo, su cuerpo es su herramienta de trabajo, lo tienen que cuidar y es muy normal que le dediquen un tiempo considerable a esculpirlo con mancuernas, de modo que había una alta probabilidad de encontrarte con profesionales del sexo en cualquier sala de pesas del mundo occidental. Es más, Andrés me dijo que su gimnasio de lo que sí estaba plagado era de otra subespecie de chapero: el actor porno. Él ya había conocido al menos a tres que tenía en su videoteca.

Me pareció interesantísimo y nunca lo había pensado, pero un actor porno podía ser fácilmente «chaperable», es decir, follar por dinero es lo que hacían constantemente delante de las cámaras: seguro que más de uno se buscaba unos extras en las camas de algún cuarentón con billetero fácil. Me propuse indagar un poco más en el tema y no me costó conseguir algunas películas porno gay repletas de actores españoles o latinos que, chapurreando un inglés más o menos fluido, se dejaban encolar por armarios afroamericanos o griegos o libaneses en producciones guarras de distinta catadura y presupuesto. Después me encontré a unos cuantos vendiendo su cuerpo en las habituales webs de chaperos que solía frecuentar. Algunos de ellos incluso comenzaron tímidamente a publicitarse como «actor porno internacional». De hecho, en aquellos momentos (mediados de los '00), se estaba viviendo una curiosa corriente en el mundo del porno: las televisiones, ávidas de nuevos contenidos morbosos que estimularan a la audiencia, hace tiempo que habían recurrido al mundo gay y subgrupos (osos, travestís y demás), incluso hablaban de prácticas hasta el momento no conocidas por el público en general, como el sadomasoquismo o el *cruising*, por ejemplo, de modo que la incursión del actor porno en los *mass media* solo era cuestión de tiempo. Y se produjo. Empezaron a acudir algunos a programas de cotilleos y otros se reciclaron incluso como tertulianos en magazines mañaneros. Así el artista porno comenzó a abandonar la marginalidad, dejó de ser un proscrito, poco menos que un guarro, para convertirse poco a poco en un «profesional», icono de modernidad y envidiado vividor. A finales de la década, los actores y actrices porno han llegado, de hecho, a ser modelo a imitar para cierta parte de la juventud de principios de siglo, cuya exclusiva preocupación vital estriba en su cuerpo y su propia apariencia. Ya que gastan grandes cantidades de tiempo y dinero en gimnasios, dietas y ropa, ¿por qué no capitalizar todo eso follando ante las cámaras? Sexo por un tubo, dinero a raudales y de postre fama, viajes, televisiones, celebridad.

Es curioso, y lo digo a modo de reflexión sin ánimo de entrar en polémicas, que una profesión como la de actor porno, que no es nada más ni nada menos que

prostitución pura y dura, haya conseguido, al menos en los circuitos gays, ese gran estatus de respetabilidad que sin embargo el chaperismo clásico, el de toda la vida, el que se practica en la intimidad de la alcoba del maduro cliente o en la habitación de hotel del comercial o en la cabina de la sauna o en el cuarto de la pensión del chaperero, no ha logrado.

Pero bueno, a lo que iba: mientras en mis ratos nocturnos de navegación web les seguía la pista a esos actores adonis de penes siempre prestos, yo seguía pensando en Jaime y enamorado. Mi historia de amor la vivía solo yo, desde luego, pero a mí me bastaba.

Llegó septiembre y de nuevo mis esperanzas de volver a verle; los días pasaban lentos discurriendo hacia el principio de un curso que parecía no llegar nunca. Sin embargo, no fue necesario que las clases comenzaran, porque el día 7 de septiembre recibí una llamada telefónica de Jaime cerca de las doce de la madrugada. Susurraba, apenas podía oírle, su voz sonaba rara, con una cadencia lánguida:

—Estoy muy cachondo, macho...

—Yo también tengo muchas ganas de verte, Jaime.

—Joder, quiero follarte...

—¿Dónde estás? ¿Desde dónde me llamas?

—Desde la casa de mis padres.

—¿Por qué me llamas tan tarde?

—Estoy muy caliente... y tengo tema.

—¿Tema?

—Sí, tema.

—¿Qué es tema?

—Cristal, estoy fumando cristal y me estoy poniendo muy caliente, ven ahora tío, te la quiero meter toda la noche.

—¿Ahora? ¿A casa de tus padres? ¡Estás loco! Ven tú aquí.

—Que no, macho, que tengo aquí todo el tema. Si además mis padres no están. Se han ido a la sierra, vienen mañana.

—¿Estás solo?

—Como si lo estuviera.

—¿Estás solo o no?

—Con mis hermanas pequeñas, pero están durmiendo en su cuarto, ni se van a enterar.

—Que no, tío, que no voy a ir a tu casa a follar a estas horas, con tus hermanas en el dormitorio de al lado, es una locura.

Diez minutos más tarde levantaba la mano para detener a un taxi que me depositó por la zona de Arturo Soria, veinte minutos después.

JAIME 3

El mundo de la física cuántica no se rige por certezas, por leyes inamovibles y monolíticas, sino por probabilidades y contingencias donde la causalidad muchas veces da paso a la casualidad, donde una pelota de tenis no atraviesa el frontón no porque sea imposible sino porque la probabilidad de que eso suceda es ínfima, donde una partícula es capaz de estar en varios sitios a la vez y donde dos estados opuestos de la realidad pueden coexistir sin entrar en contradicción. Por eso en esta vida, que no es más que un complejo conjunto de partículas, suceden las cosas más peregrinas e insospechadas, por eso el azar lo gobierna todo trazando un plan arbitrario y absurdo que con el tiempo, para no asumir lo trivial de la existencia, siempre acabamos por dotar de sentido.

Esa noche, cuando llamé al móvil de Jaime para advertirle de que estaba ante el portal de la casa de sus padres, sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Ese momento se ha guardado en mi memoria de forma indeleble: recuerdo perfectamente la verja que separaba el patio de la calle, la garita del guardia, iluminada por una luz fluorescente verdosa; ni rastro del vigilante. Recuerdo a Jaime llegando hasta mí, sonriente, tintineando las llaves en la mano; recuerdo lo veloz que abrió la verja y las ganas que tenía de lanzarme a su boca.

—Corre, el guardia no tardará, le he mandado a un recado.

Me colé con él por una entrada negra de hormigón hasta un ascensor de servicio, donde nos empezamos a meter mano con ansia. Él tenía las pupilas dilatadas y le sabía agrio el aliento.

No sabía por qué, pero notaba que aquello era un momento especial. Intuía, casi podía oír, la miríada de electrones y fotones reorganizándose a mi alrededor, adquiriendo momentos angulares, órbitas concretas, estados de energía, que darían paso, uno a uno, a los soplos necesarios y determinantes para configurar una nueva realidad para mí. Pero para que lo comprendiera en toda su magnitud aún faltaban meses. Ese era el primer movimiento, pero faltaban meses. Y yo no estaba dispuesto a pensar en el futuro, sino en el ahora. En ese angosto pasillo por el que Jaime me colaba en completo silencio, advirtiéndome de que no podíamos hacer el más mínimo ruido para no despertar a sus hermanas.

La casa, decorada con antigüedades no del todo baratas, con paredes y puertas blancas y macizas, con papeles pintados de flores y retratos familiares de pintores desconocidos y apliques dorados y recuerdos y diplomas y crucifijos y hasta una armadura, se me hizo enorme, laberíntica, hasta que Jaime me depositó en su habitación y se fue.

El dormitorio, pequeño, atestado de cachivaches, pósteres, chuminadas, tenía el mismo aroma agrio que su boca. Había un cenicero repleto de papeles de plata en el

medio de la habitación junto al colchón de la cama, que había sacado de su sitio y depositado en el suelo, pensé, para evitar el vaivén de muelles del somier. Tenía un par de ordenadores encendidos entre una miríada de cuadernos y libros. Los dos ordenadores bullían de actividad; en los dos estaban abiertos varios chats gays que gritaban obscenidades. Revisé un poco: había páginas de contactos especializadas en osos, en bakalas, otra era un portal de contactos entre amos y esclavos... Y en todas se exhibían fotos de la polla de Jaime (podía reconocerla con facilidad), con el nombre de macizo 19. En todos los portales tenía pendientes mensajes por contestar. En el otro ordenador, el portátil, tres msn estaban abiertos a la vez con diferentes nicks. Los nicks que Jaime se había puesto eran «pollonactivo», «superlefa» y «culohot». Parece que Jaime no perdía el tiempo y en este tiempo que no le vi había ampliado sus horizontes sexuales considerablemente. Varias ventanas abiertas parpadeaban reclamando atención.

Cuando entró por la puerta sonreía como un niño travieso.

—Mis hermanas están sobadas, ni se van a enterar, pero no hagas ruido, por favor. Me lancé a comerle la boca. Él me apartó con suavidad.

—Desnúdate y échate en el colchón. Vamos a fumar un poco de cristal, te va a encantar.

Yo empecé a quitarme la ropa con algo de aprensión.

—Oye, ¿qué es eso del cristal?

—¿Qué quieres, la fórmula química?

—Me basta con saber qué tipo de droga es.

—Una muy buena que va a amplificar tus sentidos, te va a hacer flipar en colores y vamos a poder estar follando toda la noche sin parar. No vas a querer que acabe, ya lo verás.

Yo no necesitaba drogas para no querer que acabaran mis noches con Jaime y estuve tentado de decírselo, pero me pareció una cursilada sin sentido y opté por balbucear:

—Confío en ti.

Lo cual no era cierto, porque amarle... le estaba empezando a amar, a desearle, con todas mis fuerzas desde que le vi la primera vez en clase, pero confiar... confiar no confiaba.

—Ya verás, es una pasada. La he descubierto este verano en Ibiza y me he pegado unas folladas de muerte con ella.

Eso me dolió, pero como Jaime se estaba quitando ya los calzoncillos dejando al aire su culo peludo y su buen cipote colgante, no pude fijarme más que en su péndulo; me puse de rodillas para meterme ese rosado capullo en la boca y sentir que se iba poniendo dura entre mis labios, cosa que me encantaba.

Jaime parecía muy concentrado preparando su dosis de cristal y, a pesar de que su

polla crecía en mi boca, él no me miró; depositó unos polvos blancuzcos sobre un pedazo de papel de plata y luego los quemó con un mechero por debajo, aspirando rápidamente el humo que se desprendía de la combustión resultante. Guardó en sus pulmones unos largos segundos la bocanada y luego la expulsó lentamente con un gemido de placer.

—Toma, ahora tú.

Preparó otra dosis y yo inhalé con miedo, recibiendo la reprimenda del joven.

—Pero mete más el morro, hombre. Que te entre bien el humo, no tengas miedo. ¡Y no lo soples tan rápido! Cuanto más lo tengas en los pulmones, mejor, más efecto te hace. Venga, otra vez.

Le hice caso en todo y aspiré y aspiré ese humo blanco que sabía dulzón. No tardé en sentirme mejor de lo que me he sentido en la vida, más tranquilo y confiado que nunca, con una extraña paz pero a la vez con una creciente excitación sexual que sin embargo estaba exenta de urgencias o preocupaciones.

Sin mediar palabra, Jaime me besó en la boca y se tumbó sobre mí; yo separé las piernas y su miembro se abrió paso en mi ano con inusitada facilidad. Le abracé con los muslos, apreté para que no escapara, le agarré la espalda tan fuerte como pude, le metí la lengua tan dentro como llegaba y comencé a gemir sin poderlo controlar, transportado a un mundo de sensaciones tan potentes que me sentía por momentos abrumado. Jaime me tapaba la boca para que mis suspiros no despertaran a sus hermanas, pero no cedía ni un ápice sus envites, empujando con constancia y con fuerza creciente, volviéndome literalmente loco de deseo.

Sin embargo, ni él ni yo avanzábamos hacia el orgasmo; estábamos excitadísimos, pero la corrida parecía no llegar nunca. Jaime me dijo que esa era la gracia del cristal, disfrutar del sexo sin prisa, horas y horas de folleteo sin ganas de terminar. Yo, que pensaba en la eyaculación como el final ineludible de las relaciones sexuales, me sorprendí a mí mismo cuando me di cuenta de que no echaba de menos en absoluto la corrida conclusiva; de hecho, aquello era una bacanal de los sentidos tal que el final no hacía sino estorbar. El tiempo se había detenido en un éxtasis de esos que solo existían en las novelas de amor cursis. Porque además la droga nos soltaba la lengua:

—Te gusta, ¿eh? Dime si te gusta así, sintiendo a tu hombre bien dentro... —me decía él susurrándome al oído.

—Sí... sí, mi amor, te quiero, te amo... —balbuceaba yo, como una damisela, creyéndome amado, sintiendo por él sumisión, rendimiento—. Soy tuyo, Jaime, soy tuyo, para siempre.

Y Jaime absorbía otra bocanada de humo embriagador y me la pasaba boca a boca; yo aspiraba de su aliento directamente, notando el calor y el dulzor de ese humo dentro de mí, deseando meterlo lo más profundamente posible, más adentro,

más adentro, que mis alveolos no dejaran escapar ni una molécula de ese aire que había estado en sus pulmones, que venía de lo más profundo de su ser y que me hacía sentir, en comunión con él, el hombre más feliz del mundo.

Y así nos pasamos horas. Bueno, de vez en cuando Jaime me la sacaba y salía sigiloso al pasillo para meterse en el baño y limpiarse la polla. Era muy pulcro él, por no decir escrupuloso, y acudió al excusado no menos de cuatro veces en toda la noche. Yo le acompañé en un par de esas excursiones furtivas al peligro, ya que sus hermanas bien podrían haberse despertado y pillarnos allí en pelotas, pero eso no sucedió. Simplemente Jaime se lavaba cualquier resto de suciedad de su delicado instrumento, y de vuelta a la habitación para seguir fumando y dándome por culo.

Sí que me acuerdo de estar con él en el cuarto de baño y agarrarle del hombro mientras él se lavaba la polla en el lavabo. Me acuerdo de nuestra imagen en el espejo. Él concentrado mirando hacia abajo y yo a su lado, con sonrisa orgullosa y las pupilas dilatadas, enganchándole como un trofeo; casi parecíamos una pareja de verdad, en un váter de verdad de una casa de verdad, con su papel higiénico de color crema estampado de florecillas, muy esponjoso, con olor.

PATRICIO

A eso de las ocho de la mañana, cuando ya hacía tiempo que se filtraba el sol por la persiana depositando pequeñas cápsulas de luz en todo el cuarto, oímos un sonido en el resto de la casa.

—Son mis hermanas, se están levantando para ir al colegio. Es su primer día. Saben que duermo hasta tarde; no hagas ruido, no van a entrar.

—¿No deberías acompañarlas o hacerles el desayuno o algo?

—No. Van solas.

—¿Cuántos años tienen?

—Nueve y doce.

Nos quedamos callados y abrazados oyéndolas trajinar con los cacharros del desayuno, comentando entre ellas, a veces un grito de reprimenda de la mayor a la pequeña y un gemido mimoso de disgusto de esta última. Murmullos mientras comen, ruidos de cacharros, grifo de agua, un golpe de la puerta de un armario, pasos por el pasillo, roce de abrigos, y cotilleo sobre una compañera del cole. Susurros al pasar frente a la habitación, para no despertar al hermano. La puerta de la calle se abre, se cierra despacio, salen y se pierden las voces y las risas con el zumbido del ascensor.

No sé por qué, pero cuando las dos niñas se fueron me subió por el pecho un reflujo de angustia, así que tuve que disimular tosiendo ruidosamente.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Jaime.

—La garganta... me pica...

—Menos mal que se han ido, porque vaya escándalo.

Me tragué la congoja como pude y le miré a los ojos con una sonrisa falsa. Él debió de ver los míos vidriosos y me preguntó:

—¿Te pasa algo?

—Nada. Ahora ya no tenemos por qué follar en silencio, ¿verdad? Podemos gritar tanto como queramos.

—Pero casi no hay tema y... ¿no estás un poco cansado?

—Sí, tienes razón.

Me vestí todo lo deprisa que pude. Cuando terminé, me dispuse a salir de esa casa a toda velocidad. En el umbral de la puerta Jaime me dio el golpe de gracia.

—Supongo que sabes que todo lo que nos hemos dicho esta noche... en fin... es por el cristal.

—Sí, claro.

—Me flipa follar contigo, pero quiero hacerlo con más tíos.

—Es normal, eres muy joven. Llegará un momento en que te enamorarás de uno y...

—No, no llegará. Lo que haré será casarme con una tía.

—Entiendo.

El sol de la mañana me abrasaba las retinas. Cuando llegué a casa vi mis pupilas dilatadas frente al espejo y me sentí como un adolescente trasnochador que ha recibido calabazas del chico más guapo, alto y popular del instituto.

Seguía caliente por el efecto de la droga y, como no me había corrido, me metí de inmediato en Internet para buscar chapero. Encontré uno que no conocía, de físico muy similar al de Jaime: alto, velludo, moreno, con barba poblada, musculoso pero no de gimnasio; se llamaba Patricio. Además, él mismo se definía como «nuevo en Madrid».

Le llamé al móvil; me dijo que cobraba 80 (pensé: «sí, eres nuevo, no tienes ni idea de las tarifas») y me citó en su pequeño apartamento cerca de la Plaza Mayor. Estaba separado de mí por solo dos calles. Por hacer tiempo y llegar a su casa con la media hora de rigor, me senté en el salón, mientras la droga que había fumado aún invadía mi cerebro como en oleadas. A la vez me asaltaba una enorme tristeza, pero, así como no pude correrme en toda la noche, tampoco pude llorar, escamoteándome unos valiosos momentos de autocompasión.

Cuando pasó media hora salí de casa y me dirigí a la de Patricio. Tardé tres minutos y medio en llegar. Llamé al telefonillo y un zumbido me permitió el paso.

El apartamento de Patricio era un piso bajo, oscuro, sin apenas ventanas, decorado con mobiliario de Ikea, escaso, con las paredes azules y granates. Parecía una suerte de plató de televisión de alguna emisora local. Cuando me senté en el pequeño sofá esquinero, Patricio, que estaba en pantalones cortos y marcaba un buen paquete, me advirtió con su fuerte acento argentino:

—Mira, si no quieres, nada, pero estoy con un amigo que se está metiendo en este mundillo y me ha preguntado si puede participar.

—¿Que se está metiendo dónde?

—En esto... en... —Patricio balbuceaba un poco, tampoco parecía muy ducho— en este mundo... en cobrar por follar. Si no quieres que participe no hay problema, pero no te voy a cobrar más.

—¿Quieres decir que puedo follar con dos tíos por el mismo precio?

—Si te apetece, sí.

—¡Cómo no!

Patricio se acercó a su dormitorio y al instante apareció con un mulato muy claro, bien parecido y musculoso, también vestido con pantaloncitos cortos, mostrando muslamen depilado, que me miraba con timidez.

—Te presento a Fercar.

FERCAR

—Encantado —le di la mano—, ¿de dónde eres?

—De Venezuela. Llevo tres meses en España.

—¿Y quieres probar suerte en este negocio?

—Sí, soy gogó pero se gana más follando.

—Claro. Oye, y ese nombre... Fercar... ¿es un diminutivo?

—No. Es la mezcla de Fernando y Carolina, mis papás.

—Anda, qué curioso.

—Sí, en Venezuela se usan mucho los nombres que salen de unir los del papá y la mamá. Mi primo por ejemplo se llama Yoelvis, de Yolanda y Elvis.

—Qué fuerte.

—Pues hay cosas peores; algunos le ponen a sus hijos un nombre normal, pero al revés, como Anierim.

—¿Anierim?

—Mi Reina, al revés.

—¿Y Mi Reina te parece un nombre normal? —me admiré.

Patricio me agarró de los hombros.

—¿Pasamos a la habitación?

—Sí, claro —le dije mientras me dejaba conducir a la cama. No pude evitar ponerme a pensar en cuál sería mi nombre si mis padres hubieran utilizado ese creativo método. Yo me llamaría Jueves, de Julio y Nieves: Jueves. Mi coherencia me persigue.

En el dormitorio mis dos amantes se empezaron a desvestir mostrando unas pollas más que considerables ambos dos: Latinoamérica, qué gran continente. Yo me puse a mamar de las dos alternativamente.

—¿Sois novios? —pregunté al pasar de una polla a otra.

—No —dijo Fercar.

—Somos amigos.

—¿O sea que entre vosotros no folláis?

—Alguna vez hemos follado, pero hoy nos vamos a dedicar por entero a ti.

¡Y solo por 80 euros! Qué bien me venía.

Durante la siguiente hora alterné las mamadas a dos con las comidas de culo a dos; también uno por detrás y otro por delante, los dos por delante e incluso los dos por detrás, postura con la que, aparte del morbo evidente, no se consigue mayor placer. Eso sí, me quedé atónito de lo cómoda que me resultó la doble penetración y sin apenas precalentamiento. Supongo que la droga aún seguía facilitándome las cosas.

Para correrme me inventé un concurso: me agarré a un mueble y me incliné

ofreciendo el culo en pompa. Quería ser penetrado alternativamente por los dos; les dije que me la metieran uno y otro pero sin avisar, que me dieran fuerte y me agarraran del pelo. La polla que estuviera dentro de mí cuando yo me corriera recibiría 100 euros de propina. Así que se colocaron uno al lado del otro, muy juntos, y se dedicaron a darme bien, en cortos intervalos de tiempo; primero empujaba uno, después el otro, de nuevo polla fuera y polla dentro, polla fuera, polla dentro. Hacia el final del juego era yo el que les animaba:

—¡Cambio! —decía.

Y se cambiaban rápidamente. El nuevo inquilino bombeaba todo lo fuerte que podía hasta que yo volvía a gemir:

—¡Cambio!

Y la otra polla ocupaba rápidamente su lugar. Estaba tan dilatado que los cipotes apenas encontraban resistencia deslizándose dentro de mi recto con suavidad esponjosa. Me hubiera gustado hacer este juego, no con dos, sino con quince o veinte, para que la cosa tuviera un poco más de intriga, y me propuse a mí mismo intentarlo en una próxima ocasión. En eso estaba, cuando los envites del que tenía detrás fueron más intensos y rápidos de lo normal, repercutiendo en mi próstata con fuerza; noté un relámpago en mi interior que fue aumentando, hasta que, casi sin tocarme, me empecé a vaciar sobre el parqué.

Tras unos segundos de aturdimiento miré detrás de mí: Patricio, el barbudo, el machote, seguía dándome caña con la cara congestionada hasta que se corrió y se relajó.

Patricio, que tanto me recordaba a Jaime. Patricio, que me sonrió con simpatía mientras sacaba la polla y se quitaba el condón.

—Te lo has ganado, Jaime —dije.

—Patricio.

—Eso, Patricio.

Miré al venezolano, cuya expresión quise interpretar como de derrota.

—A ti también te voy a dar cien euros, Fercar, también te los mereces.

—Gracias, señor.

¡Cómo me gustó que me llamara señor! Casi me echo a llorar.

Cuando salí del apartamento de Patricio, el cansancio me invadió de repente. Llevaba casi 24 horas follando y no había comido nada. Tenía la sensación de que, si me acostaba, quizá no despertaría.

SONNY

Me pasé cerca de veinte horas durmiendo profundamente. Cuando desperté no estaba seguro del día ni la hora; resultó que era miércoles de madrugada, las tres menos cuarto.

En la tele daban teletiendas gritonas y series de los ochenta descoloridas. Me quedé un rato viendo *Juzgado de guardia* y pensando en mi adolescencia, cuando me pasaba las tardes del domingo estudiando y viendo esa misma serie, con ese juez delgado, ese fiscal cachondo y ese guardia jurado calvo que tantas pajas me inspiró entonces.

Y me puse a pensar en Jaime. A lo mejor mi cuelgue con el muchacho respondía al grito desesperado de mi yo adolescente, pugnando por no desaparecer del todo, protestando por no haber tenido un novio como Jaime a los dieciocho, por haber sido demasiado responsable, no haber salido de juerga, solo estudiar y no haber aprovechado todas aquellas potentes erecciones juveniles salvo para pajearme pensando en el calvo guardia jurado de *Juzgado de guardia*, o en el chico guapo de V, o en McGyver, o en el gorila Urko de *El planeta de los simios*.

Salí un rato a la terraza, sintiendo la fina lluvia en la cara. El silencio reinante, la oscuridad de la calle con las aceras mojadas y relucientes, los bares y comercios oscuros, con las persianas echadas, las luces parpadeantes del horizonte, me provocaron una abrumadora sensación de soledad y vacío, así que me conecté de inmediato a Internet. No encontré ningún chapero interesante, solo los brasileños de siempre. Estuve mirando un largo rato el perfil de Patricio, que tanto se parecía a Jaime. Valoré la posibilidad de llamarlo; después de todo, se anunciaba como «servicio veinticuatro horas», pero desistí.

Atraqué la nevera, me tomé una pastilla y me volví a meter en la cama.

Me levanté a eso de las dos de la tarde. Vencí la pereza, cogí la bolsa de deporte y me fui al gimnasio a hacer unas pesas. El ejercicio tenía para mí un efecto terapéutico muy pronunciado, y saber que cada día podía levantar más peso y me cansaba menos me producía una sensación de triunfo adictiva. Cerca de mí, tres jóvenes a los que conocía de vista charlaban entre sí. Al más bajo le sonó el móvil y salió a hablar a la calle, mientras sonreía con expresión chulesca. «Un cliente», pensé. Tardó unos cinco minutos en volver. Estuve tentado de entablar conversación con él, ofrecerle el doble de su tarifa y así quitárselo al cliente que llamó. No sé por qué quería hacer eso, pero quería hacerlo, quería quedarme con ese chapero solo porque alguien, un desconocido, lo reclamaba; porque un solitario al otro lado de la línea le había elegido de entre una miríada de musculitos tatuados para pasar un rato con él. Y yo, ahora, lo quería para mí.

Hice mi tabla con vigor, me duché y volví a casa.

Busqué en Internet al chapero del gimnasio: estaba dispuesto a llamarlo y hacer lo posible porque viniera a mi casa. Pero no di con él. Es muy posible que no fuera chapero después de todo. A quien sí encontré fue a Sonny.

Cuando entró en mi casa, hizo como todos: se quitó la chaqueta del chándal, caminando por mi pequeño salón como si fuera suyo, poseyendo la habitación, lo que pasa es que ocupaba el doble de espacio que cualquiera de los otros. Era un tiarrón anchote, culturista profesional; me dio la sensación de que tenía la nariz operada. Le pregunté si Sonny era su nombre real; me dijo que no. Me acerqué y le toqueteé los pezones; los tenía gruesos y en punta, gimió un poco.

—¿Te gusta?

No contestó.

—¿Desde cuándo haces pesas? —le pregunté, impresionado por el tamaño de sus bíceps.

—Desde hace unos ocho años.

—¿Tomas algo?

—Batidos de proteínas.

Yo pensé: «Sí, y anabolizantes por un tubo», pero no lo dije y empecé a besarle el cuello subiendo hacia su oreja. Él se apartaba ante mi acercamiento.

—¿No besas?

—No.

—¿Y qué haces?

—Puedes chupármela un rato y luego te folio.

Así fue. Le comí la polla un rato largo. A él le gustaba, en apariencia.

—Hay que reconocer que los maricones la sabéis chupar mucho mejor que las tías.

Otro hetero. En fin, estaba bueno y chupé. Luego en la habitación me dio por el culo, le pagué y se fue.

Recuerdo que, cuando se iba, me lanzó una sonrisa antes de bajar la escalera y pensé: «No te voy a volver a llamar más, soso de los huevos».

Bueno, pues al día siguiente, viernes noche, le volví a llamar.

Esta vez parecía hasta simpático. Mientras se quitaba el chándal me explicó que había estado entrenando todo el día, que era de Móstoles, que le venía bien estar en el centro porque en una hora había quedado con la novia, que cumplían dos años juntos y que, para celebrarlo, se irían a cenar a un restaurante con espectáculo de travestis, que ese verano habían estado en Castellón y se lo habían pasado en grande.

De nuevo le hice una mamada, un poco más elaborada esta vez; me atreví a meterle el dedo en el culete, protestó y le pedí que entonces se dejara meter la lengua.

—La lengua sí.

Comencé a comerle el ojete y salta el tío:

—El otro día a un cliente le gustaba que me tirara pedos en su boca. ¿Quieres que te tire a ti un pedo en la boca?

—No, gracias.

Dejé el beso negro, seguí con la polla y se corrió sobre mi pecho con una mueca de cara demasiado fruncida. Pensé: «Pero mira que es feo, el maricón; no le voy a llamar más».

Y el sábado, que amaneció soleado, me dije a mí mismo: «Esta noche tienes que hacer vida social. Sal a tomar algo, quizá a cenar, con un amigo, con Andrés, ¿y qué será de Miguel? Hace siglos que no le ves. Diviértete y descansa todo el domingo, porque el lunes empiezan las clases y vas a ver a Jaime... A ver qué tal, no tengas demasiadas expectativas, pero esta noche es sábado, ¡sal y diviértete!».

No salí. Volví a llamar a Sonny.

Esta vez casi me cuenta su vida, ya estaba superhablador: de hecho empezó a poner verde al gobierno socialista y a ensalzar a Esperanza Aguirre, pero no a Rajoy, que es un blando; la que mola es ella.

Sacó un DVD del bolso de su chándal.

—He traído una peli porno, si quieres la ponemos mientras me la comes.

—Sí, por qué no.

Yo esperaba una peli porno gay, pero en cuanto empezaron a salir chicas en pelotas, admití mi error: se supone que el chaval es hetero, es normal que se excite con chicas. Lo que no me esperaba era la violencia de la peli; se trataba de una producción *bondage* y sadomaso donde a las chicas las ataban, las cacheteaban, las amordazaban y las pinchaban con agujas. Yo no sé si sus gritos eran reales o aquello era todo falso, pero quedé estremecido.

Le mamé la polla de espaldas a la tele mientras los gritos de las chicas detrás de mí me hacían imaginar torturas inhumanas. Los resoplidos de él, cada vez más profundos y entrecortados, presagiaban una abundante corrida que pilló por sorpresa, derramándose sobre mi cara y boca. Escupí, me enjuagué, le pagué.

—¿Quieres que te deje la peli? Te la regalo.

—No, gracias.

JAIME 4

El lunes acudí a clase con esos nervios ridículos de quinceañera acomplejada con carpeta en el pecho y culo carpeta. ¡Iba a ver a Jaime! Era la primera vez tras aquella noche agridulce en la que quedó claro que planes de futuro conmigo no tenía previstos. Así que lo último que quiero hacer es agobiarle. Cuando le vea lo saludaré con simpatía pero con cierta distancia, procuraré no mirarle mucho durante el resto del día y ya al final de la jornada le lanzaré alguna indirecta acerca de la noche del cristal, de lo bien que estuvo... de que aquí me tiene para repetir cuando quiera, sin imposiciones; quizá le deslice una nota a su bolsillo, algo sencillo, del tipo «Te echo de menos», o «Me encanta que me folies». Le mandaré un SMS para recordarle mi número y para que sepa que estoy dispuesto y disponible para cuando él quiera. Quizá le llame por la noche a una hora prudente, para asegurarle que solo quiero sexo, que no necesito ningún tipo de compromiso, que estoy dispuesto a amoldarme a su ritmo y a lo que disponga, pero sin agobios, sin presiones ni obligaciones.

Cuando entré al hall de la facultad con la mejor de mis sonrisas estúpidas en la cara, noté que sucedía algo fuera de lo normal: me daba la sensación de estar en una de esas películas clásicas de Hitchcock donde el protagonista es observado con desconfianza por todo el mundo y es el objeto de los comentarios de los demás. Allá un grupo de alumnos que dejaban de charlar a mi paso, aquí un bedel con cierta expresión de desprecio, al otro lado un par de rubias, murmurando en voz baja tras de mí.

Llegué a la sala de profesores. Un sudoroso Andrés me salió al paso.

—Vamos a tomar un café.

—Vale, ¿te saco uno de la máquina?

—No, vámonos fuera.

Y recalqué mucho la palabra «fuera».

Entramos en una cafetería cercana a la facultad. Era uno de esos locales llenos de mujeres con niños pequeños gritones, donde comentan y cotillean entre ellas en un descanso de la compra o en un receso de sus tareas domésticas o entre que dejan a los niños en el colegio y van al bingo. El ambiente era terrorífico, pero la expresión de Andrés me asustaba todavía más.

—¿Te pido un trozo de tarta? —le pregunté dejando ante sí el cortado que traje de la barra. Él negó con la cabeza y me senté frente a frente.

—¿Te has estado tirando a un alumno? —me espetó.

—Sí.

Como lo admití sin rubor y a la primera, Andrés abrió mucho los ojos.

—Estás como una cabra...

—¿Qué pasa, se ha enterado alguien?

—Estás como una cabra —repitió—. Es Jaime Acebedo, ¿verdad?

—Sí.

—Y le has estado ayudando con los exámenes.

—No es que le haya estado ayudando. Es que le he pasado las preguntas de todos. El pobre Andrés me miraba sin dar crédito.

—Pero tú... ¿tú quieres que te echen?

—No pueden demostrar nada.

—¡Es que no os habéis molestado ni en disimular! ¡Jaime ha pasado de ser un alumno mediocre a sacar en casi todo sobresalientes!

—¿Solo sobresalientes? ¿Y ninguna matrícula de honor?

—Creo que no, pero da igual...

—Qué jodido vago. Ni siquiera pasándole las preguntas es capaz de ser brillante.

—Os han visto juntos este verano... Marga, la profesora adjunta, está convencida de que ha notado algo raro entre los dos.

—Me suda la polla.

Andrés me miró un largo rato como si no me conociera.

—No entiendo qué te pasa, no te conozco... —¿Lo ven? No me conocía.

—Andrés, es igual, estoy enamorado hasta las trancas, me da igual si lo sabe todo el mundo o si no lo sabe nadie, me es lo mismo porque Jaime pasa de mí, no le intereso y está fuera de mi alcance.

—No voy a permitir que tires por la borda toda tu carrera.

Andrés sacó un papel y apuntó unos números.

—En Sevilla hay un puesto vacante en el departamento de Física de la Materia Condensada.

—Pero si no es mi especialidad...

—Es igual. Vas a pedir una comisión de servicios y te vas a ir al menos un año para allá. Mantendrás tu plaza aquí y tu rango y todo. Diremos que el puesto de allá es una oportunidad para tu carrera que no podías desaprovechar.

Miré los números en el papel. Y miré a Andrés.

—¿Y Jaime?

Andrés me cogió de la mano.

—Jaime ha aprobado segundo haciendo trampas. Yo me encargaré de que tercero sea un infierno para él.

Le apreté la mano, casi con lágrimas en los ojos.

—Ay, sí, por favor.

PEPE

El AVE es un invento, desde luego. Viajé en clase club bebiendo sin parar hasta que, cuando llegué a Santa Justa, tenía tal melopea que, nada más poner el pie en la estación, vomité junto a la azafata de la puerta.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Ahora sí. Algo que me habrá sentado mal.

—Claro. ¿Necesita ayuda?

—No, no, gracias, me habrán venido a buscar.

Me alejé de la chica haciendo discretas eses. La guapa moza no me quitaba ojo pensando en el pedazo curda que llevaba. Yo pensaba en que ella pensaba eso y así me metí en un absurdo bucle donde ella sabía que yo sabía que ella sabía que yo estaba borracho y yo sabía que ella sabía que yo sabía que ella sabía...

—¿Taxi?

Un hombre de mediana edad me sonreía en la parada de taxis. Era un cincuentón barrigudo pero de cara simpática, y sin poder evitarlo le eché una mirada al paquete de la que él creo que se percató. Me monté en el taxi, me encogí en el asiento, cerré los ojos y no quise considerar nada más porque el alcohol me estaba jugando una mala pasada: no podía dejar de pensar en círculo, ya que el taxista sabía que yo era gay y yo sabía que lo sabía y él sabía que yo lo sabía...

Durante el trayecto en el coche pude percibir una nube negra que se avecinaba sobre mí. Por detrás de la indolencia de la borrachera subía lenta pero inexorablemente una marea de desazón: vivir todo un año en Sevilla, una ciudad que no me gustaba especialmente, con un clima que detestaba, donde no conocía a nadie y donde, sobre todo, no podría ver a Jaime; iba a ser una pesadilla. La sensación de espanto se agudizaba por momentos, hasta que Pepe, el taxista, que así se llamaba, se puso a hablar conmigo. No sé lo que le dije, algo como que venía de Madrid o yo qué sé; lo que sí recuerdo es lo que me soltó él.

—Pues yo en mi juventud estuve trabajando en Madrid. Menudas juergas me he corrido yo allí, si yo le contara.

—Pues cuente, cuente...

—En este taxi, me la ha mamado el director ese de cine, el tío ese tan famoso...

—¿Qué?

—La polla, me ha mamado la polla.

—Ya, ya le había entendido.

—Y el que era su novio en aquel momento, también. Uno con el que cantaba, muy mariquita él, pero muy simpático... Eran los tiempos de la movida, tiempos locos.

—Ya.

—Que sí, que sí, ellos dos a la vez, a dos bocas. Era yo muy guapo de joven.

Yo no lo dudaba para nada. Tuve la tentación de ofrecerme yo también para chupar; después de todo era una polla con cierto pedigrí, pero tuve el suficiente buen juicio como para solo reírme.

El taxi me depositó en el apartotel donde iba a vivir el resto del curso. Pepe me advirtió cuando salí del taxi:

—Lo va a pasar muy bien en Sevilla, hay mucho ambiente, ya lo verá.

Qué descarado el taxista.

Subí a mi apartamento. Uno de esos dos piezas decorado con cuadros de fotografías de cantos rodados y pistilos amarillos aumentados y grabados de caseríos bucólicos, con sofás granates cuadradotes y apliques en la pared de luz naranja. Más que un apartamento parecía una sucursal de cualquier caja de ahorros, e iba a ser mi hogar durante nueve largos meses.

La depresión me obligó a meterme en Internet para comprobar si Sevilla disponía de un servicio aceptable de chaperos. Sentado ante el impoluto escritorio de Ikea, desplegué el portátil y me puse a navegar: evidentemente no encontré tantos chicos como en Madrid, pero había unos cuantos. Llamé a uno que se llamaba Pepe, que no mostraba la cara, con un corpachón peludo y fondón y un tatuaje mal hecho alrededor del bíceps. Mientras le esperaba hice cábalas con la atractiva idea de que en realidad hubiera llamado al taxista Pepe sin saberlo, e imaginé que al abrir la puerta aparecería él, fumando un enorme puro y sonriendo.

—*Hola* —me diría guasón.

—*Qué sorpresa. Es usted la última persona a la que esperaba ver.*

Pepe se sacaría la polla ya erecta y se la descapullaría despacio, adelante y atrás, adelante y atrás..., mientras achinaría los ojos por el humo del puro que seguiría sosteniendo en su boca.

—*Tiene usted un miembro verdaderamente hermoso.* —Yo se la agarraría con una mano mirándole a los ojos—. *¿Puedo tratarte de tú?*

—*Por supuesto que no.*

Con su mano peluda llena de dedos gordos como morcillas me presionaría la cabeza hacia abajo para obligarme a meterme su polla en la boca, y yo chuparía y chuparía hasta el fondo mirándole a los ojos mientras él, impertérrito, haría sus planes:

—*Me debes respeto y me llamarás señor. Vas a ser mi mamón particular. Cuando tenga ganas de descargar, ahí estarás para mí. Me complacerás en todo y a cambio serás mi protegido; yo te presentaré a mi familia, y podrás pasar algunos domingos con nosotros en la casa de campo, donde a escondidas te encularé en el pajar, y nos iremos de viaje por Castilla los dos solos, porque mi mujer no sospechará que estamos liados, pensará que somos los mejores amigos, y así estaremos felices*

muchos años.

Llamaron a la puerta y no fue el taxista quien apareció, sino un chico de unos treinta, fornido, con algo de barriga y la cara un poco demasiado caballuna. Pepe me echó un polvo rutinario que, como bienvenida a Sevilla, no prometía demasiado. Mientras le pagaba, investigué un poco:

—¿Sabes si hay algún gimnasio por aquí cerca?

—Si quieres te digo dónde voy yo, está de puta madre.

—No, no. Donde vas tú no.

MELQUIADES

A medida que fueron pasando lentamente los días y me adaptaba a las nuevas clases en la facultad, me di cuenta de que mis servicios allí no eran absolutamente necesarios y pensé en la cantidad de hilos que tuvo que mover Andrés, y sus grandes influencias, para poder alejarme de Madrid y así salvar mi pobre puesto de profesor titular; dudé si era yo merecedor de tantos desvelos por su parte.

Lo cierto es que en la facultad de Sevilla apenas tenía horas lectivas: éramos dos para mi asignatura y no es que fuera la más popular de la carrera, de modo que teníamos que repartirnos una cantidad irrisoria de alumnos. Para colmo, el otro profesor me veía como un competidor que había llegado poco menos que para comerle la tostada, pero tampoco hice ningún intento por caerle bien; era un bigotudo enclenque, feo y encorvado sin ningún encanto físico en absoluto. Por cierto, esto era uno de los efectos secundarios de mis cada vez más intensas sesiones en el gimnasio: yo nunca he sido de los que valoran el aspecto físico por encima de otras cualidades (es decir, para los chaperos sí, evidentemente), pero sin embargo de un tiempo a esta parte, sobre todo a medida que mi cuerpo cambiaba y se endurecía y surgían músculos en lugares recónditos, me notaba yo no solo indiferente ante la fealdad ajena, no, sino despreciativo, irónico y hasta cruel. Todo aquel que tuviera kilos de más ya no me parecía un osito simpático, me parecía un puto vago incapaz de cuidarse un mínimo; alguien demasiado delgado era para mí un débil despreciable y todo aquel sin la suficiente masa muscular no me merecía ni siquiera una mirada.

Poco a poco noté otro efecto colateral muy curioso a medida que intensifiqué mi rutina de ejercicios: empecé a olvidar algunos puntos clave de la carrera de Físicas. No lo que estaba impartiendo en clase en esos momentos, sino datos no demasiado relevantes pero básicos, como por ejemplo quién descubrió el núcleo atómico o cuánto vale la constante de Planck o cómo demonios se llama el que describió el límite de la máxima masa posible de una estrella fría estable, más allá del cual la estrella colapsa para convertirse en un agujero negro.

En fin, observé que, a medida que intensificaba mis ejercicios y aumentaban de peso las mancuernas que lograba levantar del gimnasio, algunos de mis conocimientos fundamentales de física, en el fondo pura información acumulada sin más, se iban evaporando de mi mente. ¿Es posible que las proteínas que alimentaban mis músculos y los engordaban procedieran de la muerte de algunas neuronas y eso afectara a mi memoria? Si aumenta algo por un lado, ¿debe disminuir por otro? Bueno, así es como al fin y al cabo funciona la física, así que no me preocupé demasiado. Además, Internet no solo es una red de porno y contratación de prostitución global, también se puede usar para buscar esos datos que a veces vamos olvidando. Por cierto, Rutherford, $4,13 \times 10^{-15}$ electrón voltios y

Chandrasekhar son las respuestas a las preguntas anteriores, por si acaso os interesaba.

Sin nadie conocido en Sevilla y con muchas horas libres que ocupar en algo, busqué con ahínco diversión sexual, pero la oferta no era numerosa precisamente y, tras repetir un par de veces con Pepe, decidí que iba siendo hora de lanzarme a la calle y hacer algo de vida social, aunque ello supusiera un trauma para mí: recordemos que nunca he ido a un bar yo solo (y sereno) y que salir de juerga sin el apoyo de al menos un amigo me provocaba palpitaciones.

Sin embargo, menosprecié el poder del músculo; las noches en Sevilla son bastante cálidas todo el año, y ese otoño estaba siendo más caluroso de lo normal, así que salí a la calle con una camiseta sin mangas luciendo mi incipiente musculatura, lo que tuvo un efecto muy interesante en la población masculina gay de la ciudad. Siguiendo las indicaciones de una guía de locales «de ambiente», me metí en algunos de ellos, una especie de tablao con travestis del que enseguida salí por patas: no me interesa el flamenco, y la marica andaluza con caracolillo y clavel en la solapa nunca ha sido objeto de deseo para mí. También fui a un bar de osos, donde todos me parecieron demasiado gordos. A pesar de eso, tuve tal aceptación y me pilló tan de sorpresa que me estuve morreando con unos cuantos en diferentes momentos de la noche. Y aunque tuve proposiciones de muchos, acabé regresando solo a mi apartamento.

Durante esos días intenté abrirme un perfil personal en alguna de las muchas webs de contactos gays que ya proliferaban desde hacía años por Internet. Se trataba de redes sociales especialmente indicadas para follar, sin más preámbulos, entre particulares y sin pagar. Eché un vistazo a varias de esas redes; la gente que se exhibía me parecía horrible y patética, pero no tanto por sus cuerpos, la mayoría de los cuales no estaban trabajados ni tonificados en absoluto, ni un mínimo de presentables, sino porque adoptaban unas poses como de estrella porno que los hacía parecer payasos con ínfulas de ninfa. Delgados huesudos mostrando pollas tumefactas, gordos barbilampiños y blancuzcos con el culo en pompa enseñando ojete en primer plano... Los pocos que me parecían aceptables la cagaban en su descripción o sus intenciones: uno decía que no le gustaba lo «escropológico», sea lo que sea eso, algunos eran demasiado bordes o desagradables o exigentes, otros directamente pedían aquello que no estaban dispuestos a dar y los más entraban en contradicciones flagrantes: los «solo activos» mostraban el ojete, los que solo querían amor, primeros planos de su capullo sonrosado, los que odiaban la pluma adoptaban poses de modelo de lencería y uno que decía llamarse BESTIADELVERNO decía literal: «Soy una persona con valores morales, que no se vende, quiero sentimientos por encima del sexo, quiero seguridad, sanidad y alguien que busque lo mismo». ¡Menuda Bestia del Averno de los cojones! Odio la falta de coherencia. Total, que

pasé de apuntarme en ese rollo.

Muchos fines de semana, sobre todo en los primeros meses de estancia, me cogía un AVE hasta Madrid, con la excusa de ver a algún amigo pero, sobre todo, para apostarme en una cafetería cercana a la casa de Jaime, con la esperanza de al menos contemplarle de lejos. Pero nunca le vi, lo cual es casi mejor: no quiero pensar qué hubiera pasado si me llega a descubrir vigilando su casa, con gafas de sol y periódico agujereado como un espía antiguo de películas parodia.

Así pasó el tiempo hasta que una noche frente al ordenador descubrí a Melquiades. Era un cubano, nuevo en la ciudad, que prometía 23 centímetros reales y, a juzgar por las fotos, no mentía. Se le veía guapo, con cierta belleza racial arábica; de hecho, el estilismo de las instantáneas, con sedas sobre su enorme polla morcillona, pantalones bombachos, ¡babuchas! y algunos elementos ornamentales dorados, parecía un remedo pobre de las *Mil y una noches*. Aparte de su evidente belleza y su gigantesco atributo, me provocó como ternura y tuve que llamarle.

—¿Hola? —tenía voz grave, pero estaba exagerada. Todos lo hacían, querían ser muy machos.

—Hola, he visto tus fotos en la web, me gustaría saber tus tarifas y servicios.

—Son 100 euros por una hora. Soy solo activo —tenía fuerte acento cubano.

—De acuerdo. ¿Puedes venir a mi casa ahora?

—¿Me das la dirección? —Se la di—. En media hora estoy allí.

Mientras le esperaba me entretuve revisando su página web más a fondo. Se había confeccionado un perfil personal muy currado, lleno de fotos y datos y enlaces, algunos de los cuales aún estaban en construcción. Se vendía como «actor porno internacional», aunque los links a sus películas aún no estaban habilitados. Prometía buena presencia, educación, masculino, disponible para viajes, voy a tu domicilio u hotel o te puedo recibir en mi cómodo y céntrico apartamento, donde disfrutarás de una sesión de sexo relajante y sin prisas. Bueno, pues bien, ¿no?

Cuando la web no dio más de sí, estuve esperándolo apostado en la ventana de mi apartamento que daba a una estrecha y tranquila calle con chopos de hojas temblonas, ya amarillas, que brillaban con el viento. Vi llegar una motocicleta roja de la que se bajó un chaval algo bajito, vestido con pantalones de militar llenos de bolsillos. Sin quitarse el casco se acercó a mi portal y presionó un botón. Al instante el chillido de mi portero automático resonó en toda la casa. Le abrí.

Estuve espionando por la mirilla su llegada. Le vi salir del ascensor, ya sin el casco; era guapo, con cara de vivaracho, pero mucho más bajito de lo que esperaba. Le abrí la puerta en cuanto llamó.

—Creí que eras más alto —le espeté.

—Cuando veas lo que tengo entre las piernas, verás lo alto que puedo llegar a ser —me guiñó el ojo.

Me encantó ese descaro y le hice pasar con una explosión interna de alegría.

A pesar del atrevimiento inicial, Melquiades no mostró la arrogancia de los demás chaperos cuando invadían mi hogar; antes al contrario, con educación exquisita me pedía permiso para todo: «¿Puedo dejar la cazadora? ¿Me siento aquí? Qué bonito apartamento, en una muy buena zona».

Decidí que ese encanto de chaval merecía un trato cortés y le serví una cerveza mientras me sentaba a su lado en el sofá. Le pregunté cuánto tiempo llevaba en Sevilla; me dijo que solo cuatro meses, pero que estaba pensando en mudarse porque la ciudad no le interesaba demasiado, no tenía muchos clientes y los estudios que quería cursar no los encontraba en la localidad. Le di la razón: Sevilla es una ciudad estupenda para ir de turismo o para ser un padre joven con amigos aficionados al flamenco, pero si quieres prosperar en el campo de la prostitución o los negocios, mi consejo es Madrid o Barcelona.

Luego le pregunté por su carrera cinematográfica:

—Oye y ¿Melquiades no es un nombre un poco complicado para una estrella porno?

—En las pelis me llamo Mel Bazar.

—Ah, qué bonito.

—Sí, y tampoco es que sea una estrella. Solo he hecho tres películas hasta ahora. En Rumanía las tres.

—Me encantaría verlas.

—El próximo día te regalo una.

—¿Tan seguro estás de que habrá un próximo día? ¿Crees que voy a repetir contigo? —le dije con una sonrisa burlona.

—Si no repites no verás la peli.

No pude reprimirme y le di un muerdo, que recibió con su lengua, gustoso.

Fue un polvo excelente; como hacía tiempo. Melquiades tenía una polla enorme y bonita, esponjosa pero dura, que me pasé chupando casi media hora. A veces él se emocionaba y empujaba con fuerza dentro de mi boca, lo que me provocaba alguna arcada, pero yo no hacía el más mínimo gesto de queja porque me estaba sabiendo a gloria. Era participativo y cariñoso, besaba con mucho arte y se implicaba mucho más de lo que se había implicado ningún chapero hasta la fecha.

A la hora de la penetración me costó ubicar semejante instrumento dentro de mi ano; lo intenté en varias posturas, hasta que por fin la del perrito fue la que mejor se adaptó a ese tamaño. La metió despacio, pero yo notaba como si una barra dura de hierro candente se abriera paso en mi ojetete; reprimiendo los gritos le indiqué que parara. Él, obediente, cesó en su avance. Me quedé unos segundos con la polla medio fuera medio dentro, sintiendo mi ano arder, y de pronto noté algo que jamás había sentido antes: las palpitaciones de su corazón, su pulso, bum-bum, bum-bum, arriba y

abajo a través de su enorme tronco transmitiéndose a mi esfínter con una autoridad que me dejó estupefacto. De inmediato deseé tener ese palpitar en mi interior: ese corazón, esa fortaleza y ese pulsar constante tenían que ser míos. Así que empujé el culo hacia atrás, despacio, recorriendo con mi orificio su polla hasta la raíz y hundiéndola en mis entrañas hasta que noté el tope de su pubis sobre mis glúteos.

Ahí me quedé parado unos segundos, percibiendo los latidos de su corazón dentro de mí. Poco a poco empecé a moverme arriba y abajo y, tras unas cuantas embestidas, dilaté lo suficiente como para empezar a disfrutar como una auténtica perra.

Melquiades tuvo el detalle de esperar hasta que me corrí, y entonces se vació él. Se quitó el condón sonriéndome. Yo no podía ni hablar.

—Lo dicho, la próxima vez te regalo una peli mía.

Le llamé a los dos días. Esta vez decidí ir yo a su casa: quería saber cómo vivía y dónde, qué muebles tenía y si cuadros o pósteres, qué veía todos los días cuando abría los ojos desde su cama.

Me recibió muy amable, me ofreció una lata de cerveza y nos sentamos en dos sillas en su pequeña cocina americana. El apartamento solo era una pieza, invadida por el sofá cama que había desplegado que ocupaba casi todo el espacio y que me atraía poderosamente para tumbarme junto al chico. Pero aguanté las ganas y entablé conversación con él mientras oíamos los gritos de unas vecinas a través del patio interior.

—Tengo unas ganas de mudarme... —me confesó.

—Deberías irte a Madrid, allí triunfarías.

De un tema pasamos a otro, y no sé cómo, empezó a hablarme de su hipótesis sobre el sida. Él, desde que descubrió y estudió por Internet una serie de teorías alternativas, pensaba que el sida era una enfermedad inventada y que en realidad los tratamientos no solo eran un negocio para las farmacéuticas, sino que además convertían en dependientes a los enfermos, les provocaban todo tipo de efectos secundarios indeseables y causaban más muertes que la propia enfermedad. Es más, creía que toda la teoría imperante sobre vías de contagio, prácticas de riesgo y demás, estaba completamente equivocada; era un engaño.

Me resultaban curiosas sus teorías, y un poco ingenuas también; yo que provengo del cinturón industrial de Barcelona he visto morir por causa del sida a multitud de jóvenes de mi barrio y, aún hoy, las contadas veces que fui a visitar a mi tía, que es la que se ocupó de mí cuando mis padres fallecieron, veo auténticos cadáveres andantes vagar por las estaciones del tren de cercanías en Gavá.

—¿Ah, sí? ¿Entonces el sida es una invención? ¿Y la gente que ha muerto? ¿Y los que se mueren día a día?

—No digo que el sida no exista, sino que las autoridades nos engañan acerca de él. Yo creo que no es el VIH el que causa el sida, y que los tratamientos que venden

matan a la gente. Ya han pasado casi treinta años y millones de dólares gastados en investigación y los científicos aún no pueden decir cómo el virus causa el sida.

—Pero bueno, ¿entonces está todo el mundo equivocado? ¿Y la prueba que te detecta el virus?

—La prueba no detecta el virus, sino sus anticuerpos. Detecta que has estado en contacto con el virus, pero nada más.

—Entonces, según tú, ¿de dónde viene la enfermedad?

—Yo creo que es una enfermedad causada por múltiples y repetidas exposiciones a agentes dañinos para el sistema inmunológico, como las drogas o una pésima nutrición, o una vida llena de desórdenes a muchos niveles como por ejemplo...

Le dejé de oír; solo podía pensar en su gran polla escupiendo andanadas de leche blanca, regándome el culo, el pecho, la lengua... Si su teoría fuera cierta, podría entregarme a él sin ambages, con pleno abandono, pero salí del trance:

—De acuerdo, pero nosotros utilizaremos condón.

—Claro, claro. Siempre utilizo condón. Que no me crea a las autoridades no quita para que, por si acaso, tome mis precauciones por si estoy equivocado.

—Qué chico tan juicioso eres, cómo me gustas.

Le acaricié la cara, me besó y nos pusimos a follar con todas las ganas del mundo.

Cuando terminamos se alejó unos pasos, abrió un cajón de una mesilla baja y sacó algo. El perfil de su culo y su enorme badajo colgante y chorreante, destacados sobre el contraluz de la puerta del retrete, me provocaron una nueva erección.

Melquiades se acercó y me dio un disco.

—Mi primera película. Se llama *Red Bath House*. A ver si te gusta.

Estuve visionando la cinta con toda la ilusión de un niño pequeño. Se trataba de una fantasía absurda acerca de tres maromos que salen con sus novias de juerga por Bucarest y, no sé por qué coño, pero deciden entrar en una especie de casa de baños donde las chicas se quedan esperando sentadas en la cafetería haciendo exagerados gestos de aburrimiento, mientras sus novios se pierden en el interior del local entre pasillos, baños, saunas y demás; acaban follando con varios chicos y al final se lo montan todos en una orgía. Uno de los chicos que los maromos se encuentran en el interior del local era Melquiades, que se pone a lucir atributos y a encular ojetes indiscriminadamente. La película era una mierda, pero la presencia de Melquiades la convertía en un preciado objeto de culto para mí.

La siguiente vez que quedamos me estuvo contando que le pagaron poquísimos, que le engañaron descaradamente, pero que ya había espabilado, y que el único gay del rodaje era él.

—¡No me lo puedo creer! ¡Pero si todos chupaban y recibían polla que daba gusto!

—Pues ya ves. Eran heteros, ¿no te diste cuenta de cómo la chupaban?

—Ahora que lo dices, sí, no le ponían lengua, no le ponían saliva; ponían la boca en forma de «o» y venga arriba y abajo a la polla pero sin chicha.

—Claro. Lo que pasa es que en el porno gay se gana más. Y si te dejas dar por culo te dan un plus.

—Pues el plus te lo deberían dar a ti por lo bien que te lo montas y lo mucho que te lo curras.

Le besé, lo que significaba que era el momento de acabar nuestra tradicional charla inicial y pasar a la acción.

Así quedamos unas cuantas veces, siempre con conversaciones interesantes, preguntándome también por mí, por mi trabajo y mi vida; yo no le contaba gran cosa, prefería que fuera él quien hablase. Seguido a la charla invariablemente llegaba el polvo, que era cada vez superior al anterior, más compenetrado e intenso. Nunca invertí mejor el dinero que con ese chaval.

La última vez que le vi, tras la charleta de rigor, Melquíades se levantó del sofá, puso un CD de música tranquila y empezamos a desvestirnos.

Me la metió con dulzura y estuvo follándome un rato largo mientras me comía la boca, y entonces sucedió algo curioso: por casualidad sonó una canción de amor, no recuerdo cual, solo sé que era un tema romántico, no empalagoso sino tierno y con sentimiento. Nosotros dos estábamos en pleno fragor sexual, sudando, con los cuerpos pegados, respirando el uno el aliento del otro, los dos escuchando la canción, y de pronto, supongo que necesitaríamos cariño, no sé, nos sentiríamos identificados, o aludidos o implicados en la letra de alguna manera... solo sé que le miré a los ojos, él me miró a mí y... sabía lo que iba a pasar, quería que pasase: Melquiades me declaró su amor, me dijo lo mucho que me amaba, que no había conocido a otro como yo... y yo le dije lo mismo, que era la persona que siempre había deseado conocer, que le quería más que a nada en este mundo, que le amaba con toda el alma...

Los dos nos decíamos esas palabras de amor cada vez más alto, con más pasión y más intensidad, a medida que la follada se aceleraba y llegábamos al orgasmo. Nos corrimos a la vez permaneciendo pegados un rato, mucho después de que la canción que nos estimuló hubiera acabado.

Mientras me duchaba en su diminuto cuarto de baño aún tembloroso por la catarsis que habíamos vivido, sabía que nada de lo que habíamos dicho era cierto, pero sin embargo no recordaba haber percibido tanta sinceridad y sentimientos tan reales en mucho tiempo. Me vestí y le dejé el dinero sobre la mesita de siempre. Melquiades me sonreía con su picardía habitual y me miraba a los ojos como siempre, como si no hubiera pasado nada. Pero para mí sí pasó algo importante: aquel chaperero me había dado amor, amor que yo sentí verdadero durante el corto tiempo

que duró.

ALBERTO

Tardé bastante en volverle a llamar; la experiencia me había dejado tocado y no quería confundirme, así que, para no pensar en Melquiades, me dediqué durante un tiempo a mi trabajo y a las duras sesiones de gimnasio, que ya se habían convertido en largas rutinas llenas de aparatos y press de banca y curl de bíceps alternos con supinación y elevaciones laterales alternas con polea baja.

Uno de los compañeros de gimnasio, un rubio cachitas, bajo y compacto, me abordó un día en el vestuario. Con su salado acento sevillano se admiró de lo fuerte que me estaba poniendo.

—Pues no me has visto hace un año. Yo era un tirillas.

—¿Tomas algo?

—Cuido mi alimentación.

—¿Y no te ciclas?

—¿Quieres decir anabolizantes? —No contestó, así que yo seguí—: No.

—Pues estás en el momento, macho. Deberías.

Me miré al espejo y me llevé una sorpresa. Por primera vez me noté diferente: el que veía delante de mí era un yo mejorado, un cuerpo erguido y torneado, con pectorales, con deltoides y bíceps marcados, un yo que se parecía más y más al de los chaperos que tanto me deslumbraban. Por primera vez en mi vida me gusté... y tuve una erección por mi imagen en el espejo.

El compañero se debió de fijar en el prominente bulto bajo mi toalla y me sonrió. Se acercó al cuarto de baño y dejó la puerta semiabierta. Desde el interior del retrete me echó una mirada de carnero degollado. Miré alrededor: el vestuario estaba vacío, nadie nos vería. Me acerqué y entré.

Me coloqué en jarras delante de sus morros; él, sentado en el retrete, me desanudó la toalla, agarró mi polla, que ya estaba erguida como el granito, y empezó a chupar. Tras unos minutos de intensa y docta mamada noté que subía el orgasmo; quise sacar la polla, pero él con cierta violencia me lo impidió, manteniendo el miembro en su boca con ansia. Me vacié dentro de él, que se tragó todo lo que expulsé.

Mientras yo me recuperaba, él, como si no hubiera pasado nada, me dijo que se llamaba Alberto y que tenía un amigo que podía conseguirme unos ciclos de hormonas bastante baratos, por si quería aumentar mi masa muscular. Yo dije que sí de forma maquinal. Lo que en realidad estaba pensando era en el hecho de que se hubiera tragado la leche con tanta alegría: ¿es que no pensaba en las ETS?, ¿o es que también creía como Melquiades que el sida era una invención del gobierno?

—¿Me estás oyendo?

—¿Qué?

—Te decía que si quieres te consigo los anabolizantes pasado mañana. ¿Prefieres

pastillas o pinchazos?

—Pastillas —dije por decir.

—Vale. Serán unos 500 euros el ciclo completo.

—Voy a por la cartera.

—No, hombre, ya me darás la pasta cuando te traiga las pastillas.

—Ah, claro.

Pero mi reacción involuntaria fue ir a por la cartera para pagarle a él; tenía tan interiorizada la relación sexo-dinero que casi no concebía que alguien me hiciera una mamada gratis.

Un veinteañero delgado y sudoroso, que venía de correr en la cinta, nos vio salir a los dos del mismo retrete. Nos miró con los ojos muy abiertos y una mezcla de estupor y deseo.

Yo me vestí todo lo deprisa que pude, mientras allí no se oía ni una mosca. Alberto se puso bajo la ducha corrida, el otro se desvistió apresuradamente y se colocó bajo el agua también, no lejos de él. No miré, pero intuí perfectamente que Alberto y el nuevo se estaban echando miraditas. Cuando me puse la cazadora para irme, quise romper el hielo y avergonzar un poco al jovencillo delgado.

—Bueno, Alberto, me voy. Encantado —proyecté mi voz con toda la fuerza que pude y con el tono más grave y macho que fui capaz de encontrar en mi garganta.

—Igualmente.

—Pasado mañana hablamos. ¿O quieres que te espere y tomamos algo?

—No, no. Voy a tardar un rato. Pasado mañana hablamos.

Antes de salir por la puerta, capté la mirada que se echaron ellos dos bajo la ducha y vi el enorme badajo, ya morcillón, que lucía el delgado. El pobre no sabía cómo esconderlo, rojo como un tomate.

Subiendo las escaleras del vestuario hacia la salida pensé en la cantidad de maricones que si cobraran se harían de oro. Me vino una risotada que no pude reprimir y me di la vuelta, volví sobre mis pasos, entré de golpe, disimulando, como sin mirar a la ducha, me dirigí a la taquilla, la abrí murmurando que había olvidado algo, la volví a cerrar de golpe con mucho ruido y me largué gritando un saludo.

La visita duró diez segundos, pero me dio tiempo a ver que Alberto se sacaba la enorme polla de la boca y se incorporaba de inmediato, cómo el pobre delgado se ponía de color grana, se daba la vuelta, tembloroso, y disimulaba enjabonándose su polla perdiendo la erección a toda velocidad y a Alberto con cara de fastidio.

Todo el camino de vuelta a casa me estuve riendo.

DAVID

A los dos días, mientras realizaba un press de banca inclinado, Alberto me susurró:

—Tengo lo tuyo, espérame a la salida.

Yo ya no me acordaba de qué era «lo mío», pero su sibilino comportamiento, cercano al camello de droga, me hizo recordar vagamente la oferta que me hizo tras la mamada. Sí, supongo que le encargué unas hormonas para muscularme; en aquel momento tenía puesto el automático y solo me acordaba de lo violenta y ansiosamente que me retuvo para descargar dentro de su boca. Así pues no fue algo premeditado; digamos que los anabolizantes llegaron a mí, pero, dado que en Sevilla no tenía otra ocupación mejor, ¿por qué no ponerme como un toro?

A la salida del gimnasio, Alberto me esperó en una esquina y me entregó una caja bastante grande bien embalada y precintada. Yo le dije que me acompañara a un cajero para sacar el dinero porque 500 euros no los llevaba encima. Mientras buscábamos uno de mi sucursal, mostré mis dudas:

—Oye, ¿pero esto cómo lo tengo que tomar? Yo es que no tengo ni idea.

—Las instrucciones están dentro, pero es muy fácil. Verás, es un ciclo piramidal de siete semanas. De Winstrol Depot que son los esteroides en sí, tienes que tomar la primera semana tres pastillas al día, mañana, tarde y noche; la segunda semana dos por la mañana, dos por la tarde, dos por la noche, la tercera semana tres, y así sucesivamente hasta la cuarta semana, que estarás con cuatro en cada toma.

—¿Cómo?

—Con agua o como te parezca.

—No, no, mostraba mi estupefacción...

—¿Lo *cuálo*?

—¡Doce pastillas al día, o sea ochenta y cuatro a la semana!

—Pero tranquilo, esa es la cúspide de la pirámide, a partir de ahí vas bajando y la quinta semana te metes tres pastillas por toma, o sea nueve al día, hasta llegar a la semana siete, que estarás tomando otra vez tres al día. ¡Facilísimo!

Hice unos cálculos rápidos.

—Me salen en total más de 330 pastillas. ¿No es un poco pasada?

—Sí, las 17 cajas de Winstrol Depot enteras. Más luego el Hepadif, las ampollas Sargenor y el Hidroxil.

—¿Todavía más? —bramé.

—Pero de estas tres son solo una al día, de cada.

—Paso.

—No, no pases porque es un protector para el hígado que tienes que tomar por cojones, y lo otro son vitaminas y un reconstituyente muscular que te va a venir muy

bien.

—Pero esto... esto tiene que ser muy peligroso.

—Qué va, si es un ciclo flojísimo, para novatos. Esto es... cómo te diría... como si compararas la medicación contra el cáncer con una aspirina. Pues esto es la aspirina.

—¿Y no lo tendría que estar supervisando un médico?

—Hombre, es que estas cosas están prohibidas.

—Ay, madre.

—¡Pero te digo que es lo más suave que hay, no tiene peligro ninguno! Ahora, eso sí, cuando lo termines te recomiendo que te hagas un análisis a ver si tienes las transaminasas muy altas.

—Mira, yo qué sé, me está dando miedo. No lo quiero. —Le devolví la caja, pero él levantó los brazos.

—No, tío, no me puedes hacer esto ahora... que estas pastillas ya las he pagado yo, me dejas en la estacada, macho.

—Lo siento, es que no me quiero meter tanta química.

Alberto poco menos que se puso a sollozar.

—Pues haberlo pensado antes, joder, es que, tío, me dejas hecho polvo, colega, que yo no las puedo devolver y ya las he pagado y no tengo un puto duro para este mes y...

Me dio tanta pena que saqué los quinientos euros y se los di, con la certeza de que la mitad al menos irían a pasar a su bolsillo, limpios. Yo cogí la caja del pastillamen con la intención de tirarla en la primera papelería que encontrara, pero no lo hice.

Ahí estaban los botes de pastillas diseminados sobre la cama de mi apartamento. Leí los prospectos: tenían contraindicaciones, interacciones y todo tipo de efectos secundarios. Una hoja de papel arrancada de un bloc, manuscrita, con faltas de ortografía, indicaba la manera de tomar los medicamentos y el calendario que había que seguir.

Realmente estaba acojonado, pero de alguna manera excitado también, y, como si estuviera cometiendo un pecado, me tomé la primera pastilla, junto a mi protector hepático.

El resto de la tarde lo empleé pasando a limpio la hoja de papel con los horarios y las tomas. La colgué de la nevera, bien visible para que no se me pasara una.

Después me metí en Internet y busqué un chapero, cuanto más culturista mejor. Tuve suerte: encontré uno enorme, que decía estar de paso por Sevilla, venía de Munich y en tres días se iba a Madrid, luego a Barcelona y luego cruzaría el Atlántico para pasar en Argentina y América Latina todo el verano austral. Se hacía llamar David, era gigantesco, lleno de músculos inflados por todos lados, culo perfectamente redondo, globos en los brazos y en los pechos y en las piernas, como con cierta

condición contrahecha; tenía una buena polla y cara de bestia con muy pocas luces. Le llamé y se presentó en mi apartamento a la hora.

Era aún más grande de lo que aparecía en las fotos, una auténtica, torpe y bronceada hasta el punto de ebullición mole de hormonas. Quitándose la cazadora vi que movía ambos pectorales alternativamente, como si cada uno de ellos tuviera vida propia, después uno y otro, uno y otro, y me dijo:

—¿Qué te apetece que hagamos?

Ese inesperado numerito circense me provocó una risotada que reprimí y un ataque de ternura y rubor, así que sin poder sostenerle la mirada le dije:

—Desnúdate, que te quiero ver los músculos. Hazme una exhibición.

—Pon un poco de música, ¿no?

Conecté los altavoces del equipo y puse el primer disco que encontré: María Dolores Pradera.

—¿Pero esto...? —rio él, escéptico.

—Qué más dará; tú desnúdate.

Al ritmo de «Fina estampa, caballero», se empezó a quitar la ropa, muy despacio, el fino jersey de punto, la camiseta sin mangas... Sus músculos parecían tener vida propia desde luego, porque se movían de forma autónoma, como automática; además había carne allí donde normalmente hay hueso, y donde suele haber grasa él tenía venas. Me recordaba a aquellos muñecos animatrónicos de esas viejas películas de los ochenta, cuando la tecnología digital no lo invadía todo y había que recurrir a monigotes de látex para representar la anatomía extraterrestre.

Cuando se quitó toda la ropa y se quedó en gayumbos (¡madre mía, qué pedazo muslos: si parecen lomos de atún!), se puso a hacer posturitas de culturista y ahí ya no pude más y me puse a reír como un tonto. Él me miró sorprendido:

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada, ven aquí...

Mientras sonaba «Caballo de paso», mi favorita, se me acercó bamboleándose, como una Mae West infatuada de testosterona, y se puso en jarras ante mí. Yo le bajé un poco los calzones, lo justo para que asomaran la polla y los huevos, y comencé a chupar mientras por dentro continuaba descojonándome.

Cuando me corrí, haciéndome la clásica paja, él se vistió sin dejar de sonreír, momento que yo aproveché para preguntarle por su régimen de ejercicios, alimentación y esteroides.

—Yo no me ciclo, ¿eh? Todo es natural.

—Por favor, no me tomes el pelo.

—De verdad que no.

—Yo es que voy a empezar a ciclarme y quería saber qué tal te ha ido a ti.

—No te lo aconsejo. El músculo es muy esclavo: si empiezas no puedes parar.

Tienes que seguir toda la vida, porque si lo dejas te quedas fofo y deforme.

Pensé que él ya estaba un poco deforme.

—Bueno, yo no necesito llegar a estar como tú. Con un poco más me conformo.

—Eso lo dices ahora, pero nunca se tiene bastante.

—¿No es eso lo que suele pasar en todos los aspectos de la vida?

—¿Eh?

—Son cien euros, ¿verdad?

—Más el taxi.

FIDEL

Los días siguientes estuve tomando religiosamente mis pequeñas pastillas rosas. Provocaban en mí una vitalidad inédita hasta el momento. Levantaba mucho más peso y me cansaba bastante menos. Día a día notaba que mis músculos aumentaban, se torneaban y redondeaban. Mirarme al espejo de los vestuarios cuando terminaba mi rutina me resultaba un placer: estaba ensanchando a ojos vista. Quedaba tenso tras el ejercicio, tonificado, estimulado y muy, muy cachondo.

En un par de ocasiones dejé que Alberto me la comiera en el baño como la otra vez, pero lo que solía hacer al llegar a casa era llamar a un chaperero. Como la oferta de Sevilla no era muy extensa, llegó un momento en que me había pasado por la piedra a casi todos, así que, con algo de aprensión, decidí que era momento de volver a ver a Melquiades.

Marqué su número y me salió la típica locución de «apagado o fuera de cobertura». Media hora más tarde lo mismo, y a las dos horas también. Era la una de la madrugada y Melquiades no daba señales de vida. Me acosté porque al día siguiente tenía clases y debía madrugar, pero no logré conciliar bien el sueño.

Toda esa semana estuve llamando a Melquiades, pero no hubo manera de contactar con él. Preocupado, una tarde me acerqué a su casa con la fuerte sensación de estar haciendo el ridículo. No me atreví a llamar y me quedé en un bar de enfrente mirando su portal por si aparecía. Nada. La luz de su casa permaneció apagada incluso cuando oscureció. Me fui bien entrada la noche con los ojos del camarero clavados en mí; estoy seguro de que, si llego a tardar un minuto más en irme, hubiera llamado a la poli.

Todavía telefoneé a Melquiades un par de días más, pero seguía sin dar señales de vida, así que desistí.

Durante la séptima semana del ciclo mi vigor fue tal que creí que podría explotar. Mis músculos quedaban hinchados, duros, trabajados, me invadía una poderosa sensación de fortaleza. No me podía creer lo instantáneos que eran los resultados del ejercicio gracias a los esteroides y comprendí que todos esos muchachos, para los cuales su cuerpo era lo único importante, se hormonaran. ¡Era obligatorio si querían resultados rápidos y seguros! ¡Los esteroides eran una maravilla!

Alberto me comentó que podía hacer hasta dos ciclos en un año y me pareció bien. Me hice la prueba de las transaminasas en cuanto terminé con tanta pastilla y no fue del todo mal, así que le encargué a Alberto otra remesa de píldoras justo coincidiendo con el final del curso. De pronto me puse a pensar en que mi vuelta a Madrid estaba cerca. ¿Cómo reaccionaría Jaime al verme después de tanto tiempo?

Una noche de domingo de finales de abril, calurosa, me pasó algo interesante. Ese fin de semana había venido a visitarme Andrés; lo hacía de vez en cuando, sobre todo

desde que me adapté a la vida en la ciudad hispalense y ya no viajaba tanto yo a Madrid. Andrés, que me veía cada quince días, siempre se quedaba muerto de lo mucho que aumentaba mi corpulencia de visita en visita y nos íbamos a algunos locales a beber y a ligar. Los fines de semana con Andrés resultaban espléndidos, como en los viejos tiempos. Siempre me decía lo mismo:

—Las cosas por Madrid van muy bien. Nadie comenta nada de lo tuyo, todos te echan de menos y están deseando que vuelvas.

—¿Y Jaime?

—Jaime casi no aparece por clase. No va a sacar el curso ni a tiros.

Ese domingo Andrés había estacionado el coche en el aparcamiento del Estadio Olímpico y le acompañé para sacarlo, puesto que regresaba a Madrid. Se ofreció para llevarme a mi casa, pero hacía buena noche y me apetecía dar un paseo, así que nos despedimos con un pico, como siempre hacíamos, y él arrancó y se fue. Yo también me dispuse a abandonar el parking, cuando un cuarentón morenote, vestido de traje y corbata, con poblada perilla en su cara redondeada, me chistó desde el interior de su coche.

Al principio pensé que no era a mí, pero ante su insistencia me acerqué, pensando que necesitaría ayuda.

—¿Qué tal? —me dijo.

—Bien. ¿Necesitas algo?

—Depende.

En ese momento me di cuenta de que estaba ligando. Me bloqueé, como siempre me pasa cuando alguien se fija en mí. No supe qué decir y él lo interpretó como señal de hombría.

—¿Cuánto cobras?

¡Pensaba pagarme! El destino me ofrecía la oportunidad de estar al otro lado. No quería perderme la experiencia, así que dije:

—Cien.

—¡Hala, tío, no te pases!

Claro, las tarifas que yo manejaba eran las de hotel o domicilio. El ligue en lugares públicos tiene que ser más barato, por narices. Pero me eché el pisto.

—Los valgo.

—Desde luego tienes un cuerpazo, macho.

—Mi trabajo me cuesta.

—Me va la marcha, ¿a ti?

—También. —No sabía exactamente a qué se refería.

Me sentía incómodo siendo el chapero: no sabía qué esperaba de mí, qué actitud mostrar. Opté por parecer muy macho, hablar poco, no sonreír ni bromear e intentar ser el que llevara la voz cantante.

—¿Te montas?

Me subí al asiento del copiloto de inmediato y pensé: «Primer error. Está llevando él la batuta. Tienes que ser tú el que dicte los tiempos».

Me echó mano al paquete y le pegó una buena sobada. Yo le aticé un cachete en la mano, lo que le hizo retirarla de inmediato y me miró sorprendido.

—¿Qué haces?

Pensé que pegarle de ese modo, en plan señorita Rottenmeier, no había sido el paradigma de la masculinidad, así que puse voz grave y lo intenté arreglar.

—Soy yo quien dice cuándo me tocas la polla.

Y como no estaba seguro de haber sido lo suficientemente macho, le comí la boca. Él a cuadros.

—Eres el primer chaperero que me besa.

—¿Con cuántos has estado? —pregunté haciéndome el interesante.

—Con tres o cuatro.

—¿Te acuerdas de sus nombres?

—No. Son chaperos de la calle, del parque de María Luisa y eso...

—Yo me llamo Mel. Mel Bazar.

—Encantado, Mel. Yo soy Fidel. ¿Qué quieres que hagamos?

—Quiero follarte la boca.

—Vale.

—Pero tendrás que tratarme de usted.

—Sí, señor.

—Así me gusta.

—Llévame a tu casa.

—No puedo, está mi señora.

—¿Te gustaría que me la follara mientras tú miras? —aventuré. Igual me estaba pasando.

—¡Sí, me encantaría! —temeroso de pronto—. Pero no lo harás, ¿verdad?

—¡De usted! —grité.

—No... no lo hará... ¿verdad, señor?

—No. Quiero que me lleves a un hostel. Allí te daré biberón hasta hartarte.

—¿Un hostel de carretera?

—Lo que sea pero rápido, tengo los huevos a tope.

Mientras Fidel conducía por una de las autopistas de circunvalación sevillanas decidí no mirarle, siempre al frente, no hablar en todo el viaje, crear un silencio tenso para intentar ponerle nervioso. Y parece que funcionaba, porque más de una vez le pillé echándome el ojo de refilón; luego carraspeaba, se esforzaba por entablar conversación, pero yo me cerraba en banda y respondía con monosílabos o directamente ni caso.

Mientras las acogedoras luces del extrarradio de la ciudad se deslizaban a nuestro alrededor yo reía por dentro, disfrutaba de una nueva sensación de poder: el poder que da ser otra persona.

Llegamos a una especie de hostel para viajeros, camioneros y comerciales, sin mucho movimiento, con unos cuantos camiones aparcados y un par de turismos, poco más. Yo le esperé en el coche mientras él alquilaba la habitación. Por fin apareció y me dio una llave:

—Toma, es la 114. Ve tu primero, no quiero que me vean con un hombre.

Salí del coche y me acerqué a la edificación. Era una de esas construcciones corridas, con los apartamentos en fila, un poco como esos moteles americanos de las películas pero con toque castellano, de ladrillo, y con pequeño parterre frente a cada puerta. Había que bajar unos escalones para entrar, metí la llave y abrí.

Era una estancia grande, con suelos y paredes enmoquetados, con cama enorme de matrimonio, una mesa camilla y una tele pequeña encima, todo en tonos ocres; una puerta daba a un amplio cuarto de baño equipadísimo. Me pareció una habitación muy aceptable.

Pensé en recibirle en pelotas y, aunque se me antojó demasiado oferente por mi parte, decidí quitármelo todo excepto las zapatillas de deporte. Así, en porretas, me planté en medio de la estancia mientras me mentalizaba para ser un macho duro y arisco, todo un animal sexual al que había que satisfacer sin vacilar.

El tipo no aparecía y por un momento se me disparó la alarma. ¿Y si el tío a última hora se arrepiente y me deja tirado aquí? Bueno, no sería tan grave, ya me las ingeniaría para volver al centro. Y con un poco de suerte lo mismo podía ligarme a un camionero. ¡Estaba yo desatao!

Seguí esperando; seguía sin venir. ¿Pero qué coño...? Puse la tele y fui pasando maquinalmente de canal a canal, aburrido. Había un concurso patético donde pobres amas de casa se veían en la horrible tesitura de tener que contar sus miserias para demostrar a la audiencia no ya que merecieran el dinero del premio, sino que directamente lo necesitaban para vivir o les embargarían su casa.

Por fin unos golpecitos prudentes en la puerta me devolvieron a la realidad de sexo de motel en la que me encontraba. Abrí la puerta, tras ella un sudoroso y jadeante Fidel me miraba de abajo arriba con sumisión y deseo al verme desnudo.

—¿Qué pasa, por qué has tardado tanto? —En mi reproche no había sombra de enfado, mi pose de duro se había diluido con el tiempo de espera, simplemente era una pregunta.

Pero él se lanzó al suelo de morros. Comenzó a besarme los pies y a implorar.

—Lo siento, mi amo, he ido a por condones y lubricante y la dependienta estaba hablando por teléfono; por favor, ¡perdóneme!

Yo no daba crédito; aparentemente había dado con un esclavo deseoso de servir a

su señor y estaba dando rienda suelta a su fantasía con todas las de la ley. De inmediato me metí en el papel, haciendo verdaderos esfuerzos para no descojonarme.

—¿Condomes y lubricante? ¿Es que acaso piensas que te voy a follar, gusano de mierda?

—Lo que usted quiera, señor.

—Te follaré la boca y, si me gusta cómo lo haces, ya veremos.

—Sí, lo que quiera, estoy a su servicio. ¿Puedo lamerle las suelas?

La petición me dejó perplejo, pero disimulé perfecto y dije:

—Sí.

Se dedicó a relamer con dedicación las suelas de mis zapatillas. A mí me parecía, aparte de antihigiénico, bastante aburrido, pero él disfrutaba de lo lindo a juzgar por sus resoplidos y gemidos. Tras unos minutos de lamida yo ya estaba hartado y me puse a pensar en lo agotador que resulta estar constantemente con la pose del duro, sin poder mostrar ni sombra de humanidad o complicidad o sentido del humor. El papel del esclavo es mucho más agradecido, desde luego. En estas que me entraron ganas de mear y estuve a punto de decirle que parara un segundo, que tenía que ir al váter, pero caí en la cuenta de que al tipo ese tan sumiso seguro que le apetecía una lluvia dorada.

Con la sensación de estar haciendo algo muy malo y muy perverso, con el corazón a mil y un puntito de excitación sexual, me agarré la chorra y apunté hacia abajo en dirección a la espalda del esclavo que tan meticulosamente lustraba mis zapas.

Empujé con fuerza para que saliera el agüita amarilla; a pesar de tener ganas de mear, la situación me estaba excitando tanto que mi polla se estaba empalmando por momentos, impidiéndome una micción normal.

Por fin empezó a salir con fuerza el chorro caliente, impactando contra la espalda de Fidel, empapándole la chaqueta y parte del pantalón. Cuando él notó el calor y la humedad, se revolvió, se irguió, me miró con rabia:

—¡Pero, tío, ¿de qué vas?! ¿Eres gilipollas?

Yo me quedé a cuadros. ¡Pero si le iba a encantar! Le miré con los ojos muy abiertos, con un temblor involuntario en el labio inferior y con toda mi fachada de amo duro derrumbada.

—¿No podías esperar a que me quitara la puta chaqueta, cojones? ¡Eres gilipollas!

Se quitó la chaqueta con rabia y la arrojó al suelo, furibundo.

—Qué le digo ahora a mi mujer, ¿eh? ¡Qué coño le digo! ¡Cómo vuelvo a casa yo todo meado!

—Calla, eres mi esclavo —dije con una convicción bajo cero.

—¡Estas cosas se pactan, cojones! ¡Hay que saber dónde están los límites,

imbécil! ¡A quién se le ocurre mearme un traje de dos mil euros; es que te mato, cabrón!

Me amenazó con el puño, pero solo le detuvo el hecho de que yo pesaba treinta kilos más que él porque, si no, me aplasta la nariz, ya que yo no hice el menor amago por defenderme. En ese momento, una voz y unos golpes en la puerta nos llamaron la atención.

—¡Soy el conserje, abran! ¿Qué son esos gritos?

Fidel, sin mediar palabra, recogió su chaqueta del suelo, abrió la puerta de la alcoba y salió como una exhalación pasando por delante de un calvo barrigudo vestido con uniforme de bedel, que le miró de hito en hito. Los pasos de Fidel se perdieron en la lejanía y yo quedé desnudo frente al recepcionista, que me miró incrédulo desde el umbral de la puerta.

ENRIQUE

El espantoso ridículo en que acabó mi aventura con Fidel dejó en mí, sin embargo, el regusto sexy por lo prohibido, por la vida paralela. Una noche, aburrido ante el ordenador, solo por probar, me abrí un perfil de prostitución en una de las miles de webs dedicadas a ello.

Desnudo, me planté ante el espejo del baño con mi teléfono móvil provisto de cámara, en la mano. Miré mi cara y achiné los ojos. Así, impreciso y difuso, podía pasar por un jovencito. Debido a los esteroides, unos pocos pequeños granitos rosas se habían diseminado por mi cara, que gracias al ejercicio había adquirido las facciones angulosas de antaño: ¡estaba volviendo a la adolescencia en plenos treinta y tantos! La vida me estaba dando una segunda oportunidad, podía vivir todo aquello que me perdí a los dieciocho. Sonreí y apunté hacia el espejo con mi móvil, teniendo cuidado de que mi rostro no saliera en la imagen. Saqué tres fotos en las que se me veían bien los músculos, el culo y la polla. Las colgué en mi perfil y escribí claramente que buscaba sexo por dinero. Como en el incidente del motel había quedado claro que no servía para amo, me definí como versátil, preferentemente pasivo, y añadí el sugestivo epígrafe: «Puedo ser tu mamón particular, haz de mí lo que quieras».

Estuve unos minutos pensando intensamente en el nombre que me iba a poner como chapero. Mel Bazar no podía ser, porque ya estaba cogido: era el nombre de actor porno de Melquiades que, aunque no diera señales de vida, yo no tenía ningún derecho a robar. Tras cavilar un rato tuve una inspiración y me puse «Jueves». Jueves era mi nombre perfecto, la mezcla del de mis padres y de paso le hacía un homenaje (muy sui géneris, eso sí) a la novela preferida de mi infancia: Robinson Crusoe. No me atreví a poner mi teléfono de contacto, pero habilité el mail «follajueves@hotmail.com».

Durante la siguiente media hora estuve comprobando minuto a minuto si recibía alguna comunicación, pero aquello no se movía, de modo que me fui a la cama para poder estar al día siguiente medio bien para dar mis clases.

Al día siguiente, durante los primeros minutos de la primera clase de la mañana, me sucedió algo asombroso: olvidé todo lo que tenía preparado. Es decir, no es que lo olvidara: estaba escrito, lo tenía delante, eran mis notas en la mesa delante de mí, el problema es que no comprendía absolutamente nada de lo apuntado en ellas, mi mente se había quedado en blanco para esa rama de la física en particular. Veía sobre el papel los signos, números y letras griegas que yo mismo había escrito días atrás, pero no sabía cómo descifrarlos para conseguir transmitir en palabras coherentes a mis alumnos algún conocimiento concreto.

Aquello me había pasado antes en solo una ocasión: una vez que quise sacar

dinero del cajero automático y no me acordé del número secreto que llevaba utilizando diez años. Simplemente se borró de mi mente. Desconcertado, y hasta cierto punto alarmado, abandoné el cajero y me fui a casa, pero el número volvió solo en cuestión de horas. Por eso no me quise tomar ese lapsus en clase como algo dramático, a pesar de que la cosa a simple vista parecía mucho más grave que olvidar cuatro dígitos. En ese momento quería creer que se trataba de algo momentáneo y dije a los alumnos:

—Perdónenme, caballeros, pero creo que no me encuentro bien hoy. Me temo que debemos suspender la clase.

Los chavales recibieron con un murmullo de regocijo la noticia y se fueron levantando poco a poco uno tras otro, abandonando el aula. Yo me quedé unos instantes solo, mirando las notas que confeccioné el día anterior y preguntándome qué demonios significaban, qué misterio desentrañaban, qué mierda podían definir esos símbolos y lambdas y gammas incomprensibles.

Fui directo al decanato a hablar con el otro profesor de mi materia:

—Creo que estoy teniendo una crisis de ansiedad, voy a ir al médico a pedir la baja. Quizá tengas que encargarte tú solo del final de curso.

Noté, casi pude oír, la enorme descarga interna de alegría del buen señor, que sin embargo disimuló como pudo, diciéndome que lo sentía, que no sería nada, que un poco de descanso me vendría bien y que él se haría cargo de todo, cómo no.

El médico al que acudí esa misma tarde me dijo que no tenía por qué ser nada grave, que estos pequeños lapsus de retentiva pueden ser debidos a estrés, a deficiencias alimentarias o a cualquier otra causa. Pero para descartar motivos fisiológicos iban a realizarme una resonancia magnética y un TAC y unos análisis rutinarios. Yo le adelanté que llevaba varios meses tomando esteroides, «para generar músculo, ya sabe...». A él no le pareció ni bien ni mal, dudó de que eso influyera en la memoria, pero de todos modos lo tendría en cuenta. Me extendió la baja sin problemas y comenzamos en los días sucesivos con todas las pruebas pertinentes.

Todos los resultados fueron normales, excepto los de sangre, que reflejaron unas transaminasas disparadas, pero eso no podía ser la causa de las lagunas de memoria. El médico me dijo que descansara, si podía que me tomara unas largas vacaciones en algún lugar tranquilo, que no pensara en el trabajo, y el día más insospechado la cosa volvería a su cauce. Ah, y que nada de esteroides por una temporada para dejar descansar al hígado. Me recetó unas vitaminas y, como no soy de natural hipocondríaco, hice lo que me aconsejó el doctor: no preocuparme.

Así las cosas, comencé a planificar mi vuelta a Madrid un mes antes de lo previsto. A Andrés le dije que tuve que dejar las clases por un leve ataque de ansiedad, que había cogido la baja y que estaba bien. Al otro profesor lo de encargarse él solo de todo el final de curso le había parecido genial y yo podía ya

volver a mi ciudad, que lo estaba deseando.

Un par de días antes de regresar a Madrid, mientras embalaba mis escasas pertenencias, me acordé del mail de prostitución que habilité. Con todo el lío sucedido, hacía semanas que no lo consultaba.

Entré en la bandeja de entrada y me encontré con quince mensajes. No está mal, pensé, y me sentí halagado por la atención recibida. Muy nervioso y excitado empecé a leer el primero de ellos, que fue enviado diez horas después de haber colgado el perfil.

Estoy muy interesado en contratar tus servicios. Yo ejecutivo de cincuenta, pollón y solvente. Dame tarifas y teléfono de contacto.

Miré el siguiente:

Hola, ¿qué tal? Mi nombre es Pedro Castillejo, soy activo, me gustaría saber lo que cobras, por favor.

Muchas gracias.

Otro más.

Pon un teléfono, maricón, menuda mierda de chapero ¿cuántos años tienes? ¿Cuarenta?

Lo tiré a la papelera de reciclaje. El siguiente tenía foto: un gordo enorme con máscara de cuero a cuatro patas, mostrando culamen blanco con celulitis y embadurnado todo el cuerpo de lo que parecía mierda. Casi ni leo el mensaje:

Estás muy rico. Me va todo lo extremo. Soy solvente y quiero un esclavo fijo y particular. Dame modo de contacto.

Lo tiré a la papelera de reciclaje.

El resto de los mails eran similares: que si buscaban diversión, que si estaba bueno, que cuánto cobraba y demás. Me dio mucha pena pensar que en dos días regresaba a Madrid y no iba a poder seguir experimentando ni jugando en esta excitante liga recién descubierta. Tomé la decisión de responder solo al mail que me causaba mejor impresión y darle mi teléfono. Si me llamaba antes de irme, me plantearía lo de ofrecerle mis favores sexuales.

Respondí al primero de todos, al ejecutivo pollón de cincuenta. Le mandé un mail diciéndole que cobraba 300 por hora (¿no decía que era solvente?), que solo recibía en mi apartamento y que mi teléfono era tal y tal.

Antes de presionar el botón de «send» el corazón estaba a punto de salirse del pecho. Con un rápido movimiento lo pulsé. Ya estaba hecho. Seguramente no respondería, ¡pero qué nervios y qué gusto si lo hiciera! ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo sería? ¿Cómo se lo montaría? Tenía una erección solamente de imaginármelo.

Pasaba el tiempo y no sucedía nada. Me metí en la ducha. Mientras me secaba ya estaba arrepentido de lo que había hecho. Pensé: «En cuanto llegue a Madrid, lo primero dar de baja este número y cambiar de teléfono».

El zumbido de mi móvil lo hizo bailar sobre la mesa del salón, con rumor de avispa alegre. Me dio un vuelco el corazón, salí húmedo y en pelotas a la carrera. Miré la pantallita: ¡número privado! ¡Era él, sin duda!

Tardé un instante más de lo normal en contestar; no me atrevía. Por fin, lo hice y con la voz más masculina que encontré en el fondo de mi garganta dije:

—¿Hola? —¡Lo estaba haciendo! ¡Estaba al otro lado, en el lado del chapero, poniendo voz grave, sintiendo lo que sentirían ellos la primera vez! Todo tenía un toque paranormal, como si la voz al otro extremo del hilo telefónico fuera una especie de psicofonía, como si se me estuviera permitiendo vivir fuera del cuerpo, en una realidad alternativa.

—¿Eres Jueves? —preguntó la psicofonía.

—Sí.

—Me llamo Enrique. Acabo de ver tu mail. Me gustaría saber qué haces por 300 euros.

—Todo excepto sexo sin condón —dije sin pensar.

—¿Besas?

—Sí, claro.

Nos citamos para esa noche a las nueve en mi casa. Le di la dirección. Solo cuando colgué fui consciente de que tenía una potente erección. Decidí ponerme unos pantalones de deporte y una camiseta sexy para causar buena impresión a la visita. Tardé diez minutos en hacerlo. Faltaban dos horas y media para el encuentro y me quedé todo ese tiempo paseando de un lado para otro, nervioso, intranquilo, sin poder hacer nada de provecho, ni seguir embalandome, ni navegando por Internet, ni ver la tele, nada. No me podía concentrar, solo podía pensar en cómo sería mi cliente: ¿un cincuentón interesante, ejecutivo de una gran empresa, simpático y con don de gentes? ¿O quizá no era en absoluto atractivo, sino gordo y sudoroso, exigente y déspota? Fuera como fuera, estaba dispuesto a asumirlo.

A las nueve en punto sonó el telefonillo y pulsé la tecla del portero automático casi sin poder respirar. Esperé plantado frente a la puerta de la calle. Recordé que

siete años antes yo había estado en el mismo lado de la puerta haciendo lo mismo, esperando al desconocido de igual modo, con el mismo nudo en el estómago, sin atreverme a mirar por la mirilla y haciendo cábalas acerca de lo que subía por la escalera. Pero a pesar de que todo era igual, todo era justo lo contrario. Ahí tenemos dos estados opuestos coexistiendo, pura física cuántica.

Ding dong, y sin pensarlo abrí.

Enrique tenía la mitad de la cara quemada, deformada, la piel retorcida por algún suceso del pasado, con manchas rojas y rosáceas, la boca contraída en una mueca sardónica. Me miró con suficiencia, con la autoridad que da saber que el mero hecho de pagar te convierte en un cliente con derechos, y entró sin que yo le dijera nada.

—Bonito apartamento. Supongo que eres Jueves, ¿no? Eres más guapo de lo que esperaba. Los labios quizá un poco demasiado finos.

¿Y lo decía él, que no tenía casi nariz?

—Antes de que me preguntes, tuve un desgraciado accidente hace años con un surtidor de gasolina. No es problema para ti, ¿verdad?

De inmediato reaccioné y adopté la postura políticamente correcta de hacer que allí no pasaba nada, que yo era un profesional y aquello no me pillaba de nuevas. Sonreí y me acerqué mucho a él para que tuviera mi cuerpo al alcance de sus manos.

Él empezó a respirar fuerte y a tocarme por todos lados. Me besaba la oreja, el cuello. No se atrevía a acercarse a mi boca y fui yo quien, agarrándole por la acartonada mandíbula, le comí la boca. Era como besar una máscara de papel maché, pero la dureza que noté en su entrepierna me indicó que iba por buen camino.

El buen hombre me quitó la ropa todo excitado y comenzó a besarme y lamerme los pezones, el ombligo, el pubis. Le dije «tranquilo» y lo llevé a la cama, donde retozamos media hora. Su cuerpo era grande, blando, blancuzco y casi sin pelos, pero no del todo desagradable. Dejé que me metiera su pequeño y durísimo pene. Cabalgó unos minutos sobre mí sin dejar de besarme y se corrió.

Se tumbó boca arriba, suspirando; no se preocupó lo más mínimo por mi placer, lo cual me dio igual.

—Perdona que me haya corrido tan deprisa, estaba muy cachondo.

—No te preocupes. Aún te queda media hora.

—Me conformo con que me estés besando todo ese tiempo.

Besé esa cara momificada con toda la dedicación de la que fui capaz y pensé que quizá era la primera vez en muchos años que alguien le mimaba de esa manera, lo cual me hizo esmerarme aún más. Me pregunté si la compasión que sentía por él en aquellos momentos era lo que sintieron todos mis chaperos pasados cuando se acostaron conmigo, si era misericordia lo que le llevó a Melquiades a decirme todas aquellas palabras de amor.

Minutos más tarde se incorporó y comenzó a vestirse.

—¿Qué pasa? ¿Te estás mudando? ¿Te vas? —preguntó al ver las cajas por todos lados.

—No, al revés. Acabo de llegar. —No sé por qué mentí.

—Me alegra saberlo. Así te llamaré más veces.

—Las que quieras.

Enrique sacó 300 euros de un billetero Mont Blanc y los depositó sobre la mesilla.

—¿Por qué te llamas Jueves? ¿Es un homenaje a Robinson Crusoe o algo así?

—Algo así.

—Se considera la primera novela inglesa, ¿sabes? Yo también soy muy fan del personaje de Viernes. Creo que Viernes le da a Robinson su verdadera identidad. Viernes es el testigo de las hazañas de Robinson, su interlocutor; sin Viernes Robinson se disolvería en el olvido.

—Nunca lo había visto así.

—A partir de ahora yo también tengo mi propio Viernes. —Se acercó a mí y me abrazó por la cintura—. ¿Cómo te viene para quedar este próximo viernes, Jueves? — Y rio. Le secundé.

—Genial, este viernes a las nueve me viene genial.

—Perfecto. Te veo entonces.

Me dio un pico y se fue. Nada más cerrar la puerta llamé a la compañía telefónica para dar de baja mi número de móvil, asegurándome de conservar toda mi agenda. Y después a la Renfe para adelantar mi viaje para el jueves, si es que fuera posible.

BILLY, AMADOR, CRIS, PATRICIO 2, WALTER Y HUGO

Cuando pisé Atocha me dio la sensación de que nunca me había ido de la ciudad. Es lo que tiene Madrid, es una ciudad acogedora y abierta pero también posesiva y exigente que te da la bienvenida con un abrazo pesado, plomizo, rencoroso.

Lo primero que hice fue llamar a Andrés, preguntarle por cómo iban las cosas, preguntarle por Jaime.

—No se ha presentado a ningún examen y apenas ha aparecido en todo el curso.

Andrés me dijo que era mejor así, que el año que viene me reincorporaría a mi puesto sin problemas ni tentaciones estúpidas ni habladurías malintencionadas. Todo había salido a pedir de boca.

No supe qué pensar. Sentado en mi pequeña buhardilla de los Austrias sentí, como un impacto, el bucle temporal en el que creí estar inmerso. De nada habían servido las experiencias vividas o el cambio en mi anatomía o los ocho extraños meses en Sevilla: todo parecía como antes de irme, solo que peor, porque Jaime ya no estaría en la facultad.

Cuando me senté a buscar chapero por Internet la sensación de *déjà-vu* fue tan intensa que empezaron a entrarme unas terribles ganas de llorar. Las reprimí de inmediato, que no soy yo de natural quejica, y me concentré en las fotos de los chicos que desfilaban en mi pantalla. Había bastantes nuevos —no en vano llevaba más de ocho meses sin visitar el banco de datos chaperil madrileño—, y tanta novedad al menos me provocó un soplo de alegría infantil. Decidí pegarme un buen dispendio y hacer realidad la orgía que planeé en el pasado en alguna ocasión, no recordaba cuándo, da igual: quería una orgía esa noche. Quería a siete u ocho chulos todos para mí, atendiéndome a mí, estando solo para mí, haciéndome olvidar lo que coño fuera que tenía que olvidar para quitarme esa desazón que me comía por dentro.

Me decidí por los más cachas y atractivos, procurando evitar en lo posible a los brasileños, no por nada, sino porque necesitaba sexo pero con un poco de participación. Me decidí por dos españoles, Amador y Hugo, los dos enormes, uno peludo, con perilla y algo de barriga tipo musclebear y el otro barbilampiño, con buenas trancas los dos; un brasileño con toda la espalda tatuada y guapo a rabiar llamado Walter; un venezolano, Cris, con unas piernas espectaculares y cara de niño bueno; un inglés, Billy, algo delgado pero guapo, rubito y con un pedazo pollón tan bello y enorme que no me pude resistir. También busqué a Patricio, al que ya conocía y que tanto se parecía a Jaime; me costó encontrarle porque había decidido tapar su cara en las fotos, pero reconocí su cuerpo y las cosas que decía en el perfil.

Los llamé a todos desde el fijo de mi domicilio, pues aún no disponía de un nuevo móvil, y organicé toda la quedada. Me iba a salir por un pico la cosa, pero como

fiesta de bienvenida a mi querida rutina madrileña sin Jaime, creo que lo merecía. En el intervalo mientras llegaban los chicos bajé al cajero a por el dinero y al chino, donde compré alcohol y refrescos. Hubiera estado bien disfrutar de la droga aquella que compartí con mi querido Jaime, cristal creo que era, pero no tenía ni la más remota idea de cómo conseguirla. De hecho, pensar en ella me daba cierta pereza, así que pasé.

Acondicioné mi pequeño salón, quité cachivaches, aparté muebles y coloqué los dos colchones de la casa sobre el suelo, con sábanas limpias y algunos cojines aquí y allá para hacerlo más bacanal romana, aunque más bien parecía el dormitorio de un okupa.

Empezaron a desfilarse los chulos: el primero fue Billy, el inglés. Se echó unas risas al ver la que había montado en el salón. Con su acento inglés me dijo que le recordaba a los fuertes que le construía su padre de niño en las Navidades. Le dije que me considerara su papito y que se quitara toda la ropa, lo que hizo de inmediato, tumbándose divertido en el colchón.

Los siguientes en llegar fueron Walter y Amador, que coincidieron en el portal. Cuando entraron y vieron a Billy echado acariciándose el nabo, se empezaron a desnudar sin preguntar nada. Todo aquello me estaba poniendo mucho, mucho.

Después llegaron Hugo y Cris; se quitaron la ropa de inmediato acomodándose junto al resto en los colchones del suelo. El último en entrar fue Patricio. Cuando le vi me dio un vuelco el corazón: estaba mucho más guapo que hace un año, más fornido, con más barba, se parecía más a Jaime, o al menos a la imagen idealizada de lo que yo recordaba de Jaime. Aparentemente no me reconoció; normal, yo había cambiado mucho en este tiempo y él habría pasado por tantos clientes a estas alturas que no podía acordarse de todos.

Cuando ya los chulazos estuvieron en porretas diseminados por la habitación, les saqué unas bebidas por si les apetecía tomar algo antes de follar. Patricio y Amador se conocían y se saludaron, colegas ellos, con un apretón de manos muy machote. Comentaron qué tal les iban las cosas y deduje que solían verse los domingos por la mañana de *after hours* en una macrodiscoteca. Su conversación y el alcohol organizó un poco de jolgorio entre todos, se rompió el hielo, comenzaron a presentarse entre sí, a bromear...

Yo en plan maestro de ceremonias di un par de palmadas para reclamar atención.

—A ver, chicos, callad un poco. Solo hay una regla: no podéis tocaros entre vosotros, tenéis que hacérmelo todo a mí. Lo que queráis, pero solo a mí. ¿Queda claro?

Como si fuera un alumno bueno, sentado en el colchón con toda la polla tiesa, Billy, que parecía el más espontáneo, levantó el dedo para hacer una pregunta. Casi se me escapa una carcajada. Le señalé:

—A ver, tú.

—Me gustaría saber si podemos besarnos entre nosotros.

—Besaros sí, venga —concedí—. Pero solo besaros. Para follar quedáis en otro momento, que hoy el que paga soy yo.

Walter levantó el dedo.

—¿Podemos beber mientras te follamos?

—Sin problemas.

—¿Y fumar? Yo he traído un poco de costo —dijo Hugo.

—Mientras eso no afecte a vuestras pollas...

Cris levantó el dedo.

—¿Y si nos pasamos de tiempo?

—Os pagaré por horas y seré yo quien decida cuándo acaba la cosa. Si alguno tiene prisa, que se vaya ahora.

Ninguno se movió. Patricio levantó el dedo. Le di la palabra.

—Yo me pregunto... en fin, ¿por qué esta orgía?... es decir, estás muy bueno, macho, seguro que puedes follar sin pagar, ¿no?

Me dejó perplejo, pero no se me notó. La forma en que me miraba... ¿me estaba reconociendo? No, creo que no. Sonreí.

—Esa pregunta no procede. Venga, vamos a empezar.

Los chavales se portaron. Probamos todas las combinaciones posibles para que mi cuerpo pudiera recibir la mayor cantidad de pollas a la vez. Cuando mis agujeros estaban ya ocupados por una o dos pollas, el resto las agarraba con las manos o los pies o las tenía incluso sobre el cogote o pegándome latigazos en la espalda. El caso era rellenarme de cipote y, en el afán de ver cómo podíamos subir de emoción aquello, intentamos la triple penetración, pero no hubo manera; no por falta de dilatación por mi parte, sino por imposibilidad física de los chulos: eran tan grandotes que no atinaron a coincidir los tres en el agujero, a pesar de que los otros que quedaban libres les ayudaron y sujetaron en los equilibrios imposibles que hubieron de realizar para intentarlo, pero ya digo que no pudo ser, lástima.

En pleno fragor orgiástico, cuando ya no sabía qué más hacer con tanta polla, comprendí a la gente que se va a los extremos: más chorros de semen no me podían caer encima, lo siguiente tenía que ser que me mearan; más polla no me podía entrar por el culo, lo siguiente tenían que ser dildos o plugs o el puño; más placer no me podían dar, lo siguiente tenía que ser dolor. Me di cuenta de que el sexo por el sexo tenía las patas muy cortas y los márgenes muy estrechos; si siempre aspirabas a más te dabas cuenta enseguida de que no había mucho más recorrido, era fácil salirse por un lado o por otro y llegar a otras prácticas que a mí, al menos, no me parecían sexo. El rollo escatológico, el sado y sus variantes me parecían experiencias interesantes y entretenidas para el que le gustaran, pero los consideraba más bien juegos,

pasatiempos, travesuras que, al menos a mí, no me excitaban sexualmente en absoluto.

Por eso, cuando ya estuve harto de polla y me las había succionado todas y me las había metido todas y todas me habían golpeado en la cara y las había visto erectas, morcillonas, flácidas, eyaculando, en mi interior día, en mi exterior noche, no sabía ya qué hacer con tanto mimbre y tanto miembro y di por finalizada la reunión.

Algunos se habían corrido, otros no, otros se habían hecho coleguillas entre sí, y creo que Billy y Walter salieron un poquillo enamorados deseando encontrarse a solas.

Les puse en fila, como en el colegio, y les empecé a pagar sus honorarios, momento en el cual escuché la conversación entre los dos amigos, Patricio y Armando:

—Entonces, ¿qué tal? ¿Sigues con él? —le preguntaba Armando a Patricio.

—Sí, y la verdad que muy bien. Estoy muy contento.

—¿Cuánto lleváis?

—Seis meses casi.

—Es que Melquiades es un tío cojonudo.

—He tenido suerte.

Me quedé de piedra. ¿Melquiades? ¿Sería el mismo Melquiades de Sevilla? ¿El chaperero que me declaró su amor, aunque fuera mentira, pero me lo declaró y yo lo viví así? No tiene por qué ser el mismo Melquiades. Melquiades hay muchos. Bueno, no tantos, no es un nombre común, pero puede ser otra persona. Sentí un estremecimiento. Cuando desfilaban por la puerta detuve a Patricio.

—Oye, me gustaría que quedáramos tú y yo otro día a solas.

—Claro, cuando quieras, sin problemas.

—¿Conoces a alguien para trío?

—Tengo un amigo que se llama Fercar...

—No, ese no.

—¿Lo conoces?

—No, no, lo que pasa es que... bueno, da igual, ya te llamo y hablamos.

Se fue y yo me quedé pensativo.

ARISTIDES

Me pasé los siguientes dos días encerrado en casa, sin salir apenas salvo para ir al gimnasio, navegando por Internet, buceando en cuantas webs de chaperos conocía para intentar encontrar a Melquiades, pero no había ninguno con ese nombre. Cuando ya me iba a dar por vencido, haciendo un repaso rápido por las fotos de una de las páginas que menos visitaba, creí ver algo familiar: un jovencito moreno, con la cara pixelada, posando recostado sobre un diván con sedas orientales y babuchas en los pies. Lucía un cipote gordo bajo los pliegues de los bombachos semitransparentes que vestía. En el resto de las fotos mostraba en todo su esplendor esa polla que nunca olvidaría. Esas eran las mismas imágenes que vi en Sevilla y que me hicieron llamarle; esas fotos, a pesar de que tenían la cara tapada, eran de Melquiades. El nombre que figuraba en el perfil era Arístides.

No perdí un minuto en llamar al móvil que aparecía junto al nombre; ni me di cuenta de que eran las siete y media de la mañana.

—¿Sí, dígame? —¿Era su voz?

—¿Hola? ¿Eres Arístides?

—Sí, dígame. —¿Era su acento?

—Acabo de ver tus fotos, me gustaría quedar para hoy si es posible.

—Hoy no. —¿Eran sus expresiones?

—Vale, cuando sea, pero ¿me puedes explicar por favor tus tarifas y servicios, por favor? —¡Yo quería que hablara, que hablara una parrafada larga, coño!

Como con cansancio, una voz grave fingida con fuerte acento cubano recitó de carrerilla:

—Soy solo activo, cobro 100 euros a la hora y puedo ir a tu casa o te recibo en mi cómodo y céntrico apartamento para tener sexo de calidad, sin prisas.

¡Sí, era él! ¡Era su voz, su forma de hablar! Colgué de la emoción. No pude por menos que echarme a llorar como un niño. ¡Le había encontrado! Me entró de golpe una paz y relajación absolutas, como si por fin me hubiera quitado un enorme peso de encima. Mi parte racional, que aún sobrevivía debajo de los pocos datos sobre física cuántica que me quedaban intactos en la mente, me advirtió de que estaba portándome como un imbécil.

—¿Y qué? —le dije a mi mente—. Aquí no hay nadie, no hay testigos, puedo portarme como me dé la gana. ¡Como si me da por llorar o patalear o hacerle gestos obscenos al espejo, o cagar en el salón! ¡Estoy en mi casa y estoy solo! ¡Puedo hacer lo que quiera, tengo derecho!

—Ten en cuenta —me dijo mi mente muy tranquila— que ese chico, Melquiades, ahora Arístides, nunca estuvo enamorado de ti. Lo vuestro solo era una transacción comercial. Todos esos sentimientos encontrados que te recorren el cuerpo no son más

que espejismos, ofuscaciones de tu alma atormentada, quimeras a las que no les debes prestar atención.

—Mira, me aburres, me voy al gimnasio —le dije a mi mente.

—¡No, al gimnasio, no! ¡Que vas a seguir olvidando cosas! —me dijo ella, la exagerada, alarmista y sensacionalista.

—¡Al gimnasio, sí! ¡Y voy a empezar con los esteroides otra vez!

Estaba yo pletórico de contento. Hice mi tabla con brío, charlé muy suelto con algunos chaperos de por allí, le pregunté a uno si podía conseguirme un ciclo de hormonas, quedé con él para pagarle al día siguiente en una cafetería. La conversación siguió con los ejercicios más eficaces para endurecer el culo y los mejores para los gemelos, una zona que solemos descuidar; luego derivamos hacia las operaciones de cirugía estética. Algunos de los chaperos me confesaron que tenían pómulos, mandíbula, nariz y labios hechos. Uno hasta se había injertado silicona en los glúteos. A mí me recomendaban un toquecito en la nariz y definitivamente labios. Los tenía demasiado finos.

—Sí, un cliente mío me lo dijo una vez.

—¿Un cliente tuyo? Ah, pero... —parpadeó desconcertado Bruno—. Yo sabía que te conocía, pero pensaba que era porque tú fuiste mi cliente.

—No, no, no sé de qué me conoces, yo soy nuevo en Madrid.

—Sí. —Bruno me miró de arriba abajo con los ojos entornados—. Estás demasiado cachas, sí, creo que me he equivocado.

Me pareció una buena idea someterme a unos retoques. Algo ligero, lo suficiente para que cuando me viera Melquiades no me conociera o no supiera de qué me conocía y así intentar conseguir una confesión, procurar que declarase la verdad acerca de mí, es decir del otro yo, si se fue por mi (su) culpa, si sentía algo, si todo aquello que me dijo (que le dijo a mi otro yo) tenía algo de verdad...

Esa misma tarde llamé a una consulta de cirugía estética y pedí hora. El cirujano que me vio, un joven de unos treinta años, bastante atractivo, un poco pijo y con síntomas nasales de haber estado esnifando coca la noche anterior, me dijo que lo de los labios debía ser algo muy sutil si no quería parecer un travesti, pero la nariz era necesario remodelarla más en profundidad para conseguir un equilibrio mayor en la cara. También me aconsejaba resaltar mandíbula. ¿Quiere usted un hoyuelo? Yo le dije que sí a todo. Me iba a salir la cosa por unos seis mil euros.

Me sometí de inmediato a las operaciones que, salvo la de la nariz, no tuvieron un posoperatorio demasiado largo ni doloroso. El día que me quitaron la venda de la nariz y me miré al espejo me enfrenté a una persona distinta en el espejo. Es decir, no del todo distinta: debajo de esa nueva nariz y esos labios demasiado hinchados y ese hoyuelo en una mandíbula cuadrada, estaba yo, podía reconocermé por detrás, como agazapado tras mi semblante, una sombra asimétrica de mí mismo; tenía media cara

ligeramente distinta a la otra media, la nariz apuntaba hacia un lado claramente y uno de sus agujeros estaba más alto que el otro, me daba la sensación de tener retorcidas las facciones, como aquel hombre de la cara quemada, pero con algo más de armonía.

Así pues, al mes de haber hallado a Melquiades, digo a Arístides, estaba de nuevo preparado para un encuentro con él. Un encuentro en el que yo sería otra persona, alguien mejorado con el que empezar de cero.

Le llamé y quedé en que viniera a mi casa en una hora. Tras años de experiencia, esta «espera del chapero» fue una de las más duras: el tiempo parecía haberse detenido, no se movía nada en mi salón, Madrid se había parado, el ruido de tráfico habitual se apagó, no se oía un pájaro, un crepitar de madera o un soplo de aire.

Gritó el telefonillo y salté de la silla. Me quedé plantado una vez más tras la puerta, esperando; el bucle temporal continuaba: ¿cuántas veces en los últimos años me había quedado esperando tras la puerta? Esperando tras la puerta, como título de biografía. Esperando tras la puerta como señal de vida. Esperando tras la puerta como máximo común denominador. Esperando tras la puerta como grado, curso, destino, itinerario, órbita.

Abrí la puerta de la calle: ahí estaba.

—Arístides. Qué nombre tan bonito, ¿no? —le solté lo primero.

Él me miró con el ceño fruncido. ¿Me reconocía?, no, ¿sí? No. Simplemente valoraba mi asimetría de cara, pensaba «qué operado está este». Le hice pasar.

—Gracias.

—Es poco común.

—En Cuba no tanto, y me viene bien porque en Madrid no hay muchos Arístides.
—Le ofrecí una cerveza.

—¿Y qué tal, llevas mucho tiempo en Madrid?

—Me suena tu voz, no sé de qué.

—Soy locutor de radio.

—No escucho la radio.

—A veces estoy de tertuliano en la tele, también. Con la... Belén Esteban.

—Ah... —Se me quedó mirando, admirativo.

—¿Llevas mucho tiempo en España?

—No mucho, un año o así.

—¿Y qué tal? ¿Bien?

—Muy bien. Antes estuve en Sevilla...

—¿Ah, sí?

—Sí, pero me vine para acá porque la verdad es que en Sevilla no había mucho negocio.

—Aquí hay mucho más, desde luego.

—Además puedo estudiar lo que quiero.

—¿Y qué es?
—Cine y televisión. Me gustaría escribir guiones. Y quizá dirigir.
—En Cuba hay estupendas escuelas de cine, creo.
—Pero aquí se vive mejor.
—¿Has hecho películas?
—Qué más quisiera.
—¿Ni siquiera porno?
—¿Por qué me preguntas eso?
—No sé, con lo guapo que eres y el rabazo que tienes podías dedicarte a ello, seguro que triunfarías.
—He hecho tres películas porno, pero acabé harto. Me engañaron.
—Qué lástima.
—¿Follamos?
—O sea que primero Sevilla...
—Sí, un amigo me aconsejó que me viniera para acá, y en cuanto pude lo hice.
—¿Un amigo? ¿Qué amigo?
—¿Cómo que qué amigo?
—No sé, por hablar —disimulé.
—Un cliente, en realidad.
—Ah, un cliente. ¿Y qué tal?
—¿Qué tal qué?
—El... el cliente. —Me estaba metiendo en un berenjenal.
—No hablo de mis clientes.
—Bueno, pero él está en Sevilla y nosotros estamos aquí, no pasa nada.
—¿Por qué te interesa?
—No me interesa, ya te digo, por hablar.
—¿Y no prefieres follarse?
—Sí, cuando nos bebamos la cerveza. Entonces, ¿me estabas diciendo...?
—Nada, no te decía nada, eres tú el que preguntas.
—Hablábamos de ese cliente. Entonces, ¿te fuiste de Sevilla por su culpa?
—No. ¿Por qué preguntas eso?
—Porque como te fuiste así de repente...
—¿Te he dicho eso?
—Sí.
—No te he dicho eso.
—Que sí que sí, hace un minuto. Si no, ¿cómo lo iba a saber?
—Me fui de repente pero no por él. Es decir...
—¿Qué?
—Hubo un momento raro con él y decidí cambiar de aires.

—¿Un momento raro? ¿Qué pasó?

—Tuvimos demasiada intimidad.

—¿Os enamorasteis?

—Nooo... —rio.

—Pero hubo algo.

—Hubo algo... raro. Así que me vine para acá. Ya lo tenía pensado de todas formas.

—¿Y aquí qué tal? ¿Tienes novio?

—Sí. ¿Por?

—Por saber. ¿A qué se dedica tu novio?

—Basta de charla. ¿Follamos o qué?

Le saqué la polla y me bajé al pilón completamente desconcentrado; solo podía pensar en lo que me había dicho: se fue de Sevilla porque algo pasó entre él y yo... O entre ese otro que era yo antes y él. ¡Quizá ahora que yo era otro yo, no podría llegar a un nivel de intimidad igual que con mi anterior yo! Todas estas incertidumbres me estaban haciendo chupar con poca gracia y él debió de notarlo, pero no dijo nada. Además, chupar con mis nuevas operaciones de cara era más complicado que antes: la nariz me tiraba un poco, la mandíbula no debía estar del todo asentada, me notaba yo un poco hinchado y mi técnica mamaria se resentía.

Me dio la vuelta, se puso un condón, untó todo en lubricante y para dentro; el polvo fue rutinario, apenas lo recuerdo. Solo sé que mientras me follaba no podía dejar de pensar en la pareja, esos dos chaperos guapos y simpáticos, uno alto y el otro bajo, los dos con barba de pocos días, los dos cachitas, los dos con buenas trancas, el bajo más, los dos enamorados, viviendo su juventud y su sexualidad sin conflictos, ganando dinero exento de impuestos, con planes de futuro los dos.

Comencé a sentir celos, yo también quería eso. Quería estar con ellos, formar parte de su plan, estar integrado en la pareja, de hecho lo merecía: yo había follado con Patricio hace meses, cuando él llegó a Madrid, mucho antes de que le conociera Melquiades, así que tenía cierto derecho a formar parte de la pareja y, si no podía ser así, entonces a la mierda la pareja.

PATRICIO 3

Al día siguiente me levanté de la cama con una idea en la cabeza: quedar con Patricio. Tenía que asegurarme de que Arístides, o Melquiades, o como coño se llamara el bajito de la polla gigante, era realmente su novio. Y sobre todo quería empezar a frecuentarlos a ambos cuanto más tiempo mejor, me costase el dinero que me costase: tenía que forjar una amistad entre los tres si quería meterme entre ellos como miembro de pleno derecho.

Mientras me tomaba el café y miraba la tele se me ocurrió la idea, no sé cómo hice la asociación: echaban un programa de refritos de otros programas, discusiones mil veces vistas y escándalos caducados salpicaban la pantalla del televisor, y de repente me dije: «Necesito grabar el polvo». Así que salí de inmediato a una tienda para comprarme una cámara de vídeo.

Compré la más compacta, que resultó ser también la más cara, y cuando regresé a casa gasté mucho tiempo decidiendo cuál podría ser el mejor lugar donde ponerla para que captase la escena en su totalidad; que se nos viera de cuerpo entero pero lo suficientemente cerca como para no perder la expresión de las caras. Debía ser un lugar alto, pero cercano, aunque lo bastante escondida como para que Patricio no la viera. Me decidí por colocarla medio oculta entre unas maletas encima del armario de mi habitación. Hice unas pruebas. Comprobé que desde el promontorio se captaba perfectamente la cama: se nos vería de cuerpo entero pero lo suficientemente cerca como para percibir detalles y expresiones faciales.

Llamé a Patricio y quedé en mi casa en una hora. Dejé la cámara lista: solo había que darle al «rec» cuando el chaperero llamara al timbre. Puse un poco de música para ahogar el posible zumbido del aparato al funcionar.

Sonó el portero automático, abrí y corrí a la habitación, me subí a una silla y conecté la cámara de vídeo; en ese momento sonó mi móvil. Era Andrés algo preocupado. Desde que había regresado de Sevilla, apenas me había visto el pelo.

—No te he llamado porque no te quería molestar con todo el lío que tenías con el final de curso —mentí.

—Estamos ya casi en agosto. ¿Tú estás bien?

—Sí, yo muy bien.

—¿Quedamos este fin de semana y salimos a cenar?

—Vale, yo te llamo.

Patricio tocó muy suave con los nudillos en la puerta.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Andrés.

—¡Que sí, muy bien! Ahora te tengo que dejar.

Patricio reconoció la casa: era la de la orgía de hacía un par de meses, pero no al tipo que le abrió la puerta. Le dije que me había hecho unos arreglitos en la cara.

—Me he quitado unos complejos de encima —solté riendo, sin darle importancia.

—Eso siempre está bien —dijo él, pero no le vi yo muy convencido—. ¿Qué voy, a la habitación?

—Sí, pasa, ahora voy yo.

Horas más tarde, cuando ya había oscurecido, conecté la cámara a mi televisión en el salón, saqué de la nevera un par de latas de cerveza y me retrepé sobre el sofá para visionar la cinta con el placer y la excitación de los que ven un estreno de última moda recién pirateado de Internet.

Lo primero que se vio fue un grotesco primer plano mío, justo recolocando la cámara, los labios demasiado abultados —creo que el médico se pasó con el colágeno —, bajando de la silla, hablando por el móvil y saliendo de la habitación. Lo pasé de prisa hasta que Patricio entró en cuadro. Mirando a su alrededor, Patricio se quitaba la cazadora colocándola con primor sobre una silla. Observaba algunos de los libros de una balda cercana, se me oía decir algo en la cocina, algo que no entendí, y Patricio respondía:

—¡Sí, cerveza, gracias!

Patricio, serio, algo taciturno, continuaba repasando los objetos de la habitación hasta que aparecía yo con dos cervezas, una en cada mano, sonriendo como un estúpido. En ese momento Patricio también mudaba su expresión y me dedicaba la más seductora de sus sonrisas. Pensé en la representación avezada de un actor: Patricio estaba actuando, me estaba obsequiando con una simpatía y encanto absolutamente fingidos, cosa que debía de hacer con todos sus clientes; era una respuesta automática y algo que yo sabía que funcionaba así, pero verlo tan clara y descarnadamente me provocó pudor y algo parecido a la rabia.

—¿Y qué tal, tienes novio? —preguntaba yo mientras le entregaba la cerveza. Verme me daba vergüenza, me parecía que estaba actuando fatal, me veía feo y gordo, no me gustaba nada mi voz. No quería ni pensar en el momento del folleto lo horrible que podría estar; me propuse aguantar como fuera la visión de mi cuerpo desnudo follando por mucho asco que me diera.

—Sí, ¿por?

—Hombre, imagino que es difícil tener pareja, dedicándote a esto.

—No, no es difícil, sabemos separar la vida privada de la laboral. Además, él se dedica a lo mismo.

—Ah, ¿él también es escort? —No me atreví a usar «chaperero» y utilicé su traducción inglesa, que quedaba más fino.

—A veces.

—¿Y quién es? A lo mejor he estado con él y todo —reí.

—No lo creo, no trabaja mucho, prefiere dedicarse a sus estudios.

—Pero ¿cómo se llama?

—Arístides.

—No, no le conozco. ¿Me lo recomiendas?

—Sí, claro, es estupendo.

—¿Y si nos lo montamos los tres?

—No trabajamos juntos.

—¿Cómo lo conociste?

—En el *after* de Evanescence.

—¿Qué es eso?

—Una discoteca. Me lo presentaron y nos caímos bien.

—¿Y el sexo qué tal con él?

—Genial. Pero oye, ¿por qué me preguntas tantas cosas?

—No sé, por romper el hielo.

Me acordaba de que en ese momento sentí que me estaba pasando: Patricio podría sospechar, y decidí meterle mano al paquete. Me vi en la cara la expresión, un sutil alzamiento de cejas que denotaba el corte que sentía, me vi metiéndole mano. Era interesante contemplar algo que sabías interpretar a la perfección y que además podías prever en todo momento. Sabía que le iba a comer la oreja a continuación y, efectivamente, le comí la oreja en la pantalla y... ahí estaba mi mirada furtiva al objetivo de la cámara. Desde la pantalla yo me miraba a mí mismo, eso me hizo empalmarme.

El polvo fue más interesante y me dio menos vergüenza de lo que esperaba. Mi cuerpo estaba mejor de lo que hubiera pensado, se me veía gozar y su polla entraba y salía tanto de mi boca como de mi culo con una soltura asombrosa. Las miradas que de vez en cuando lanzaba a la cámara me ponían a mil. En el fondo es como si estuviera haciendo el amor conmigo mismo, una forma sofisticada y tecnológicamente a la última, de masturbación. Por otro lado, aunque fuera para mi disfrute personal exclusivamente, ya podía decir que había protagonizado mi propia película porno.

Hubo un momento, cuando Patricio tenía media cara oculta por mi cuerpo, en que me dio la sensación de estar haciendo el amor con mi adorado Jaime. Puse la pausa en la imagen. Podía ser Jaime, sí, era su sien, su oreja, su poblada patilla, la sombra de sus cejas, su barba estaba ahí, y esos bíceps, esas piernotas llenas de pelos negros, sí, Jaime estaba ahí de nuevo conmigo y me subió un flujo de angustia por la tráquea.

Cuando terminé de ver la película estaba más convencido que nunca de que yo debía formar parte de esa pareja. Tenía que estar con ellos. Uno era un remedo perfecto de mi adorado Jaime y el otro era la única persona en el mundo que me había declarado su amor.

ARISTIDES 2

A partir de ese momento forjé un propósito. Tenía que ganarme de nuevo la confianza de Arístides; mi primer encuentro con él no fue precisamente como la seda, así que decidí ir despacio, ser un cliente más al principio, ir indagando sin que se notara. De este modo lo llegué a ver un par de veces por semana durante todo agosto. A veces venía a mi casa, y yo aprovechaba para esconder la cámara y grabar nuestros encuentros sin que se percatara, pero una vez que filmé tres o cuatro encuentros, acabé por aburrirme, porque vistos eran más o menos iguales, y comencé a ir más a su céntrico y diminuto apartamento, que se convirtió tras tantas visitas en una especie de nido de amor para mí. Me encantó comprobar que mantenía su independencia, que no vivía con Patricio, lo cual desde el punto de vista comercial tenía sentido: así cada uno de ellos tenía su propio picadero para tratar con sus clientes.

Poco a poco tras los polvos, que cada vez eran más intensos, me hablaba tímidamente de su pareja; era poca información al principio, pero quedaba claro que su novio era Patricio el argentino, de eso no me quedó ninguna duda; me dijo que llevaban poco tiempo y estaban muy enamorados, me dijo lo mucho que le admiraba, que era tan inteligente, servía para todo, era muy emprendedor, tenía grandes ideas para negocios de todo tipo; fue él quien le dijo que para ser buen escort era preferible no poner su cara en los perfiles, porque los clientes de alto nivel siempre exigían más discreción; era previsor, siempre pensaba en todo. Y el sexo con él era el mejor que había tenido en su vida. Como tenían dinero los dos, estaban pensando en comprarse un coche cuatro por cuatro y en dar la vuelta al mundo en el futuro. Todos esos planes me escocían de celos, pero solo sonreía, le pagaba y me iba a mi casa a rumiar en soledad un plan para intentar inmiscuirme en esa felicidad y lograr ser partícipe de ella.

Hasta que, un viernes de finales de mes, su móvil dejó de nuevo de dar señales de vida; estaba desconectado o fuera de cobertura. Le llamé hasta siete veces y nada. Lo intenté de nuevo varias veces el sábado sin éxito. ¿Cómo era posible? ¿Por qué había vuelto a desaparecer de mi vida? No creía haberle dado ningún motivo para que sospechara de mí.

Inmediatamente llamé a su novio Patricio: tenía que averiguar qué coño pasaba; pero el barbudo tampoco tenía el teléfono operativo. ¿Los dos ilocalizables? ¿Habían decidido irse de Madrid, iban a cambiar de vida, estaban de vacaciones o sospechaban algo de mí y habían escapado? ¿Qué es lo que estaba pasando?

Rabioso, estuve a punto de tirar el móvil por la ventana justo cuando sonó. Era Andrés:

—Estoy preocupado por ti, como no llamas...

—Estoy bien. ¿Qué tal tus vacaciones? ¿Cuándo has vuelto?

—Ayer. Turquía es un país maravilloso, todo lleno de chulazos. ¿Cenamos esta noche y te cuento?

Como no tenía otra cosa mejor que hacer le dije que sí y quedé con él a las diez en un conocido restaurante de Chueca. Esa tarde, cuando me iba a meter en la ducha, me miré al espejo y caí en la cuenta de que Andrés me había visto solo un par de veces desde que volví de Sevilla, y eso fue antes de mis operaciones, así pues no conocía mis nuevas facciones. Me entró la risa: pensé en la cara que pondría y se me ocurrió dar una vuelta de tuerca más a la cosa. Me fui a una peluquería y me teñí de rubio platino.

Los ojos de Andrés casi se le salen de las órbitas.

—¡Pero si no eres tú!

—Lo sé —reí.

Por su expresión no parecía estar divirtiéndose.

—¿Por qué te has hecho todo eso? —me preguntó con alarma en la mirada.

—¿No me ves guapo?

—Ya estabas muy bien antes, todo cachas y estupendo. No necesitabas eso.

—Pero ¿no me ves guapo?

—Sí, sí, estás bien... lo que pasa es que...

—Tienes que acostumbrarte a mi nueva cara, eso es todo. Lo del pelo rubio ha sido decisión de última hora para epatar todavía más.

—Pues lo has conseguido, chico.

Yo reía y reía. Reía aún en los postres, cuando nos habíamos bebido un par de botellas de vino blanco entre los dos.

—¡Si vieras la cara que se te ha puesto!

—¿Cómo estás de lo tuyo?

—¿Qué es lo mío?

—Tu crisis de ansiedad. ¿Sigues de baja?

—Sí.

—¿No te vas a reincorporar ahora en septiembre?

—Lo que diga el médico.

—Antes de que me preguntes, no sé nada de Jaime; no se ha presentado a un solo examen. Yo creo que ha dejado la carrera.

—Bueno, me da igual.

—Me alegra ver que lo has superado.

—¿Superado? Si te refieres a si lo he pasado por encima, entonces sí, lo he superado. Pero si te refieres a superado como afrontado y cicatrizado, entonces no.

—Escúchame... soy tu amigo y te quiero.

—Lo sé.

—Y no te veo bien.

—Pero si estoy genial.

—¿Por qué no te planteas hacer algún tipo de terapia?

—No necesito terapia, estoy mejor que nunca.

—¡Pero si estás de baja por estrés!

—¡Ya estoy mucho mejor! En septiembre volveré a las clases y todo será como antes, ya lo verás...

—Eso espero.

Cuando llegué a casa volví a llamar a Arístides, que seguía sin contestar. Para consolarme, conecté la cámara a mi televisor y estuve contemplando uno de nuestros polvos sin sonido (mi voz era lo que menos soportaba). De pronto, sentí la necesidad de ver también el polvo que mantuve con Patricio, pero lo necesitaba al mismo tiempo que el otro: pensaba que verme a la vez follando con ambos sería una buena forma de sentirme incluido en la pareja.

A la mañana siguiente el operario de unos famosos grandes almacenes estaba desembalando el enorme plasma que encargué por Internet, mientras yo sacaba de su caja otra cámara de vídeo —esta más modesta— que necesitaba para poder poner simultáneamente las dos películas caseras.

—¿Aquí junto al otro?

—Sí, al lado, pegado al otro televisor.

Al operario todo aquello le sonaría a chino, y más cuando le dije:

—No, no sintonice los canales, si no voy a ver la tele.

—Es automático, no tardo nada.

—Pero es que no hace falta...

Me miró con expresión de incredulidad y no me hizo ni caso: sintonizó todas las cadenas. Luego se fue.

Inmediatamente enchufé una cámara a cada televisión y me desnudé. Me estuve masturbando largo rato mientras me veía en una de las teles follar con Melquiades y en la otra con Patricio y me hacía ilusiones sobre mi participación en la pareja.

Llegó un momento en que, para sacarle más jugo a todo, coloqué los dos monitores enfrentados y yo me situé en medio, con mi cabeza entre ambos como si fuera el fiambre de un emparedado. Si miraba atrás, veía la enorme polla de Melquiades; si me daba la vuelta, el corpachón peludo de Patricio. Quería exprimir al máximo las sensaciones que ese espejismo me podía proporcionar, pero de golpe, a traición, me llegó una imagen que vi en una película española en la que un ciego tocaba la pantalla de la tele para intentar percibir a su amada; está comprobado que aquello que funciona en el cine no tiene por qué hacerlo en la realidad y me sentí ridículo, así que me puse el chándal y me fui a hacer pesas, que era lo único que en aquellos momentos me proporcionaba cierta paz.

MELQUIADES-ARÍSTIDES

Quedaban escasos días para el inicio de las clases y, a pesar de sentirlo como algo que se me hacía tremendamente cuesta arriba, quise prepararme un poco, repasar conceptos: se supone que tenía que reincorporarme al curro, debía hacerlo. Empecé a ojear los libros de texto, uno de los cuales, incluso, había colaborado en confeccionar, pero no entendía ni papa. Mi lapsus con la física no solo no había desaparecido, sino que se había intensificado. Nada de lo que leía en esos libros, ni una fórmula, ni un concepto, ni una ecuación o signo tenía para mí ningún sentido.

En ese momento no sentí aquello como una pérdida. Me daba igual que todos los conocimientos sobre física que me había costado años consolidar desaparecieran de mi mente en cuestión de meses; por supuesto aún recordaba algunos fundamentos, pero las cuestiones más específicas, la base matemática de todo, se borraban de mi cabeza. Pero lo peor es que aquello me la resbalaba: tenía otros intereses, simplemente mi mirada estaba en otro lugar. En ausencia de toda alarma, pensé que quizá todo se debiera a alguna enfermedad degenerativa del sistema nervioso, quizá alzhéimer o demencia senil prematura... ¿Y si me quedaban solo unos meses de vida? En ese caso debía darme prisa si es que quería disfrutar a tope de lo que me quedaba. En ese momento sonó mi móvil. Miré la pantalla: «Melquiades-Arístides».

¡Era él! ¡Me llamaba! Descolgué con una sensación de fuerte alivio.

—Hola, qué sorpresa.

—Tenía varias llamadas perdidas tuyas.

—Sí, quería verte... ¿Qué es de tu vida? ¿Dónde has estado?

—Trabajando. ¿Quieres que nos veamos?

—Sí, claro. ¿Puedes ahora?

—Sí.

—Pues llego a tu casa en media hora.

Mientras me tomaba la cerveza con él y contemplaba los peces de su nuevo y enorme acuario, me contó que estuvo en Grecia un par de semanas en la isla de Mikonos. Lo había pasado genial y encima se había sacado una pasta porque una pareja de gays ricachones lo habían llamado para ser su chico de compañía durante todo ese tiempo. Además, como esos magnates necesitaban dos chicos, él había llamado a Adriano, con lo que ambos se habían ido para allá a disfrutar de la playa y del sol y a ganarse un buen dinero.

—¿Adriano? —pregunté—. ¿Quién es Adriano?

—Mi pareja.

—Creí que me dijiste que se llamaba Patricio.

—No, Patricio es su nombre de escort. En realidad se llama Adriano, se me ha escapado.

Me acerqué zalamero, le agarré de la cintura y le di un beso.

—Bueno, ya que estamos, dime tu nombre real también, ¿no?

—Mi nombre real es Arístides, yo no me lo he cambiado.

«Mentiroso hijo de puta», pensé.

Follamos y, tras el polvo, mientras me duchaba y vestía, quise continuar con la conversación. Me contó que la pareja que les contrató eran dos magnates del petróleo, muy forrados, que les pagaron el viaje en avión en primera hasta Atenas y de allí les llevaron en helicóptero hasta una villa en Mikonos que estaba en lo alto de una montaña desde la que se veía el mar Egeo y las luces de las costas vecinas; impresionante.

—O sea que os fuisteis los dos a Mikonos a hacer un trabajo...

—Sí.

—Creí que tu novio no hacía tríos contigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo has dicho tú —inventé.

—Ah... —No estaba muy convencido—. Pero es que no hicimos ningún trío. Yo estuve con uno y él con el otro, y nos íbamos cambiando cada noche.

Me contó que los dos tipos eran pareja pero hacía tiempo que no follaban entre sí. Eran bastante mayores, de unos sesenta años, pero muy amables y les trataron de maravilla; la casa era una pasada, completamente aislada, con piscina interior y exterior y miles de metros cuadrados de terreno arbolado alrededor. Disponían de un criado para ellos solos, atendiendo sus peticiones constantemente. De hecho tuvieron mucho tiempo para sí mismos, porque la pareja solo los requerían por las noches, y no todas, para meterles un poco el nabo y poco más, así que se iban todos los días a las playas a bañarse en aguas cristalinas y templadas; comían en el pueblo, paseaban, se ligaron a un par de turistas musculosos una tarde, fumaban porros, hacían turismo, se sacaban fotos sonrientes, con gafas de sol. Por las noches el chófer les bajaba a los cuatro a cenar, a las verbenas y a comprar a los mercadillos; total, que disfrutaron de unas minivacaciones la mar de románticas y encima se volvieron a casa con cerca de cinco mil euros cada uno.

Yo sonreía mientras escuchaba esa vida de película y por dentro ardía de envidia. Ahora más que nunca necesitaba formar parte de esa fiesta, me merecía vivir así, viajando a lugares exóticos, copulando en aguas cristalinas con mi pareja, atendiendo los deseos sexuales de viejos millonarios, viajando a sus residencias de verano estuvieran donde estuvieran, cuanto más lejos mejor, volando en primera con champán, mirando las luces de Europa y América y las islas bajo mis pies.

Lo que no sabía es cómo demontres conseguir eso, inmiscuirme en esa pareja, formar parte del trío; no importaba que no fuera un trío amoroso: yo me conformaba con establecer una sociedad mercantil de chaperos, que los tres asistiéramos a

clientes en el extranjero y poder follar entre nosotros de vez en cuando también, por qué no, pero sobre todo llevar una existencia todos los días diferente, yendo de acá para allá disfrutando de la cantidad de placeres carnales que una vida de lujo me pudiese proporcionar.

Pero se acercaba peligrosamente el momento de mi reincorporación a la universidad. Yo había asumido que ya no estaba capacitado para ello, puede que jamás volviera a estarlo, pero el sueldo que cobraba siendo aún profesor le venía estupendamente a mi economía, que tras los últimos despilfarros en chaperos, orgías y cirugías se encontraba realmente maltrecha. Por eso no tuve otra salida que volver al médico y contarle que necesitaba unos meses más aún de baja, me encontraba deprimido, olvidaba cosas. Le enseñé mi historial médico de Sevilla y me aconsejó una nueva batería de análisis para intentar esclarecer las razones de las extrañas lagunas de mi mente. Yo, con tal de que me diera la baja y seguir cobrando, me sometí a todas las pruebas que él consideró necesarias, algunas de las cuales ya las había sufrido en Sevilla y otras, como la angiografía, las ecografías cerebrales o el análisis del líquido cefalorraquídeo, eran nuevas. Fueron análisis complicados y dolorosos que requerían incluso días de reposo tras ellos.

El doctor me dijo, tras analizar los resultados, que se encontraba desconcertado: aparentemente todo funcionaba bien, el origen del desorden de memoria no podía ser físico. La verdad es que me esperaba unos resultados así, yo no tenía una enfermedad normal. De hecho, no tenía ninguna enfermedad. Lo mío era sencillo: yo ya no era yo. Ya no era un físico, ni siquiera era ya universitario, dudo que fuera alguien con el graduado escolar. Era otra persona, con otros intereses y con otra vida esperándome ahí fuera con solo estirar el brazo en dirección a Melquiades-Arístides-Patricio-Adriano.

El médico me volvió a extender la baja por al menos tres meses más. Me recomendó lo que ya sabía que me iba a recomendar: sosiego, tranquilidad, quizá una cura de sueño, comer bien y llevar vida sana, sin sobresaltos. Le dije a todo que sí.

Por cumplir me acerqué a la facultad a hablar con mis antiguos compañeros y mostrarles en persona lo malito que estaba, darles un poco de pena, advertirles de que necesitaba reposo, que no me molestaran mucho y que esperaba en tres meses estar del todo restablecido. Todos los colegas se mostraron muy amables, comprensivos y también alucinados por el cambio en mi anatomía y mi cara. Marga, la profesora adjunta de Mecánica y Ondas, la misma que extendió los rumores sobre mi supuesta relación con Jaime, osó argumentar:

—Tienes que estar muy deprimido con todas esas operaciones que te has hecho...

Estuve a punto de decirle: «Estoy deprimido de verte a ti el careto, capulla, tú sí que necesitas operaciones».

—La cirugía me ha sacado del atolladero. Tengo más autoestima —acerté a decir.

—Fíjate, quién lo iba a pensar —siguió ella—. Yo siempre creí que eras un tipo más o menos equilibrado, y mira tú.

Como Andrés debió de adivinar por mi expresión que esta vez sí le iba a contestar con un impropio, dio por finalizada la visita y me acompañó a un taxi.

—Descansa —me aconsejó cuando me depositó en el vehículo—; llama para lo que necesites, a cualquier hora.

Le tranquilicé diciéndole que sí, aunque en el fondo ambos sabíamos que yo no iba a llamar.

El taxi se alejaba del campus mientras a mí, como una corriente ineludible, me asaltaba un soplo de júbilo.

ADRIANO

Estaba decidido a ir a la discoteca donde se conocieron Melquiades y Patricio... o Arístides y Adriano... o Melquiades y Adriano... o Arístides y Patricio...

Esperaba coincidir con los dos por casualidad, creía recordar que me dijeron que solían ir cada fin de semana. Si les veía allí, eso lo haría todo más fácil; un encuentro fortuito, nada de negocios, solo diversión: qué casualidad, ¿os conocéis?; sí, soy cliente de los dos, qué gracia, me he comido vuestras pollas por separado; ya que estamos aquí, nos lo podemos montar los tres; ¿sabéis?, yo también hice mis pinitos como escort, sí, no se me daba mal; oye, pasadme algún trabajo; ¿y si me introducís en este mundo?, podríais ser mis mentores, mentor quiere decir maestro, tutor; me encantaría viajar con vosotros, seguro que tenéis clientes por toda Europa; ¿este fin de semana?, ¿a Roma?, ¡claro que me apunto!; ¡seremos los mejores amigos!

Esa misma tarde, en el gimnasio, pregunté a mis amigos chaperos dónde estaba el Evanescence, y qué día era el mejor, el más ambientado para ir. Ellos acudían todos los domingos por la mañana, que era cuando se montaban las mejores fiestas, con cientos, miles de chicos descamisados y sudorosos bailando y rozándose entre ellos. Se organizaban verdaderas bacanales en la pista, regadas de alcohol y drogas de diseño. Les pregunté si irían esa semana, si querían venir conmigo; no les noté muy receptivos, todos me dieron largas: «Si vas allí nos veremos, lo pasarás bien».

El sábado de madrugada no dormí nada, estaba nervioso, nunca antes había ido a una discoteca yo solo, pero el hecho de saber que tenía un objetivo, que iba para algo, me dio las fuerzas suficientes para afrontarlo. Me bebí media botella de whisky y salí para allá.

La discoteca estaba atestada y, como me advirtieron en el gimnasio, todo el mundo brincaba y bailaba en estados próximos al trance o al éxtasis, semidesnudos, toqueteándose entre sí y besándose, ensordecidos por chirridos electrónicos, ritmos constantes y bajos tan graves que hacían temblar todas las membranas del cuerpo.

Era como buscar una aguja en un pajar: las luces parpadeantes, los láseres y flashes no ayudaban nada, pero estaba decidido a encontrarlos entre tanta gente. Me metí en la enorme, atestada pista, rozándome con todos, dejándome llevar por la marea humana. Aquello tenía un componente orgiástico interesante; si no fuera porque tenía una misión, me habría quedado gozando de las decenas de manos que salían por todos lados y me tocaban el culo, el pecho, el paquete... Un jovencito delgado me introdujo algo pequeño en la boca, que tragué sin querer. Le grité que de qué iba, que por qué me daba una pastilla; la voz salía de mi garganta pero quedaba ahogada por el estruendo reinante. El jovencito, que me veía gesticular, me dio un beso largo y húmedo para ser engullido después por el fluido humano que se movía en oleadas.

Salí de la pista y subí al piso de arriba para intentar ver algo. Abajo los cuerpos sudorosos se acoplaban perfectamente unos a otros, perdiendo la individualidad, formando parte de una sopa de plasma, como los flóculos ardientes del sol, o los protones atrapados en un condensado de Bose-Einstein. Estuve largo rato observando ese tapiz humano, sintiendo que si me tirara encima podría flotar de espaldas, navegar de un lado a otro de la discoteca siendo transportado por miles de manos húmedas moviéndose en perfecta sincronía como los tentáculos de una medusa o las patas de un ciempiés... La pastilla estaba haciéndome efecto; no quería perder el control y me metí de inmediato en el baño para remojar la cara.

El baño estaba tan atestado como el resto del local: griterío, trapicheo de drogas y ligoteo en los urinarios. Me acerqué al lavabo y me refresqué la nuca. A través del reflejo del espejo vi a Patricio, quiero decir, a Adriano. Salía de uno de los retretes muy sonriente, acompañado por un joven musculitos, rapado al cero, bajito, con pinta de macarra. Los dos se hacían carantoñas, se besaban a lo cerdo, con mucha lengua y saliva, se toqueteaban por todos lados. Excepto yo, nadie se fijó en ellos. Salieron y yo les seguí de cerca.

Se apostaron en la barandilla, sobre la que se dominaba toda la discoteca, a besarse y decirse cosas al oído. Desde una distancia prudencial yo les observaba, mientras hacía todo tipo de cábalas.

¿De qué va Patricio, digo Adriano? ¿Por qué está con ese gilipollas? ¿No estaba tan enamorado? ¿Esto qué es? ¿Solo un polvo? Pero un chapero como él ¿por qué va a querer un polvo?; es absurdo, tiene que estar hasta la polla de follar: ¿por qué le pone los cuernos a Melquiades-Arístides? A no ser que ya no le quiera y se esté enamorando de ese otro. ¿Qué pasa, que ya se ha cansado de su novio? Claro, tan listo, tan emprendedor como es, Melquiades-Arístides, se le ha quedado pequeño. Espero que no pretenda dejarle: sería fatal para él, está tan enamorado... y si le deja, ¿qué va a pasar? Melquiades-Arístides no lo superará, se irá a la mierda nuestra asociación... ¿Qué quiere hacernos? ¿Quiere jodernos el negocio? Y ese pequeñajo con pinta de quinqui, no sabe dónde coño se está metiendo, hasta qué punto puede joderlo todo. Él es el que tiene la culpa de todo, con esa sonrisa prepotente de dientes perfectos y esos musculitos jóvenes y esa planta imperiosa con la cadera siempre echada hacia adelante y ese pelo rapado que crece con la fuerza de la pubertad y esos ojos achinados orgullosos, que no rehuyen la mirada, retadores.

El delgado que me dio la pastilla se puso a mi lado.

—Te he seguido por toda la discoteca. ¿Qué tal, te sube la pasti?

—Creo... creo que sí. —Vaya si me subía; mi cabeza no dejaba de hacer cábalas y suposiciones.

—Estás muy bueno.

Yo no le prestaba atención, ni siquiera le miraba: solo tenía ojos para la desigual

pareja (parece que lo que más le gustaba a Patricio-Adriano eran los bajitos). El delgado que me daba la brasa se percató de que solo les miraba a ellos.

—Te gustan, ¿no? El alto es chapero.

—¿Y el bajo? ¿Le conoces?

—Es un actor porno novato que hace películas muy guarras con una productora de Barcelona; dicen que se lo empiezan a rifar en el extranjero. Se llama Óscar.

Actor porno. Si era actor porno también podía ser chapero. Y si era chapero podía llamarle para ir a su casa y darle una lección por meterse en medio de una pareja feliz.

OSCAR

Una vez en casa, con las pupilas dilatadas y sensación de hormigueo en todo el cuerpo, me dispuse a rastrear la Red al completo en busca del macarrilla sonriente. Encontré varios Óscar, pero pocos se parecían al que vi en la discoteca metiéndole la lengua en la boca a Adriano-Patricio. Había uno al que creí reconocer. No estaba seguro, pero su cabeza rapada y sus ojos parecían los mismos; en la discoteca había tan poca luz...

Le llamé inmediatamente y una voz con acento peruano me saludó amable. Le dije para quedar en una hora, en su apartamento, y le pareció bien.

Vivía cerca de la estación de autobuses de Avenida de América, en una calle estrecha y larga con pisos edificadas en los sesenta, de largos balcones a la calle, muchos de los cuales estaban atestados de tiestos. Cuando llamé al timbre del portero y la puerta zumbó para dejarme pasar, me asaltó el impulso de darme la vuelta y largarme: ¿qué es lo que iba a hacer?, ¿acaso iba a amenazar al chaperero?, ¿le iba a pegar? ¡Ni de coña! Ni drogado como estaba reunía el valor suficiente para eso. No sé cómo atravesé el amplio portal de madera, con el mostrador para el portero vacío, y llegué ante los ascensores.

Subí al piso de Óscar. Él me estaba esperando en la puerta, sonriente. Me hizo pasar. El sitio era amplio, el típico piso de familia de clase media, alquilado por él y algunos compañeros más.

—Vivo con más gente pero no nos van a molestar —dijo.

Yo solo podía pensar en si era él o no era él. A veces me lo parecía, a veces no. Me di cuenta de que tenía la nariz operada. Eso sí, lucía cuerpazo depilado.

Me llevó hasta su habitación, un lugar impersonal con una cama pequeña de madera y un escritorio escolar sobre el que tenía el ordenador encendido. La luz gris de la tarde entraba a raudales por la ventana con cortinas a cuadros que él se ofreció a correr para tener más intimidad.

Cuando la luz en la habitación se amortiguó, encendió un flexo naranja, se plantó en jarras ante mí, ofreciéndome la polla enfundada en sus pantaloncitos cortos azules. Yo miraba el bulto ante mí, sin saber muy bien qué hacer. Le pregunté:

—¿Has estado esta mañana en el Evanescence?

—No, ¿por?

No era él, ahora estaba seguro. Este chico era un poco más alto, más corpulento, no tenía el pelo tan rapado, tenía más entradas y menos culo. Además, este no podía ser por una simple cuestión de ubicuidad: si hace unas horas estaba ligando con Patricio-Adriano en la discoteca, era muy improbable que estuviera disponible para un cliente solo un poco de tiempo después. Seguramente el Óscar que yo estaba buscando aún seguiría con el gigantón barbudo que se parecía a Jaime en una cama o

en una sauna o en un hotel de Madrid, a kilómetros de allí, a años luz de mi alcance.

Como un autómata, bajé los pantalones de Óscar y agarré su pene, que se estaba poniendo duro por momentos. Tenía una polla muy oscura y un capullo violáceo que sabía salado cuando me lo metí en la boca.

Chupé adelante y atrás un rato. Óscar empezó a gemir y me sujetó la cabeza con sus manos.

En ese momento oí un grito de dolor. Óscar gritaba y a mí me resultó chocante un extraño sabor metálico en la boca. Después sentí un golpe en mi cabeza y caí hacia atrás en la cama. Óscar se agarraba la polla con las dos manos.

—¡Me has mordido, hijo de puta!

Me llevé la mano a la boca y me di cuenta de que había algo húmedo y caliente dentro de ella y escapándoseme por las comisuras de los labios. Me miré los dedos: era sangre.

Y me desmayé.

MELQUIADES-ARISTIDES 2

Desperté en el hospital el lunes por la mañana. Andrés estaba a mi lado.

—El médico dice que estás bien. Has tenido un desvanecimiento.

Andrés me explicó que había estado inconsciente muchas horas. El chapero agredido llamó a una ambulancia para él, pero de paso me recogieron a mí. Como los enfermeros no me encontraron ninguna identificación (hacía ya meses que salía a la calle completamente indocumentado, a posta) llamaron al primer nombre guardado en la agenda de mi móvil, que resultó ser la A de Andrés. Y resultó una suerte que fuera Andrés quien acudiera en mi socorro, porque así nadie se había enterado del incidente. Eso sí, el chapero al que le había mordido iba a presentar una denuncia por agresiones, pero Andrés me informó de que en realidad no le hice nada irreparable: con unos pocos puntos su hombría estaría a salvo. Lo que a Andrés le preocupaba de verdad era yo.

—Se supone que estás de baja por depresión, que necesitas descanso y reposo, y te pillan en casa de un chapero, drogado de éxtasis, recién llegado de una matinal de maricas. ¡Y encima le muerdes la polla!

—No sé lo que me pasó. Ni me enteré —balbuceé—. No recuerdo nada.

—Reacciona, macho, que si sigues así no solo te pueden quitar la baja... ¡es que te dan una patada en el culo y te mandan a casa para siempre!

—Solo quería divertirme...

—No puedes divertirte, se supone que estás malito, tienes que reposar y descansar.

—Ayúdame, Andrés.

—No paro de ayudarte, pero no me lo estás poniendo nada fácil.

—¿Se han enterado? ¿Me van a quitar la baja?

—¿Es lo único que te preocupa?

—Andrés, escúchame. Nunca más voy a ir a la facultad, nunca más voy a dar clases. Eso ya está fuera de mis posibilidades.

—No digas eso.

—Es la verdad y lo he asumido. Lo que quiero ahora es seguir chupando del bote todo lo que pueda y que me paguen; cuanto más tiempo mejor.

—Dicho así, das hasta asco.

—Es lo que hay. Yo ya no soy la persona que conociste.

—¿En qué te has convertido?

—Eso me gustaría saber a mí.

Esa misma tarde me dieron el alta y me fui a ver a Melquiades-Arístides. Me vio con un aspecto tan demacrado que debí asustarle y de inmediato me metió en la cama para darme un masaje. ¡Menos mal que le tenía a él!

Yo fui al grano.

—¿Cómo lleváis lo de la infidelidad?

—¿Quiénes?

—Tu novio y tú.

—No somos infieles.

—Permíteme que lo dude.

—¿Por qué?

—Nadie está a salvo de que le pongan los cuernos.

—Nosotros no nos ponemos los cuernos. Podemos follar con quien queramos. ¿Recuerdas cuál es nuestra profesión? No me puedo mosquear cada vez que mi novio se tira a alguien.

—Ya, pero ¿y si se enamora de ese alguien?

—¿Quieres decir de un cliente? Eso es imposible.

—¿Y por qué va a ser imposible?

—¡Porque enamorarse de un cliente es lo último, por favor!

—¿Y si no es de un cliente? —pregunté un tanto ofendido.

—Adriano no se va a enamorar de nadie porque me quiere a mí, lo tengo clarísimo.

—¿Y si está jugando a dos bandas?

—¿Qué quieres decir?

—Puede que tenga otra persona a la que quiere a la vez que a ti.

Él reflexionó un rato.

—En ese caso, podría soportarlo. Puedo compartirlo mientras me quiera de verdad tanto como a la otra persona.

No sé lo que me pasó. A lo mejor fueron los tranquilizantes que me dieron en el hospital, o quizá el hecho de que llevara días sin verle, o saber que su adorado novio le ponía los cuernos, o a lo mejor fue que no había podido olvidar lo de Sevilla y quería reproducirlo: quería volver a ese momento de magia espontáneo que se dio como una lotería, por puro azar, por una combinación casual de elementos, que yo quería recrear. Por eso le dije:

—Estoy enamorado de ti, Melquiades.

—¿Qué?

—Que estoy enamorado de ti.

—No, ¿cómo me has llamado?

—Melquiades.

—¿Cómo sabes que me llamo así?

No supe qué contestar. Él dejó el masaje y se levantó de la cama. Parecía alarmado, me miró con el ceño fruncido conteniendo la respiración.

—¿Tú y yo nos conocíamos ya?

—No.

—¿Y cómo sabes mi nombre real?

—Me lo dijo un amigo de Sevilla.

—¿Quién? ¿El profesor de física?

—Sí.

—¿Sois amigos?

—Lo éramos.

—Claro, por eso me has estado preguntando tantas cosas... ¿Te pidió él que me buscaras o algo así?

—Algo así.

—Será mejor que te vayas.

—Pero ¿por qué?

—No debemos seguir viéndonos. Lo primero, me has engañado, y lo segundo, dices que estás enamorado de mí; eso es muy peligroso y además absurdo. Porque un cliente no se debe enamorar de un chapero, es como de novela barata, muy cutre, muy antiguo. Además yo tengo novio y le quiero a él.

—¡Pero él te pone los cuernos, lo sé, lo he visto!

—¿Sigues también a Adriano?

—No solo le sigo: hemos follado muchas veces. ¡Yo follé con él antes que tú, hace años! Y he seguido follando con él. ¡Lo tengo grabado! Si quieres te lo puedo enseñar.

—Vete de mi casa, por favor.

Comencé a vestirme. Melquiades-Arístides ni me miraba, estaba nervioso, en tensión, tenía miedo y se estaba preparando para repeler un posible ataque.

—Dime solo una cosa.

—Largo.

—Dime por qué te fuiste de Sevilla tan deprisa. ¿Fue... fue por culpa de mi amigo?

—Vete, por favor.

—Fue porque te estabas enamorando de él, ¿a que sí? ¡Él también lo estaba de ti, me lo ha dicho!

—No. Me fui porque me asustó.

—¿Qué te asustó?

—Sus ojos. La última tarde que estuvimos juntos vi en sus ojos la locura.

Me lo dijo muy serio, mirándome intensamente a los ojos.

SALVADOR

Llamé a Patricio-Adriano, pero evidentemente no me cogió el teléfono. Seguramente Melquiades-Arístides le había avisado de todo. Me encontré una vez más solo, ante el ordenador, pero ya no me servían las miles de fotos porno, el mercado de la carne y el músculo que la Red me podía proporcionar. Estuve pensando seriamente en la manera de volver a tener otra oportunidad con Melquiades-Arístides, la tercera ya. Estaba decidido a someterme a nuevas operaciones de estética para convertirme otra vez en irreconocible. Podía ser una tercera persona para él, alguien que no cometiera los mismos errores de sus dos predecesores. De hecho no solo estaba dispuesto a ser una tercera persona, sino también una cuarta y una quinta, las que hicieran falta, con tal de convertirme en alguien que sí fuera lo suficientemente digno para él, alguien con el que poder hacer planes de futuro y de trabajo y viajar a Mikonos a atender las exigencias sexuales de viejos maricones acaudalados con mansiones junto al mar.

El doctor que me operó la última vez se negó en redondo a hacerme una nueva intervención porque la última estaba demasiado reciente y era peligroso; mi piel, decía él, no lo resistiría. ¡Mi piel no lo resistiría! Mi piel era tan dura como la de un rinoceronte, como la de una armadura, mi piel estaba blindada, si lo sabía yo, que había recibido cientos de ataques en los últimos meses; mi piel estaba diseñada para resistir lo peor, para repeler cualquier envite de la vida, ¡mi piel era una coraza de diamante!

No sé por qué, cuando le dije esto último, lo de «coraza de diamante», llamó a la enfermera, que me acompañó amablemente a la salida. Afuera lloviznaba: el invierno había llegado.

El resto del día me dediqué a vagar por la ciudad bajo la lluvia, dejando en manos del puro azar lo que sería el siguiente paso que dar a continuación. Confiaba en torcer la esquina y encontrarme con una clínica de estética en la que entrar, ser recibido por una amable enfermera que me metiera directamente a una habitación privada y calefaccionada en la que dormir profundamente horas y horas y despertar convertido en otra persona, con otra cara, otro pasado y por supuesto otro futuro. Pero en vez de eso solo había lluvia, luces de Navidad cegadoras, gentío atestando las calles con bolsas repletas de objetos inútiles, con las que me golpeaban en las pantorrillas al pasar, y paraguas que me daban en la cabeza, clavándome las varillas mojadas en la sien.

Torcí una esquina, vi el neón verde de una sauna y me metí. Mientras pagaba en la puerta me dio por pensar que, hablando con propiedad, el cartel de la sauna era un tubo de argón, no de neón, puesto que el neón produce tonalidad rojiza, no verde. Remanentes de mi mente científica.

En el interior del local un anciano con abundante cabello blanco y una toalla anudada bajo sus pechos caídos me salió al paso en los vestuarios. Yo estaba empapado, ni siquiera me había quitado las botas.

—¿Te la chupo y te doy veinte euros? —me preguntó.

—Vale.

Así es como volví a ejercer la prostitución. De una forma poco elegante y por casualidad.

Cuando salí de la cabina que ocupaba el anciano, en la que me lamió la polla durante unos eternos veinte minutos, me topé con un mulato fornido y mal encarado, que me puso la mano sobre el pecho.

—¿Tú de qué vas? —tenía acento cubano. Ese deje me resultaba tan familiar, tan tranquilizador que me sentí como en casa.

—¿Pues? —pregunté.

—En esta sauna los viejos son clientes míos, a ver si te enteras.

—Ah, perdona, no lo sabía.

—¿Cuánto le has cobrado?

—Veinte euros.

—¡Claro! Es por gente como tú que el negocio se va a la mierda, cojones. ¡Tiráis los precios!

Me enterneció.

—Bueno, a ver... ¿cómo te llamas?

—Salvador.

—Mira, Salvador, te lo digo de verdad, yo no sabía nada pero... —le mostré el billete que me acababa de dar el viejo— no te mosquees, yo te doy estos veinte euros y otros cincuenta si te metes conmigo en una cabina y me follas, ¿vale?

Cogió el billete con un movimiento rápido.

—Hecho. Vete a la taquilla a por el resto, te espero en la cabina treinta.

Fui hacia las taquillas del vestuario, busqué en mis pantalones y saqué un billete de cincuenta. Cuando me volví a meter por los pasillos de la sauna tuve una especie de visión: el pasillo se extendía ante mí, un largo corredor...

... con puertas a los lados y sobre cada puerta un piloto carmesí, algunos encendidos, otros apagados...

Al pasar junto a una de las puertas abiertas vi a dos, uno se la mamaba al otro...

... y dentro de una de las cabinas al tal Igor, arrodillado ante un gordo canoso desnudo. Igor también es delgado y tiene manchas por el cuerpo; aparta la prominente barriga del hombre, encuentra una polla flácida y blanquecina, la succiona sin entusiasmo y, cuando oye la voz del telefonista, levanta la cabeza un segundo para contestar; tanta saliva y líquido preseminal en la boca le impiden vocalizar. El gordo le agarra de la nuca y le obliga a seguir chupando. Con voz

ronca le dice: «Putita putita, qué labios tan suaves tienes...».

Eso ya lo había vivido, o quizá no, lo había soñado, puede que lo hubiera imaginado o pensado o supuesto... pero eso lo conocía. Recordé que en física cuántica el tiempo y el espacio están inextricablemente unidos: el tiempo solo es una dimensión más del espacio, una cualidad del universo que puede verse alterada por otras fuerzas como la gravedad; recordé que el viaje en el tiempo es teóricamente posible. Se me habían escapado los fundamentos matemáticos, pero la teoría aún la recordaba. Según alguien, en el tejido del espacio-tiempo podían existir agujeros que rompieran el continuo, consiguiendo que objetos muy lejanos estuvieran cerca en el espacio y acontecimientos pasados sucedieran de nuevo en el futuro. ¿Estaba pasándome eso? ¿Estaba viendo el futuro? ¿O estaba experimentando en el presente algo que ya había vivido en el pasado? ¿Por eso tenía cada vez más a menudo la sensación de estar inmerso en un bucle temporal?

Me quedé inmóvil, paralizado, ante esa pareja que con la puerta abierta de la cabina practicaban sexo oral, y al mirarles mejor me pareció que no les conocía de nada, que nunca les había visto antes. Eso me tranquilizó. Miré al fondo del pasillo: Salvador desde el umbral de su cubículo, con claros gestos de hartura, me hacía señas para que me acercara.

Me metí con él en la cabina, le di los cincuenta euros, y empujó mi cabeza hacia abajo para que le comiera la polla; se la succioné, se la puse dura, se enfundó un condón y me la metió sin miramientos. Cabalgó encima de mí un rato, con poca pericia y mucho desinterés. Yo fingí que me corría.

—¡Ah, ah, ah, me corro! —dije.

Todo eso no duró más de cinco minutos. Sacó la polla, se quitó el condón y encima tuvo el valor de preguntar todo orgulloso:

—¿Qué tal? ¿Te gustó?

—Buf, sí, una pasada.

—Pues ya sabes dónde estoy para la próxima.

—Sí, sí, claro.

Antes de salir de la cabina se me ocurrió algo y le pregunté a Salvador:

—Oye, ¿te importa si compartimos curro?

—¿Cómo?

—Bueno, sé que este es tu terreno y no me quiero inmiscuir, pero... en fin, siempre que tú estés ocupado, yo podría hacer los clientes que tú no quieres o no puedes. Si tú quisieras yo podría trabajar para ti. Te puedo dar el veinte por ciento de lo que gane.

—El cincuenta.

—De acuerdo, te doy la mitad.

—¿Y yo te tengo que follar a ti después?

—No es necesario. Solo quiero venir aquí por las tardes, hacerme los clientes que tú no quieras y te doy la mitad de lo que gano.

—¿Hay truco?

—Ninguno, pero si no quieres me voy.

—Sí, sí, hecho. ¿Cómo te llamas?

—Todos me llaman Jueves.

MEDUSSA

Durante todo el mes de enero y parte de febrero estuve yendo a la sauna a tener sexo con viejos en las cabinas. No era lo mismo que había soñado hacer con Melquiades-Arístides: no era Mikonos, sino una sucia sauna de Madrid; los viejos no eran millonarios, sino pensionistas cansados de su supuesta heterosexualidad; Salvador no era mi adorado cubano, sino un desgarrado y displicente joven con cero sensibilidad, pero yo lo hacía como quien cumple con la labor de su vida, con plena dedicación. Nos teníamos que esconder de los dueños del local porque nuestro servicio no estaba permitido, pero eso lo hacía todo aún más interesante. Además, el dueño de la sauna hacía la vista gorda, hasta cierto punto, y nos permitía ejercer nuestra labor bajo cuerda porque en el fondo todos los viejos a los que atraíamos con nuestras prestaciones pagaban religiosamente su entrada, de modo que al final todos salíamos ganando.

Había días que Salvador se sentía en la obligación de «agradecerme» los servicios y se empeñaba en follarme con su torpe y apresurada técnica. Yo me dejaba, por no hacerle un feo, pero me interesaba más bien poco el chaval.

A todo esto, y por si os lo estáis preguntando, no había olvidado aún mi intención de hacerme una nueva operación de estética para aparecer diferente ante Melquiades-Arístides: simplemente estaba dejando pasar un tiempo suficiente para que mi piel pudiera estar de nuevo en condiciones óptimas para la intervención y el cirujano cocainómano que me hizo la anterior aceptara.

Todas las noches, a eso de las dos, salíamos de la sauna y nos íbamos a cenar unos bocadillos a un veinticuatro horas. Allí yo sacaba el dinero y hacía las reparticiones, la mitad para él, la otra mitad para mí, religiosamente. En sucesivas cenas Salvador se empezó a abrir más a mí: me contó que llevaba tiempo en España, que no tenía papeles y que esa era una forma fácil y rápida de sacar dinero, que al principio tenía ilusiones por trabajar en una consulta —era dentista—, pero ya se había acostumbrado a esa vida y ni tan mal; vivía con una transexual muy simpática, brasileña, que también se dedicaba a la prostitución, ella en la Castellana. Los dos fueron amantes en el pasado, hasta que a ella le dio por hormonarse y ponerse tetas, pero seguían viviendo juntos porque se querían y se llevaban bien, a pesar de que a veces tenían unas discusiones que temblaban los cimientos, pero ya sabes cómo es el carácter latino, ja, ja, ja.

Una noche cuando entré por la puerta de mi buhardilla, vi a lo lejos, en la penumbra del salón, el piloto parpadeante del contestador automático. Desde que los móviles acapararan todas las comunicaciones telefónicas, apenas nadie dejaba mensajes en los contestadores de casa; por eso esa luz roja parpadeante se me antojó amenazadora.

Me acerqué y pulsé el botón, sonó el bip y luego la voz de Andrés:

—En fin, no sé cómo decirte esto... Me acabo de enterar de que te han puesto un detective... Te han visto ir a saunas gays a diario y acompañado de chaperos. — Ahora pareció perder la paciencia y levantó la voz—. ¡Te dije que no podías hacer eso estando de baja, maricón! —Y más tranquilo de nuevo, tras suspirar—: Te van a mandar la carta de despido. Mañana te llamarán, yo me he enterado por casualidad, solo quería advertirte. Lo siento mucho.

Me senté en el suelo en medio de la oscuridad. Saqué el dinero que tenía en el bolsillo: cuarenta euros. Es lo que había ganado en una tarde de chapas.

Las pruebas que reunió el detective contratado por la facultad eran irrefutables: había decenas de fotos en las que se me veía entrando en la sauna, saliendo con Salvador, cenando con él en el *drugstore*, riendo, charlando... Mirando las fotos, me dio la sensación de que éramos una pareja de verdad. Visto desde fuera, mi existencia se parecía mucho a la que deseé vivir con Melquiades-Arístides; yo sabía que en realidad era un sucedáneo, pero para un testigo no informado se diría que mi relación de pareja funcionaba a las mil maravillas. Me sentí orgulloso de que el malencarado rector que me enseñaba las fotos con expresión grave y seria pensara que esa era mi vida.

La realidad es que quedaba demostrado que no me comportaba como si estuviera teniendo una depresión, que es por lo que había cogido la baja, y por lo tanto me despidieron; sin indemnización, porque era un despido procedente y por motivos disciplinarios. Cuando recibí la carta de despido ni siquiera me planteé la impugnación: ellos tenían la razón y además yo no iba a volver a la facultad; ni quería ni podía.

En aquellos días recibí una llamada telefónica de mi abogado indicándome que, si no quería ir a juicio por haberle mordido la polla a aquel chapero, Óscar, debía llegar a un acuerdo económico con él de inmediato porque había desatendido demasiado tiempo ese asunto y todo el mundo se estaba impacientando. Así que decidí pagarle el dinero que me pidió y olvidarme de todo.

Miré mi cartilla de ahorros: no tenía mucho dinero. No había parado de gastar y para colmo la indemnización terminó por dejarme en números rojos. Tenía gracia, pero ahora lo de hacer chapas no era una excentricidad de señorito aburrido, ni una aventura misteriosa, ni siquiera la forma más aproximada que tenía de imitar mi vida soñada con Melquiades-Arístides, no: de la noche a la mañana hacer chapas se había convertido en mi único modo de subsistencia.

Andrés estuvo llamándome insistentemente durante aquellos días. Me dejó mil recados de disculpa en el contestador de casa, en el del móvil, me mandaba mails, incluso cartas de papel; se sentía culpable por haberme dejado el mensaje en el aparato contestador aquella noche, sentía que me había dejado en la estacada. Me

confesaba que no se atrevió a decírmelo en persona, por eso me llamó al fijo a una hora en que sabía que no estaría. Me decía que contara con él para lo que fuera, que me podía dejar dinero, escribirme cartas de recomendación para buscar otro trabajo, que estaba dispuesto a ayudarme en todo. Yo en secreto le agradecía esos desvelos, le comprendía, incluso le perdonaba, pero la verdad es que hacía tiempo que ya no me interesaba: me había desvinculado de él completamente porque lo veía como alguien lejano y desconocido, perteneciente a otra existencia de un diferente plano temporal.

Todos mis problemas económicos no se los comuniqué a Salvador. Para qué: no sabía apenas nada de mí, ni se interesaba demasiado por mi vida, de modo que yo seguí con mi rutina como si nada, acudiendo todas las tardes a la sauna, haciendo mis chapas con señores mayores y manteniendo esa extraña relación con Salvador en la que saber que era útil para él me bastaba.

Una noche de martes salimos muy pronto porque no había ningún movimiento y, en vez de irnos a cenar un bocadillo, Salvador me dijo:

—Ven a casa y te presento a Medussa. Ella nos preparará algo rico para cenar.

Vivían en el piso catorce de un bloque del extrarradio, empapelado con sucios estampados de los setenta y con muebles baratos, repintados, baldas de mimbre, lámparas de araña, plateadas y añejas. Cuando entramos, olía a arroz y vegetales, y la radio estaba puesta a buen volumen con canción romántica. A través del gran ventanal del salón veía las luces del barrio, hileras de puntos naranjas a lo lejos, titilantes, que me proporcionaban confort, calor y seguridad; me hubiera quedado a vivir allí.

Medussa salió de la cocina. Era una jamelga altísima, de hombros anchos y culo estrecho, con facciones de muñeca, naricilla, pómulos enormes, labios gordos, toda muy operada, sombra azul en los ojos, mucho rímel y labios rosa brillante. Me di cuenta de que debajo del delantal estaba casi desnuda: apenas le tapaba sus dos enormes pechos redondos como globos. Un bulto prominente se notaba en su entrepierna. Me plantó dos besos; olía a perfume dulzón. Me pregunté si se perfumaría para cocinar, y llegué a la conclusión de que seguramente se perfumaba para todo.

—Hola, cariño, al fin te conozco —me dijo mientras me miraba franca a los ojos—. Este no para de hablar de ti.

—Encantado, Medussa —le dije. Y por ser amable—: ¿Por qué ese nombre?

—Porque con esta pinta que tengo Adolfo no es el que mejor me va, y Medussa suena bien. Con dos eses, Medussa con dos eses.

—Pensé que era por el personaje mitológico —apunté, dándomelas de listo.

—¿El qué?

—Las medusas eran unos seres legendarios de la antigua Grecia que podían volver de piedra a alguien con solo mirarle.

—Me encanta.

—Su pelo estaba hecho de serpientes.

—¡Me encanta! —Le pegó una palmada en el hombro a su amigo Salvador, que la miraba sonriente—. ¿Has visto qué ojo tengo para los nombres? Pon la mesa.

Cenamos un exquisito arroz con pollo y verduras, bebimos vino blanco y de postre turrón blando, algo seco, que había sobrado de las Navidades. Durante la velada solo hablaban Medussa y Salvador en voz muy alta, contradiciéndose constantemente, contándome atropellados todo tipo de anécdotas de su pasado en común, chascarrillos del barrio y chistes malos sobre travestis putas pollonas. Me gustaba escucharles: me imaginé que éramos una familia o tres peculiares estudiantes compartiendo piso, disfrutando de una recién descubierta y excitante independencia.

Tras la cena, mientras Salvador recogía y fregaba, Medussa me contó que procedía de una familia bien de Río, donde comenzó a prostituirse a los quince años porque descubrió muy pronto que su sexo, su físico, tenía el poder de dominar a muchos de los hombres que conocía. Cuando llegó a España conoció a Salvador y de inmediato se llevaron bien, pero ella había decidido hormonarse y aquí conoció muchas otras transexuales que le ayudaron en todo el proceso. Cuando se hizo mujer, a pesar de conservar intacta su enorme polla, perdió el atractivo sexual para Salvador, pero sin embargo no dejaron de quererse ni de vivir juntos ni de considerarse familia el uno para el otro.

—¡Maricón, deja de fregar, ya lo harás luego, ven con nosotros ahora, que estamos charlando! —gritaba ella con su voz ronca y su tonillo cantarín, proyectando hacia la cocina.

—¡Ahora voy, coño, puta pesada de los huevos! —decía él perdiendo su acento cubano.

Y se espoleaban el uno al otro con una andanada de insultos e improperios, a cual peor que el anterior, haciendo que a mí me invadiera un sosiego absoluto, como si ese griterío tuviera un efecto sedante, como si ese pequeño salón de rascacielos de barrio fuera el pequeño salón de barrio de mi infancia y esos dos chillones, mis padres, discutiendo sobre cualquier tontería, mientras yo les oía desde mi dormitorio tapado con la manta hasta las orejas, rezando por que no se separasen, rezando por que todo siguiera igual que hasta ese momento, rezando por que mi infancia no acabara nunca, sin siquiera sospechar que pocos meses más tarde todo pegaría un vuelco: morirían en un accidente de circulación y yo me iría a vivir con mi insulsa tía, que jamás me ofreció la más mínima prueba de cariño.

Como si hubiera oído mis pensamientos, Medussa dejó de chillarle a Salvador para preguntarme por mi infancia. Yo iba a salir por peteneras, no tenía ninguna intención de contarle nada real, pero en ese momento, quitándose el delantal y los guantes mojados, Salvador llegó de la cocina para continuar con la alegre discusión y

para proponernos:

—¿Jugamos al Trivial?

Salvador era un apasionado de los juegos de mesa; los tenía todos: el Cluedo, el Trivial Pursuit en todas sus variantes, el Monopoly, el Petrópolis, el Party, el Tabú, el Risk... Hacía tanto tiempo que no pensaba en el concepto «juego de mesa» ni tenía uno delante que no pude resistirme y me entusiasmé como un bobo. Estuvimos jugando un ratito a cada uno y me acordé de otra anécdota de mi infancia. Tres amiguitos míos vinieron a mi casa a jugar al Cluedo, que me acababan de regalar para reyes, y uno de los niños, Tomasín, al ver el funcionamiento del juego y que se trataba de resolver un crimen, se puso a llorar desconsolado porque todo aquello le aterrorizaba. Los otros tres nos reímos cruelmente del pobre crío, y mi madre nos cascó de lo lindo. Advertí en Tomasín una mirada de satisfacción mientras recibíamos los azotes de la zapatilla de mi madre.

A eso de las dos de la madrugada, después de habernos bebido una botella de ron miel entre los tres y de haber perdido hoteles, la vergüenza y hasta países imaginarios enteros, llegó el momento de irse a la cama. Al principio pensé que eran imaginaciones mías, pero notaba que Salvador esa noche me miraba especial. Luego, cuando nos acostamos los dos en la estrecha cama de su cuarto y empezó a meterme mano y a besarme con una dulzura fuera de lo común, me di cuenta de que sí, de que algo pasaba.

Yo me dejaba hacer mientras él me lamía el cuerpo entero, mientras me daba la vuelta y me metía su polla y me preguntaba entre jadeos si me gustaba. Me dejaba hacer, pero estaba más atento y alerta a sus reacciones, a sus gestos y arrumacos que al acto sexual en sí, en el que no participé en absoluto.

Cuando se corrió y se encendió su cigarrito, a la luz intermitente de la brasa, me dijo que estaba muy contento de haberme conocido. Que poco a poco estaba sintiendo algo por mí, algo muy bonito, que había esperado mucho tiempo para decirle esto a alguien pero que yo era la persona adecuada, que estaba feliz de que trabajáramos juntos y de que si yo quería me podía ir a vivir con él a esa casa.

—Medussa está también encantada, le has caído muy bien. Era muy importante para mí que ella te conociera.

Yo me quedé de piedra y no supe qué decir. Busqué en mi cerebro una respuesta amable pero se habían borrado las palabras: no encontraba más que negrura y la sensación casi táctil de que todo se había ido a la mierda, de que ya no quería volver a ver a Salvador; de hecho, no podía volverle a ver. La calidez y el confort que había sentido esa noche en aquella casa de extrarradio se alejaban de mí para siempre, porque ese imbécil cubano romántico e idiota, que no era capaz de mantener la boca cerrada, lo había estropeado todo declarándome su amor, pretendiendo elevarme a su altura o bien descendiendo él a mi nivel, cuando yo solo quería ser una escoba en sus

manos, de vez en cuando un agujero, y en todo caso nadie que le importase demasiado para no tener que implicarme yo, para poder seguir viviendo ajeno, porque el amor y el afecto convencionales habían perdido su sentido para mí, me provocaban desconfianza y asco.

Como no decía nada, Salvador se impacientó:

—¿No contestas? ¿No quieres venirte a vivir con nosotros?

—Sí, claro que quiero.

—Pues mañana lo organizamos todo, si te parece.

Se dio la vuelta y se puso a roncar al rato.

Yo no pegué ojo en toda la noche. No quería ni rozarle. Él, con un puñado de palabras, se había cargado mi rutina: ya no volvería a prostituirme para él, ni habría complicidad en los pasillos de la sauna, ni reparto de dinero, ni conversaciones de madrugada comiendo el bocadillo a la luz del fluorescente del veinticuatro horas rodeados de borrachos. No quería volver a verle jamás.

Cuando empezaba a clarear me levanté despacio de la cama, procurando no despertarle, me vestí y salí del dormitorio.

Una enorme sombra sentada en la cocina me sobresaltó. Era Medussa, que me miraba despeinada, con los cabellos rizados enmarañados, casi vivos, como serpientes enroscadas.

—No le hagas daño, mi amor —me dijo, y me acerqué a ella—. No le hagas daño —repitió—, es muy débil, aunque no lo parezca.

—Yo... no puedo quedarme, Medussa.

—Ya lo sabía. Lo he sabido nada más verte.

—Lo siento.

—No te preocupes, mi amor. Él tendrá que seguir buscando. Y tú también.

Me acarició la cara y yo, sin poder evitarlo, asociando como siempre la ternura con el sexo, le lancé mano a la entrepierna. Me esperaba un sopapo, pero no se produjo.

—¿Qué pasa? ¿Tienes curiosidad? —me preguntó con naturalidad.

Asentí, y ella se sacó la polla del ancho pantalón del pijama a rayas. Era un cipote enorme, gigantesco, circuncidado, con un capullo liso y seco; se lo estuve tentando con una mano, se empezó a poner duro y lo retiró de inmediato.

—Con esta joya entre las piernas no me extraña que no te hayas operado —le dije.

—Dices bien al llamarlo joya, porque es lo que me proporciona todo el dinero que gano, que es bastante.

—¿Conoces a algún cirujano barato?

—Conozco a la travesti que me puso los labios y los pómulos. Barata es, pero cirujana desde luego que no.

—¿Me darías su teléfono o dirección?

Apuntó unas señas en un pedazo de papel.

—Gracias —dije al recoger el papel.

Ella aprovechó y me agarró de la mano.

—Hay momentos en la vida en que parece que no puedes volver atrás, pero sí se puede. Siempre se puede. Si quieres volver estamos aquí. Salvador no es rencoroso y yo... yo hago todo lo que él quiera.

Abrí la puerta de la calle y miré hacia atrás: ella seguía allí, una sombra negra, corpulenta, sentada en una banqueta de aquella minúscula cocina, ocupando casi toda la estancia con su presencia y sus pelos en remolino.

BERTA

Mientras aguardaba en el angosto saloncito que servía de sala de espera en el quirófano clandestino al que me llevó la dirección apuntada a lápiz en el trozo de papel, estuve pensando en la cantidad de vividos recuerdos de mi infancia que me provocaron Medussa y Salvador. Quizá fue la casa, o el olor, o el barrio, o una mezcla de todo, pero lo cierto es que me parecía insólito que volvieran a mí tantas evocaciones precisamente en ese momento, cuando más decidido estaba a dejar de ser quien era y por ende quien había sido. Alguien me dijo una vez que cuando uno tiene cerca la muerte es cuando más presente está el pasado, y me pregunté si era señal de que se acercaba mi hora; la posibilidad de morir no me provocó ni frío ni calor, y eso me tranquilizó. Y pensaba en la muerte porque estaba seguro de que había muchas posibilidades de sufrir una infección generalizada en aquel quirófano secreto regentado por una travesti que mi imaginación veía gorda y con mucha base de maquillaje en tonos ocres oscuros y sombra de ojos verde.

Pero cuando se abrió la puerta y me permitió pasar, me sorprendió encontrar a una mujer alta y delgada, rubia de raíces negras, maquillada con discreción y un tono de voz suave y tranquilizador.

—Me llamo Berta.

Los preparativos de la intervención fueron informales, como un encuentro casual entre amigos, como una cena despreocupada, solo que en vez de siéntate aquí era tumbate aquí, y en vez de toma un poco de vino era te voy a poner la anestesia.

Poco a poco me fui tranquilizando, y no solo por el efecto de la sedación. Aquello no era un sótano infecto con instrumental roñoso, sino una salita bien iluminada y en apariencia limpia, con olor a alcohol. Una enfermera bajita y regordeta (o una travesti disfrazada de) ayudaba a Berta en todo. Aparentemente la travesti sabía lo que hacía, aunque por mucho que busqué con la mirada no encontré un solo diploma enmarcado colgando en la pared.

Poco a poco me sumergí en la negrura del sueño del cloroformo. Creo recordar que vi imágenes inconexas: una marioneta, una estación de tren llamada «Casas» junto a unas vías que creí que eran del AVE pero en realidad se parecían a los raíles de una montaña rusa, una masa negra como pez gelatinosa que se deslizaba sumidero abajo...

Desperté lleno de vendajes, con la suave voz de la travesti diciéndome que en media hora estaría lo suficientemente despejado como para irme a casa.

—¿Ha venido con alguien?

—No —contesté.

Ya en casa, al mirarme al espejo comprobé que mi cara hinchada se parecía bajo los vendajes a la de una travesti, con esos labios hinchados y los pómulos

prominentes y la nariz fina y casi inexistente. Tenía cierto aire a Medusa y a la propia doctora que me atendió y comprendí que ese tipo de rostro es lo que ella estaba acostumbrada a hacer, era su especialidad. Me resultó simpático que ese patrón de cara, tan de cómic, fuera el canon de belleza del mundo travesti. Supuse que cuando bajara la hinchazón mi rostro se normalizaría un poco, pero no me preocupó mucho tener cierto aspecto de muñeca pepona: al fin y al cabo no parecía yo, y eso era lo que quería.

Los días siguientes los pasé encerrado en mi casa, esperando a que bajara la hinchazón y se mitigaran los moratones para poder dar el siguiente paso en mi búsqueda de Melquiades-Arístides. Durante ese tiempo recibí multitud de llamadas que no contesté: un par de Andrés, que seguía queriendo verme, el pobre; otras cuantas del banco, donde requerían que pagase el descubierto de mi libreta de ahorros. Alguna más del casero, que me instaba a pagarle la mensualidad que le debía, y unas cuantas de telemarketing, vendiéndome chorradas como botellas de vino e incluso almohadas con tecnología de la NASA.

Tomé la decisión de mudarme, pero no porque ya no tuviera dinero para seguir pagando mi cara buhardilla en el Madrid de los Austrias, que sería lo lógico, sino para continuar con el proceso de fuga de mí mismo y para librarme de ese puto teléfono que no paraba de sonar y de todas las personas que me buscaban para pedirme algo.

Busqué una habitación en una humilde pensión del centro regentada por una señora con cáncer, o al menos con peluca, y trasladé alguna ropa y enseres personales allí. Elegí ese hostel en particular porque tenía las paredes muy blancas, estaban recién pintadas, y porque solo costaba seis euros al día, con derecho a cocina. Seis euros era la cuarta parte de lo que cobraba en la sauna por una chapa, así que podía pagarlo con facilidad. La habitación era minúscula, sin ventanas, con una cama estrecha y una televisión pequeña, pero era suficiente.

Volví a casa a por más cosas que trasladar a mi nueva ubicación y caí en la cuenta de todo el caro mobiliario que dejaba: el enorme sofá burdeos con *chaise-longe*; el sillón tapizado a cuadros de orejeras donde me solía sentar a leer (hacía siglos de eso) y en el que me quedaba la mayor parte de las veces dormido, los cuadros, algunos pintados por artistas amigos, las mesitas, los libros de la estantería, una foto enmarcada de mis padres en la boda, las lámparas de mesa, las de pie... Todas esas cosas no podía llevármelas. Tampoco la tecnología que en esos años había acumulado en casa: los dos televisores de plasma, las dos cámaras de vídeo, el ordenador de mesa, la impresora, el equipo de música, el DVD, los discos y vídeos, la consola de videojuegos... Era imposible, no me lo podía quedar. Pero la idea de dejarlo en casa para que lo disfrutara el dueño me llenaba de rabia: eran cosas caras y estaban en buen estado, no me daba la gana. Se me ocurrió que podría venderlas, así sanearía un

poco mi economía, pero solo pensar en que debía clasificar los anuncios, sacar una foto de cada objeto a la venta, redactarlos, colgarlos en la Red o mandarlos al periódico y esperar a que me contestaran... todo eso me daba una pereza insuperable.

Así que abrí la ventana; eran las dos de la madrugada y no había nadie en la calle. Hasta que oí aproximarse la sirena de la policía que avisaron los vecinos, alarmados por el escándalo de los televisores y los sillones y los DVD destrozándose contra el asfalto, me dio tiempo de deshacerme de lo más gordo. El resto de cosas que quedaron en el apartamento pensé en quemarlas, pero me dio miedo que el fuego se extendiera por el edificio, y lo que hice fue mearlas y defecar sobre algunas de ellas, dándome así por satisfecho, como un perro que hubiera marcado su territorio.

Eso sí, rescaté las cinco cintas de vídeo digital donde había grabado mis encuentros con Melquiades-Arístides y Patricio-Adriano y me fui escopeteado de allí, justo en el momento en que las luces azules de un coche patrulla se reflejaban en los adoquines de la esquina de mi calle.

ANDRÉS

Aprendí a vivir con lo justo, a comprar en sitios baratos, a aprovechar al máximo cualquier cosa; supe lo que eran los cupones descuento y los menús populares, el metro y los autobuses y los mercadillos, pero lo que no estaba dispuesto a perdonar era mis horas de pesas. Por muy poco dinero que tuviera, siempre guardaba algo para la mensualidad del gimnasio; si cuando era mi mente la que me daba de comer procuraba cuidarla no bebiendo ni drogándome más de la cuenta y estudiando unas horitas al día, ahora que era mi cuerpo lo que me proporcionaba el sustento, tenía que mimarlo y velar por mantenerlo lo más en forma posible: no podía consentir que se me pusiera fofo y blandengue.

Así, una tarde lluviosa vi entrar a Andrés en las instalaciones de mi gimnasio. Yo estaba corriendo sobre la cinta y apareció a lo lejos, en el mostrador de recepción, hablando con la chica de la entrada. Ella miró un segundo el ordenador y asintió con la cabeza. Andrés le sonrió y se aproximó a los tornos de acceso. Desde allí oteó la enorme sala donde, entre plantas de plástico y televisores de plasma mudos colgados de la pared, varios muchachos y un par de muchachas se afanaban en levantar pesos y en estirar sus extremidades.

Yo pensé que me encontraría enseguida, pero no se fijó en mí, lo cual no era de extrañar: mi cara era una caricatura de la que fue y mi cuerpo había ganado al menos diez kilos de músculo desde que no nos veíamos.

No le quité ojo. Le pidió a la chica que le dejara entrar y ella, con sonrisa falsa, pulsó un botón, permitiéndole el paso a través de uno de los tornos. Andrés comenzó a caminar entre las máquinas y, como si fuera un cowboy forastero recién llegado a la ciudad para cumplir la misión de cargarse al sheriff, fijaba bien la vista en cada uno de los gimnastas, despertando la curiosidad de algunos de ellos, que le devolvían la mirada muy fijamente, como retándole.

Andrés pasó a mi lado y me echó una ojeada atenta, precisa, escrutadora. Yo no dejé tampoco de mirarle, pero quizá no me reconoció porque siguió su camino, y poco después se fue, poniéndose su capucha bajo la lluvia. Esa fue la última vez que le vi en mi vida.

Estuve pensando largo rato en la mirada que me lanzó: no sabría decir si me reconoció o no. Puede que sí, pero quizá al verme tan cambiado dudó y, ante el posible ridículo de equivocarse, prefiriera irse. También puede ser que supiera a ciencia cierta que yo era yo pero no le gustara lo que vio en mi expresión, puede que adivinara que ya no teníamos nada que ver, que nuestra amistad era irrecuperable, y tomó la decisión más cómoda para los dos, evitándonos vergüenzas y palabras vanas.

Esa tarde en mi angosta habitación del hostel fabulé con una posible conversación entre nosotros si él hubiera tenido el valor de hablarme y yo el interés de hablarle a

él.

—*Qué cambiado estás —me habría dicho Andrés.*

—*Sí —respondería yo.*

—*¿No echas de menos la facultad, tu trabajo, la ciencia?*

—*No mucho. Ahora que he olvidado todo lo que tiene que ver con la física me siento bastante liberado, la verdad.*

—*¿Liberado? —me preguntaría él sin comprender.*

—*Sí. Es horrible intentar explicar la realidad a base de fórmulas y ser consciente de que la aparente belleza de las cosas, las circunstancias de la vida, un cruce casual de dos personas, un beso, el amor entre ellas, obedece a una miríada de fuerzas y partículas que nos empeñamos en diseccionar y cuantificar para, al final, llegar a la conclusión de que detrás de la realidad no hay ningún sentido, ni ningún plan establecido, ni ningún dios, que todo se puede explicar como una función de onda, como una fluctuación cuántica del vacío. Saber que la materia es espacio vacío no me tranquiliza en absoluto, ¿a ti?*

—*A mí me parece muy bello.*

—*Pues a mí me parece cruel. Pero haber olvidado todo eso me proporciona una segunda oportunidad, me permite lanzarme a la vida como un perro, como un ser que solo piensa en el presente, que no se permite perder el tiempo porque no hay tiempo, sino solo un prolongado ahora en el que hay que tener todos los sentidos alerta para satisfacer las necesidades más primarias y carnales.*

—*Follar, comer y cagar.*

—*Básicamente.*

—*Tengo que decirte algo.*

—*Dime.*

—*Yo te denuncié... Insistí para que te pusieran un detective.*

—*Me da igual.*

—*He estado buscándote todo este tiempo para decírtelo, quería que me perdonaras.*

—*Está bien.*

—*Me sentó tan mal lo que dijiste... que lo único que querías era chupar del bote... ¡Me pareció algo horrible! Odio los parásitos, ya lo sabes, y tú, mi mejor amigo, te habías convertido en uno... Así que te denuncié al decano.*

—*No tiene importancia. Fue el paso definitivo para cambiar del todo, me vino bien.*

—*No puedo creer que seas feliz.*

—*Y no lo soy. Soy tremendamente infeliz, igual que antes, pero ahora al menos no pienso en ello.*

Esta era la conversación imaginada que mantuve con mi querido amigo Andrés. Y

tras ella me quedé tranquilo y me dormí.

UNA SOMBRA

Cuando mis heridas faciales estuvieron curadas del todo, me dediqué a vigilar el apartamento de Melquiades-Arístides. Todas las tardes a la misma hora me sentaba en un banco cercano con un bocadillo y una lata de cerveza y no apartaba el ojo de la puerta ni de la ventana. Me dio por recordar que hace tiempo, cuando vivía en Sevilla, solía coger el AVE los fines de semana para observar durante horas la casa de Jaime. De nuevo me sentí inmerso en un extraño bucle temporal.

A medida que fue llegando el buen tiempo mis tardes de vigilancia se volvieron más agradables y se convirtieron en mi rutina vespertina. Había gente que empezaba a saludarme: dos ancianos con cachaba, una mujer que iba a la compra... La mujer incluso me daba algo de fruta de vez en cuando; alguien me lanzó unas monedas una vez. Que la gente me considerara un mendigo no me provocaba ningún sentimiento especial.

Tras unas cuantas semanas de vigilancia tuve que darme por vencido: Melquiades se había mudado, no vivía ya allí. De modo que debía empezar mi búsqueda por otro lugar. El único sitio que sabía que podía frecuentar era la discoteca aquella en la que conoció a su novio, así que empecé a frecuentar el local los domingos por la mañana.

Nunca les veía, pero yo continuaba acudiendo puntualmente. Me tomaba una copa, dejaba que alguno me invitara a otras más y casi siempre salía acompañado por un chaval o señor de mediana edad cachondo dispuesto a pagarme unos euros por echar un polvo. Algunas veces, las menos, también me lo montaba en los baños del local. No solía drogarme, al menos no tanto como lo estaban los demás, porque poco a poco comencé a considerar aquello un lugar de trabajo y quería mantener mis sentidos alerta. De hecho me propusieron bailar de gogó una noche y en otra ocasión sustituí a uno de los camareros de la barra, cosa que hice con gusto porque era un cambio interesante y me pagaban. Las dos veces que estuve de gogó también ligué bastante, así que me saqué un par de clientes, uno de los cuales con el tiempo se convirtió en casi hijo.

Me solía encontrar con muchos chaperos del gimnasio y con algunos que en el pasado me follaron cuando era cliente, aunque por supuesto no me reconocieron; en varias ocasiones traté de indagar acerca de Melquiades-Arístides, por ver si ellos sabían dónde podía estar, pero nunca me dieron una pista fiable, me contestaban con evasivas. Realmente a ninguno les interesaba un pito dónde estuvieran sus compañeros chaperos, cada uno tenía bastante con preocuparse por sí, y yo no quería insistir por no parecer demasiado inquisitivo. Roberto, el chaval que me regaló un trozo de pastilla la primera vez que fui a aquella discoteca hacía muchos meses, no paraba de echarme los tejos, pero yo no quería tener nada con él y le daba conversación de vez en cuando, por simple cortesía, para después irme a morrear con

alguno en la otra punta de la discoteca. Sentía cierto placer secreto cuando notaba que Roberto me seguía con la mirada, contemplando durante largo tiempo cómo le metía la lengua en la boca a otro.

Cierto es que nunca tuve una amistad duradera ni intensa con nadie. Tampoco con los clientes, a cuyas llamadas tras verlos cinco veces como máximo dejaba de responder. Esto era porque no quería enganches innecesarios y porque realmente acababan aburriéndome bastante.

Así fueron pasando los meses, todos más o menos iguales, hasta que una noche de domingo que regresaba de la casa de uno de mis ligues sucedió algo impactante para mí. No había dormido nada en cuarenta y ocho horas y me encontraba terriblemente cansado. Iba contando el dinero conseguido y planificando mentalmente mis necesidades del mes, cuando me topé de bruces con una pareja que salía de un bar. Ella hablaba en voz muy alta por el móvil, parecía entusiasmada, lucía un avanzado embarazo. Él la miraba sonriendo mientras cerraba la puerta del bar de tapas del que acababan de salir.

Él era Jaime.

Las rodillas no me sostuvieron y acabé clavándolas en el duro asfalto, justo delante de él. Jaime, al ver a un hombretón con cara de muñeco arrodillarse ante él, pensó que se trataba de un atraco o de un loco o de algo peligroso y tuvo el instinto de proteger con su cuerpo a su chica embarazada colocándola tras de sí. Yo le miraba desde abajo, en una posición en la que hace años estuve infinidad de veces, cuando le chupaba la polla. Estaba tal cual lo recordaba, quizá un poco más gordito, no mucho, con una barriguilla que lo hacía aún más deseable. Me hubiera gustado decirle algo, pero de mi boca no podía escapar ningún sonido.

Jaime me miraba con el ceño fruncido, sin saber qué hacer. Vi a su mujer, o novia, o la madre de su futuro hijo, mover la boca y hablarme, pero no podía oír nada porque mi cerebro zumbaba tan alto como una ballena varada o la sirena de una factoría, ¿o era yo el que producía ese sonido? Solo sé que la cara de ella era de compasión, la de él de extrañeza y que yo estaba paralizado.

Él le cogió a ella por el hombro y de forma aséptica me rodearon los dos a una distancia prudencial. Me echaron una última mirada y continuaron su paseo por la acera. Les vi alejarse calle abajo, les vi hacerse pequeñitos y por fin doblar una esquina y desaparecer.

No sé cuánto tiempo estuve clavado en el suelo. Tal vez horas o unos pocos segundos. Un municipal me agarró por el sobaco y tiró de mí. Me miró serio tras sus gafas de sol, le vi decirme cosas, mover la boca, pensé en lo atractivo que era. Yo asentí con la cabeza de forma maquinal y me alejé de allí.

Me metí en el primer bar que encontré y comencé a beber. Necesitaba dos cosas: que me subiera la tensión y aturdirme un poco y así conseguir fuerzas y motivación

suficientes para llegar a mi habitación del hostel. Pero una copa me pedía otra y otra y me pasé toda la tarde bebiendo. Cuando ya eran cerca de las dos de la madrugada, borracho como una cuba, tambaleándome por las estrechas calles del centro, tuve la imperiosa necesidad de contacto físico, necesitaba dormir con alguien. Recordé que hacía años, desde los tiempos de Jaime, que no pasaba una noche entera con nadie y deseé con todas mis fuerzas abrazarme al calor de un cuerpo, cualquiera.

Me paré a mear en una esquina oscura y al mirar a mi derecha vi a unos diez metros la sombra de alguien que me miraba. Era bajito pero parecía proporcionado. Inmediatamente comencé a sacudirme la polla para ponerla morcillona y así atraer su atención. La sombra, inmóvil, continuaba mirándome con total descaro, sin cortarse lo más mínimo, lo cual me puso a cien y terminó de ponerme erecto. Seguí acariciándome con más y más impudicia, me volví hacia él mostrándole mi miembro en todo su esplendor. El desconocido no se movió ni un ápice.

Miré a mi alrededor; era lunes de madrugada y la calle estaba desierta. Sin quitar ojo a la sombra, insinuante, me empecé a desabrochar el cinturón. En ese instante pensé que quizá podría haber alguien asomado a los balcones que me pudiera ver, pero no me importó. Me bajé los pantalones y el slip hasta los tobillos y le mostré el culo, realizando una especie de danza ebria de los siete velos para él, acariciándome los glúteos, moviéndome sinuoso, incluso me abrí el ojete con los dedos para que le quedara claro qué es lo que esperaba.

Pero el desconocido seguía sin moverse. «Qué tímido», pensé. Así que me acerqué a él con los pantalones bajados.

Andando como un pingüino con la polla tiesa, bamboleándose de un lado a otro, superé la distancia que me separaba de él.

Cuando llegué junto a la sombra, sonriéndole sensual, le puse una mano sobre el hombro. Estaba frío como el hielo. Solo entonces caí en la cuenta de que era una estatua, una de esas figuras negras de metal que hay diseminadas por la calle en plan decorativo. Esta representaba una chica joven, una estudiante, con carpeta bajo el brazo y moderno peinado asimétrico.

ROBERTO

Continué con la rutina diaria procurando no pensar demasiado en mi encuentro con Jaime. Pasaba las tardes en diversas saunas de la ciudad haciendo chapas con señores mayores, lo que no me suponía ningún esfuerzo ni físico ni mental. Por las mañanas me levantaba tarde, hacía mis ejercicios y, entre acudir a la lavandería e ir al supermercado del barrio de vez en cuando, iba ocupando mi tiempo. A veces, acudía a la casa de un par de clientes más o menos fijos que, hartos de los polvos húmedos y pastosos de la sauna, me habían facilitado su dirección. Eran pisos del extrarradio y siempre acudía en metro. Los viajes en el suburbano me encantaban: me gustaba sentir la presencia de todos esos desconocidos a mi alrededor, hubiera querido gritarles: «¿Vienen del trabajo, del cine o del médico? ¡Pues a mí me la van a meter por dinero!». Cuando regresaba, también en metro, después de hacer la chapa, la sensación era aún mejor: con el culo dilatado y escocido y los billetes en el bolsillo me sentía orgulloso frente a toda esa gente ignorante y con caras tristes.

Es cierto que vivía de forma más precaria que nunca, con estrecheces y sin horizonte ni proyecto de vida, pero también me sentía más real; cada día era igual al anterior, pero me hallaba en un absoluto presente, sin ocupar ni un pensamiento a nada que no fuera estrictamente mi supervivencia diaria.

Con el paso de los meses olvidé por completo a Melquiades-Arístides-Patricio-Adriano y mi plan por formar parte del tándem. ¿Tándem? ¿Por qué pensaba que eran dos? ¿O eran cuatro? Solo recordaba sus nombres y a veces me hacía un lío; si tenían cuatro nombres, ¿por qué recordaba solo a dos chicos? ¿Y por qué mi obsesión con ellos? Porque uno se parecía a Jaime, eso lo recordaba, pero ¿el otro? ¿Qué tenía de especial? Volvían las lagunas a mi mente, pero no recordar bien tampoco me provocaba malestar.

A pesar de eso, casi todos los fines de semana seguía acudiendo a aquella discoteca matinal donde se conocieron ellos dos, pero lo hacía más como costumbre y para desfogarme que para otra cosa. De hecho comencé una relación, si es que se puede llamar así, con Roberto, el delgado que no paraba de darme la brasa. Resulta que una noche me dijo:

—Antes de que te vayas a morrear con cualquiera, toma.

Y me dio cincuenta euros. Después me plantó un húmedo beso, largo y apasionado. Yo me preguntaba por qué no lo había hecho antes si desde el principio lo estaba deseando. Me invitó a su casa. Yo le dije que no iba a dormir con él, que si quería podíamos follar en los baños de la discoteca, pero nada más. Él se conformó con tan poco y así, siempre que iba a la disco, antes de la clausura, si no tenía yo ninguna chapa, nos encerrábamos en el baño y le daba por culo diez minutos hasta que se corría sobre los sucios baldosines gritándome:

—¡Te quiero, te quiero!

No me pagó nunca más, pero yo me lo tomaba como uno de mis trabajos, aunque este no era por dinero sino por caridad.

Una de esas noches en que me lo estaba tirando contra las baldosas del baño de la discoteca, cuando ya habían empezado a desalojar el local y las voces de la gente y las risas se perdían poco a poco en la lejanía, Roberto me dijo:

—Esta noche han venido esos chicos.

—¿Qué chicos? —pregunté.

—Esos que estuviste buscando por aquí hace tiempo.

—¿Quiénes? —insistí.

—Esa pareja de chaperos. El alto y el bajo.

—¿Cómo?

—Sí, han estado aquí.

—¿Pero... dónde... cómo...?

—Me he enterado de que ahora viven en Barcelona. Deben de estar aquí de vacaciones.

—¿Y me lo dices ahora que se está yendo todo el mundo?

—No quería que pasaras de mí y hoy no me follaras.

—¡Pero qué sacas tú de esto! ¡Si siempre te la meto sin ganas! ¡Tardamos diez putos minutos!

—Son diez minutos muy importantes para mí.

Me subí el pantalón y salí del baño con la esperanza de encontrarles aún entre el gentío que desalojaba la discoteca. Quedaba bastante gente, las luces estaban encendidas por completo, revelando la cantidad de basura del suelo, las negras y rugosas paredes desconchadas, el cansancio y hastío de los camareros que ruidosamente reponían las cámaras, las caras sudorosas y enajenadas de los que no podían contener el subidón y seguían bailando sin música. La discoteca, sin luces parpadeantes y sin sonido, estaba desnuda y daba pena, asco y pudor.

Me vino a la cabeza, como una revelación y con la misma intensidad de hacía un año, la firme intención de ser el mejor amigo de Melquiades-Arístides y su novio. Volví a querer ser su amante, el tercero en la pareja, quería vivir con ellos y como ellos; todo esto me vino a la mente de golpe como un deber del instituto que se te ha olvidado hacer, como una tarea pendiente y acuciante, como recordar tarde que debías tomarte el antibiótico.

Paseé presuroso entre la gente, fijándome bien en sus caras, en sus cuerpos, pero ninguno de ellos se les parecían lo más mínimo. Pensé que, si no les encontraba allí, estaría dispuesto a buscar a la pareja por todo Madrid. Y si tampoco les encontraba, entonces me iría a Barcelona tras ellos. O donde fuera.

Mi corazón empezó a bombear muy deprisa y un chorro casi sonoro de dulce

adrenalina invadió mi torrente sanguíneo: Melquiades-Arístides estaba tras una de las barras, a lo lejos. Sonreía mientras charlaba con uno de los camareros. Su aspecto era tal y como lo recordaba, quizá un poco más musculado y desde luego mucho más bronceado, con la piel muy brillante bajo su atractiva barba de pocos días. Tras él apareció su novio Patricio-Adriano, también más corpulento y moreno de piel. Surgía de una especie de abertura pequeña tras la barra, como si viniera de una habitación o cubículo secreto; supuse que se habían estado drogando y ahora le agradecían al camarero entre carcajadas, con las cabezas echadas hacia atrás, la gentileza de haberles proporcionado un escondite cómodo para colocarse.

Eché a andar a grandes zancadas hacia ellos, con la mejor de mis sonrisas, que se me quedó congelada en la boca cuando vi que del agujero también surgía Óscar, el actor porno con el que vi en esa misma discoteca a Patricio-Adriano; aquel musculitos bajito y rapadete con el que se besuqueaba, el chico con el que le puso los cuernos a su novio.

Detuve mi avance. Me quedé quieto en medio de la pista. Óscar y los otros dos salieron de detrás de la barra agachándose por debajo de la misma y comenzaron a caminar en mi dirección. Se agarraron los tres de la cintura; el pequeño, tatuado y musculado actorcillo en medio; charlaban, reían, los tres con exacto tono de bronceado en la piel, con un rapado de pelo similar, con iguales pendientes de plata, con las mismas sonrisas blancas y perfectas... Óscar le comió la boca a uno y después al otro y luego se fundieron en un beso largo y morboso los tres.

Creo que pegué un grito, no lo recuerdo bien; lo que sí sé es que me lancé a por ellos como una hiena. Con el puño cerrado alcancé en todo el ojo a Óscar el enano. Mientras Melquiades y su novio se recuperaban de la sorpresa, pude pegarle aún un buen patadón en la entrepierna y un cabezazo en la frente. Después empezaron a lloverme hostias. Yo respondía a ciegas lanzando mis puños y mi pierna derecha adelante y a los lados; de vez en cuando notaba que mi mano o mi pie golpeaba algo blando y entonces procuraba concentrar mi acción por esa zona, pero todo era un marasmo difuso y borroso de caras, brazos y cuerpos, porque se unieron a la pelea algunos camareros y guardas de seguridad. Yo debía de estar anestesiado, insensibilizado por la rabia, porque a pesar de saber que me estaban golpeando, que me agarraban y zarandeaban, no sentía nada, ni oía nada, ni veía. Solo golpeaba, aporreaba, rasgaba, rompía, desgarraba, a ciegas.

Paulatinamente, llegando desde un lugar muy lejano, empecé a oír gritos e insultos y comencé a sentir estallidos de dolor, como gotas en la lluvia, al principio uno aquí y otro allá; en el costado, en el hombro... pero poco a poco con más frecuencia e intensidad, en el ojo, la boca, el oído, la nuca... Primero vi globos luminosos, enormes orbes amarillos burbujeando delante de mí y luego todo se volvió negro.

Es cierto lo que dicen: cuando estás a punto de morir, el pasado se te hace presente. Me vi paseando por la orilla de la playa con mis padres, yo tendría unos cinco o seis años. Un día nublado, desapacible. Mi madre se agarra la pamela para que el viento no se la lleve. Mi padre nos saca fotos con una antigua Voigtlander. El viento arranca el sombrero de mi madre y lo empuja hacia el mar de olas grises. Mi padre corre descalzo por la orilla persiguiendo el sombrero, mi madre se parte de risa y corre tras él, llamándolo por su nombre. Yo me quedo en la orilla mirando a mis padres jugar, besarse, abrazarse, dar por perdida la pamela, que flota en el agua alejándose de la orilla. Se besan. Yo me veo solo frente al mar, me abrumba su grandeza y me pongo a llorar.

* * *

Desperté en la sucia esquina de una calle del polígono industrial, cerca de la discoteca. El día era blanco, la luz me hacía daño. No había nadie alrededor, no oía nada salvo un zumbido persistente. El cuerpo me dolía como si tuviera todos los huesos rotos. Solo veía, y borroso, por un ojo. La boca me sabía a hierro y no podía respirar por la nariz; grandes costras de sangre coagulada taponaban mis orificios nasales. Notaba pinchazos en los pulmones al inspirar. Tardé en darme cuenta de que mi mano derecha estaba crispada. La miré: el puño cerrado con fuerza, lleno de sangre seca, los nudillos pelados, con la piel en carne viva y un par de uñas desprendidas. Tuve que concentrarme mucho para lograr abrir el puño. Me dolieron todas las falanges, pero la mano se abrió. En la palma había un diente. Con la lengua repasé todas mis piezas: estaban ahí. El diente no era mío.

JUEVES

Lo guardé como un trofeo. Quise pensar que el diente era de Melquiades, aunque podía haber sido de cualquiera. Aun así, imaginar que era de él me tranquilizaba.

No sé cómo llegué a la pensión. Creo que cogí el metro. Me pareció recordar caras de estupor y gente apartándose de mi camino, pero no sé si era un sueño. Lo que sí sé es que permanecí encerrado en mi habitación más de dos semanas, comiendo galletas y algo de chocolate rancio que había por ahí, durmiendo casi todo el tiempo, teniendo pesadillas y delirios. Creo que tenía fiebre, pero dejé que fuera la naturaleza, y por tanto el azar, quien decidiera sobre mi destino.

En todo ese tiempo solo apareció la dueña del hostel en una ocasión para pedirme el dinero de la semana. Abrí la puerta lo justo para pasarle los treinta euros y volví a la cama. No sé cómo sobreviví: puede que después de todo mi piel sí fuera una coraza de diamante.

Después de quince días me encontraba lo suficientemente bien, aunque dolorido, para levantarme y pensar en salir a la calle. Me duché con cuidado; aún me dolía un poco al respirar. Me vestí y me senté en la cama. Sobre la mesilla vi el diente de Melquiades y me lo guardé en el bolsillo del vaquero para llevarlo siempre conmigo. Entonces la imagen de la cara de Melquiades-Arístides, o como coño se llamara, ocupó todo mi cuadro de visión. Vi su sonrisa picara y esas cejas pobladas, sus labios rosas y el pelo revuelto. Y pensé que, si yo era Jueves, ese era mi Robinson, lo había sido siempre, pero supe también que a la isla desierta en la que me había recluido jamás fondearía ningún naufrago excepto yo mismo.

Una vez, en un bar infecto al que solía acudir a última hora si el día no se me había dado bien, ligué con un tipo delgado y atractivo de unos treinta y me lo llevé a la pensión. No hicimos nada; creo que se quedó un poco asustado de cómo vivía y de las cosas que le dije: tenía que haberme callado y simplemente abrirme de piernas, pero no sé por qué le conté que mi vida se había convertido en un puro transcurrir los días, en una existencia sin propósito ni horizonte. Él me dio sesenta euros y se largó a toda velocidad.

Antes de que cerrara la puerta y no le volviera a ver más, recordé (o me inventé) que, según la física cuántica, el tiempo es una dimensión más del espacio y que a veces, en determinadas condiciones, no es lineal, sino que se puede saltar en él adelante y atrás y hay bucles y todo tipo de paradojas. Y en ese momento me di cuenta de que el que acababa de salir de mi pequeña habitación del hostel era yo mismo. Es decir, mi anterior yo, el que yo era antes de dejar de ser quien era. Y quise llamarle y advertirle de lo que le esperaba, pero no recordaba su nombre, no me acordé de cómo me llamaba.